

FLACSO

ARGENTINA

DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL Y POLÍTICA

MAESTRÍA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

**MUJERES MIGRANTES QUE CUIDAN LA VIDA: LA “VIVERA ORGÁNICA” UN  
ESPACIO VERDE EN EL BARRIO RODRIGO BUENO (CABA)**

Autora: Leilany Estrada

Directora: Dra. Delia Ramírez

Tesis para optar el título de Magíster en Antropología Social

Buenos Aires, diciembre de 2021.

## **Dedicatoria**

Para mi madre Ana, cuyo amor por las plantas floreció en mí y, por ser una madre cuya hija menor y nieta mayor también emigraron.

## **Agradecimientos**

A mi familia, gracias por abrirme el camino y hacerme sentir acompañada; en especial a mi madre Ana Calles, a mi hermano Ricardo Estrada y a mi hermana Ruth López, ¿qué habría sido de mi sin vuestras palabras en la distancia? Gracias a Waleska López, mi sobrina, cuya presencia, compañía y amor agradezco todos los días.

A mis queridos San Martinianos; Cristina Galli y Guillermo Aimar, gracias por ser mi segundo hogar. Ustedes fueron el inicio de esta jornada. Mi vida en Argentina se llenó de color con cada conversación y, sin falta, con cada vino compartido. Si pude comprender el lenguaje y los códigos internos del *ser-en-el-mundo* argentino y, auto-reconocerme dentro de ellos, fue gracias a ese búnker de contención ubicado en Villa Lynch que me sacudió desde el principio, y me volvió más fuerte y más cercana a mí identidad.

A mis compañeros de Tai Chi Chuan en Buenos Aires, han sido la inspiración en la búsqueda del "camino hacia uno mismo".

A Martín Esparza quién desde México me ha acompañado con su amistad desde hace más de 10 años. A Phil Wang mi amigo de California.

A mi directora de tesis, Delia Ramírez. Sin duda alguna, he tenido a la mejor directora. Desde el inicio agradezco toda la dedicación, empatía y acompañamiento que me he recibido de tu parte. Además, agradezco tus valiosas y precisas palabras.

Finalmente, agradezco al barrio Rodrigo Bueno, y a las mujeres de la "Vivera Orgánica" por abrirme sus puertas. Escoger el tema de investigación relacionado a las plantas, a lo femenino y a lo urbano, no fue casualidad. Aprendí a conocerme con ustedes, valorando no solo los procesos de agricultura en la ciudad, sino también el amor por la tierra que día a día otorgan en ese espacio. Gracias Elizabeth, Soledad, Mari, Marta, Ángela, Marlen, Carmen, Edelmira, Kelly, Flora, Anita, Jesusa, Rosa y Estela. Sigán transformando el mundo, nuestro mundo.

## **Resumen**

En la siguiente investigación se realiza un acercamiento a las prácticas de agricultura urbana que ejercen mujeres migrantes del barrio Rodrigo Bueno (CABA). En la “Vivera Orgánica” se producen alimentos de huerta y plantas nativas que se comercializan con otros vecinos/as y visitantes del barrio. El objetivo de esta investigación es conocer los procesos organizativos y las relaciones sociales que surgen a raíz del desarrollo de proyectos socio-comunitarios... Teniendo presente el rol que juegan los programas sociales dentro de los procesos de segregación urbana e inclusión que atraviesa el barrio, relacionándolos con las políticas sociales de “reurbanización con parámetros medioambientales”. En esta dirección, se abren interrogantes sobre cómo este grupo de mujeres sin conocerse previamente y sin percibir ningún incentivo económico conviven, integran, administran y promueven un espacio que está formando parte del proceso identitario del barrio y, de qué modo el interés por la agricultura urbana delinea tales dinámicas.

**Palabras clave:** mujeres migrantes, procesos organizativos, cuidados, agricultura urbana.

## **Abstract**

In this research we carry out an approach to the urban agriculture practiced by migrant women from the Rodrigo Bueno's neighborhood (CABA). In the “Vivera Orgánica”, orchard food and native plants are produced and marketed with other neighbors and visitors. We set out to learn about the organizational processes and social relationships that arise as a result of the development of socio-community projects with an environmental purpose. Bearing in mind the role that social programs play within the processes of urban segregation and inclusion that the neighborhood goes through, and relating them to the social policies associated to forms of “redevelopment with environmental parameters”, we wonder how this group of women without previously knowing each other and without perceiving any economic incentive coexist, integrate, manage and promote a space that is forming part of the neighborhood's identity process and, in what way the interest in urban agriculture outlines such dynamics.

**Key Words:** migrant woman, organization processes, cares, urban agriculture

## ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b>	7
<b>Perspectiva teórica</b>	11
<b>Metodología: la etnografía y el trabajo de campo.</b>	21
<b>Estudiar a las migrantes siendo migrante.</b>	24
<b>Síntesis de la tesis</b>	26
<b>CAPÍTULO I. DE VILLA A BARRIO: “Siempre hemos sido pocos pero no unidos, nunca unidos”.</b>	28
<b>El plan para la reurbanización: “no todo lo que brilla es oro”</b>	32
<b>La Reserva Ecológica Costanera Sur y el interés por las plantas nativas rioplatenses</b>	41
<b>El proyecto huerta/vivero de la “Vivera Orgánica”</b>	44
<b>Los sueños de las mujeres migrantes de la Vivera</b>	52
<b>CAPÍTULO II: LOS PROCESOS ORGANIZATIVOS: entre el dinero y las plantas.</b>	55
<b>El origen de la organización: la <i>huerta chica</i>, su significado y la convivencia con otras especies.</b>	55
<b>La “Vivera Orgánica”: roles y trabajo en equipo.</b>	60
<b>Las mujeres de La Vivera en pandemia: las plantas también son esenciales</b>	67
<b>La organización y los esfuerzos por llegar a un consenso.</b>	70
<b>Implicancias de ser autosustentable: ¿el dinero genera problemas?</b>	73
<b>CAPÍTULO III: MUJERES MIGRANTES QUE CUIDAN LA VIDA: trayectorias de migración y experiencias de pertenencia.</b>	80
<b>Mujeres y migración: “somos trece peruanas y una boliviana”</b>	83
<b>Construyendo y generando vínculos de cuidado</b>	86
<b>Raíces, historia y sustento: <i>mis recursos</i></b>	89
<b>Saberes nativos y expertos: <i>mientras aprendo enseño, mientras enseño aprendo</i></b>	96
<b>CONCLUSIONES</b>	100
<b>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS</b>	103
<b>Trabajos de investigación</b>	107
<b>Organizaciones</b>	108
<b>Artículos de prensa</b>	108
<b>Videos</b>	109
<b>Páginas web</b>	109
<b>Normativas</b>	110

<b>ANEXOS</b>	111
<b>Glosario de siglas</b>	111
<b>Cuadro de entrevistas</b>	112
<b>Mapa satelital: Rodrigo Bueno 2021</b>	113
<b>Recortes periodísticos</b>	114
<b>Fotografías</b>	115

## INTRODUCCIÓN

La presente investigación propone un acercamiento a la experiencia organizativa de agricultura urbana ejercida por las mujeres migrantes del barrio<sup>1</sup> Rodrigo Bueno (en adelante: RB), proyecto denominado “Vivera Orgánica” (en adelante: la Vivera), con el objetivo de conocer los procesos y las relaciones sociales que surgen a raíz del desarrollo de iniciativas socio-comunitarias. El trabajo se enfoca desde la perspectiva de las mujeres migrantes y su reproducción de la vida, considerando en particular las estrategias y prácticas de agricultura que intervienen en la organización comunitaria.

Tras una historia de lucha, negociación y rumores de desalojo (Carman, 2011) desde 2017, RB es considerado un barrio a partir del reconocimiento legal por parte del Gobierno de la Ciudad y la movilización de recursos para la mejora de las viviendas y el acceso a servicios básicos<sup>2</sup>. Mientras la tendencia hegemónica marca el avance de los negocios inmobiliarios en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (en adelante: CABA) que desplaza barrios populares, espacios verdes y humedales, RB parece una excepción. El gobierno local presenta al barrio como modelo de sustentabilidad. Las instituciones que intervienen formulan allí proyectos de corte ecológico por tratarse de un territorio colindante al Riachuelo y cercano a la Reserva Ecológica Costanera Sur. Recientemente incorporaron un “Punto Verde<sup>3</sup>” de reciclables en el barrio.

Desde la perspectiva de los actores locales, la persistencia en este territorio no puede reducirse a una decisión estatal, del mismo modo que el proyecto de la Vivera no es solamente una iniciativa “desde arriba” acatada de manera pasiva. En efecto, el título de esta investigación apunta a restituir las experiencias de catorce mujeres migrantes de Perú y Bolivia, quienes mientras exploran estrategias de sobrevivencia y convivencia -aprendiendo a gestionar y administrar la Vivera- cuidan el barrio, sus familias, sus

---

<sup>1</sup> Es importante aclarar que el uso del término “barrio” es reciente entre los vecinos. Anteriormente se auto-percibían como villa. Por esta razón, aquí se habla de villa en relación con el pasado y, en la actualidad, se usa barrio porque es como se hacen llamar sus habitantes a pesar de que en los planes de reurbanización esté contemplado mantener una parte de los asentamientos, únicamente cambiando sus fachadas y mejorando sus viviendas.

<sup>2</sup> Vale la pena aclarar que se dice que los habitantes lograron la *dignificación* del barrio -aunque no se profundice en ello- refiere a que los y las individuos sienten que son respetados y valorados, además, a través de estas resoluciones son tratados al pie de igualdad pudiendo gozar de derechos como cualquier otro ciudadano.

<sup>3</sup> Para más información revisar: <https://www.buenosaires.gob.ar/agenciaambiental/puntos-verdes>

afectos y también las plantas, con las que generan particulares vínculos. Son esos cuidados los que garantizan la reproducción de la vida mientras sucede una particular experiencia de transición hacia la agricultura urbana<sup>4</sup>.

¿Cómo surgió esta investigación? En mayo de 2019, lo que parecía una inquietud entre compañeros de una práctica oriental milenaria (Tai Chi Chuan), se volvió una realidad. Tras compartir un artículo donde se declaraba a la provincia de Misiones como la “Capital Nacional de la Biodiversidad”, nos propusimos viajar en bicicleta desde Buenos Aires hasta Misiones (1.400 kilómetros en 17 días) para conocer a las comunidades que producen alimentos agroecológicos y traer a la capital semillas criollas y nativas para armar una huerta.

En la medida que me interesaba por la agroecología, en vinculación con los temas de salud, más me entusiasmaba. No podía evitar indignarme ante las recurrentes denuncias de familias campesinas sobre el abandono y la poca atención pública en relación con la contaminación medioambiental, producto de las fumigaciones cuando no se tiene en cuenta el alcance del viento dentro de los parámetros de accesos permitidos (1500 metros en zonas urbanas y 500 en zonas rurales, al menos dentro de la ley n° 9164 de la provincia de Córdoba<sup>5</sup>). Frente a este cúmulo de información, con mi grupo de entrenamiento quisimos darle un propósito concreto al proyecto del viaje en bicicleta. Comenzamos a investigar sobre la realidad argentina frente a los agrotóxicos, buscamos apoyo desde Buenos Aires de diferentes organizaciones, entre ellas, la yerbatera biodinámica que pudimos conocer en Jardín América (Misiones) "Arapegua". Cada historia personal de la Mesopotamia argentina recordaba a los “silenciados” -más no desinformados- que son parte de la resistencia a los monocultivos, así como también, de la resignación y desesperanza.

Parte de esa nueva información giraba en torno a las investigaciones de Gras y Hernández (2015) y de Lapegna (2019). Gras y Hernández (2015) estudian cómo diversas instituciones multilaterales promovieron el uso de una tecnología que estaría

---

<sup>4</sup> El interés de esta investigación surgió a partir de buscar conocer las historias imbricadas; como señala Jackson “No es [...] lo que hacen en apariencia lo que define completamente su humanidad [...] sino lo que experimentan virtualmente en el curso de sus vidas reales” (Jackson, 1996: 31).

<sup>5</sup> Más información en <https://www.desab.com.ar/ley-de-agroquimicos/#toggle-id-3>



-aparentemente- puesta al servicio de agricultores y campesinos. Treinta años después, la biotecnología aplicada a la agricultura arrojaría otro resultado: el modelo de agronegocios convertido en un “régimen global”. Esta idea explica los procesos de mutación gracias a la introducción de *paquetes tecnológicos* en la industria agrícola.

Lapegna (2019) realiza un recorrido histórico de los transgénicos en Argentina y el “paquete tecnológico” puesto en marcha en la mayoría de las economías latinoamericanas con el advenimiento del neoliberalismo. En su trabajo, el autor utiliza un enfoque etnográfico para registrar los efectos de la contingencia y las acciones de los sujetos. Una de sus críticas principales es la participación del Estado en estas políticas, sin dejar de considerar la participación protagónica de las corporaciones: “El Estado nacional puede oponerse a ciertas instituciones e ideas neoliberales globales, mientras hace poco por cambiar la neoliberalización de la agricultura a escala regional o provincial” (p. 226). Asimismo, este investigador busca demostrar cómo la etnografía global puede ser capaz de enriquecer las investigaciones sobre los regímenes alimentarios y los estudios sobre movimientos sociales; también describe la movilización y desmovilización alrededor de las fumigaciones (2003 a 2009) en Formosa. Lapegna se pregunta “[...] ¿por qué estas personas, al enfrentar situaciones similares de daño ambiental, reaccionaron de forma tan distinta en dos momentos [particulares]?” (p. 26).

Entonces, a partir de un recorrido teórico -que involucró las lecturas recién mencionadas- pero también vivenciales en base al viaje a Misiones, la agricultura se convirtió para mí en un tema de importancia. Mi proyecto de tesis estuvo estacionado por un año. Los nuevos lentes surgidos del tránsito por el litoral permitieron que, una vez estando en Buenos Aires, armara una propuesta sobre agricultura urbana. En aquel momento, mi interés era replicar la experiencia del viaje: conocer organizaciones que produjeran alimentos agroecológicos en la ciudad.

En el inicio del taller de investigación I en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO, Argentina) escuché por primera vez sobre RB. La socialización de mis ideas con mis compañeros y compañeras de curso llevaron a

interesarme por esas mujeres migrantes que -según comentaban- “vivían en una villa<sup>6</sup> y tenían un proyecto de alimentos de huerta autosustentable”. No obstante, luego de dos clases presenciales, el Poder Ejecutivo decretó cuarentena por la pandemia Covid-19 en el territorio nacional. Posteriormente, se profundizaron las medidas de distanciamiento social y me encontré en la incertidumbre; había pensado un proyecto de investigación sobre un grupo que solo conocía por boca de otros/as y algunas notas periodísticas. No tenía certeza de poder avanzar y no sabía si una vez que llegara al espacio de estudio en el que se encontraban sería aceptada por las mujeres de la organización.

Mientras más hablaba de mi proyecto en las clases virtuales, más me preguntaba “¿cómo quieres trabajar en un lugar que no conoces?”. Por momentos, sentía que no iba a poder acceder pese a mi insistencia, así que me apoyé en el recurso más usado durante el último año: las redes sociales. A través de un mensaje de Instagram pude hablar con la referente de la Vivera Orgánica (agosto, 2020). Así, se ha ido formulando el objeto de investigación, mientras preparaba el terreno para el ingreso al trabajo de campo.

Primero mi interés estaba centrado en conocer las *memorias* de estas mujeres -la mayoría provenientes de zonas rurales de Perú y Bolivia-, los recuerdos del cultivo y la siembra. Poco a poco ese interés se fue transformando en una pregunta por sus *experiencias*, trayectorias y estrategias para organizarse y solventar las necesidades de alimentación. Me propuse investigar las relaciones sociales en el marco de proyectos socio-comunitarios de agricultura urbana a partir de la siguiente pregunta: ¿cuáles son las estrategias que asumen mujeres migrantes del barrio para garantizar su sobrevivencia, pertenencia y relacionarse en un territorio marcado por conflictos sociales, vinculado a procesos de segregación urbana y a programas sociales ecológicos recientes?

---

<sup>6</sup> En Argentina el término “villa” es utilizado comúnmente para nombrar a los barrios construidos espontáneamente entre los sectores populares y, que estructuralmente son precarios y con múltiples deficiencias.

## Perspectiva teórica

Buscar conocer cómo una organización barrial conformada y dirigida por mujeres migrantes construye una *experiencia* de una nueva asociación, permitió un diálogo interdisciplinar entre la antropología social, la historia y la sociología. E. P. Thompson (1924-1993) utiliza un concepto de experiencia influido por Gramsci: allí la historia es recreada desde abajo y se privilegian los estudios de la cultura. Por su parte, V. W. Turner (1920-1983), cuya influencia proviene de Gluckman, de la escuela de Manchester, entiende la experiencia a partir del análisis dramático, dando importancia a la *liminalidad*<sup>7</sup> (o anti-estructura) concibiendo el mundo como algo “inestable” y cambiante, lejos de representar una constante y es por ello que el propio proceso de vida puede llegar a ser “desestabilizante”. También resulta interesante la visión de Giddens (1938) donde la estructura y el sujeto son capaces de otorgar a las personas una capacidad de actuar sobre el mundo, siendo la acción lo que genera la estructura, y la estructura lo que genera la acción (Giddens en Cruz, 2018, p. 347). La experiencia remite a la capacidad del actor de interpretar el mundo social en el que vive. Por lo tanto, no existe una separación entre el ser y la conciencia. No sería posible pensar que los seres humanos puedan desarrollar sus actividades separados de los conceptos que organizan el mundo. De esta manera, para Thompson cada experiencia tiene su propia razón y significado. Siguiendo a Turner, “la experiencia no sólo es un sistema coherente a pesar de ser multifacética, dependiente de la interacción y la interpenetración del pensamiento, el afecto y el ímpetu; sino también se compone de sabiduría acumulada... de la humanidad, expresada tanto en costumbre y tradiciones, como en grandes obras de arte (Dilthey en Turner, 1985 en Cruz, 2017, p. 352).

En las actividades diarias de las mujeres de la Vivera existe una organización

---

<sup>7</sup> En antropología la liminalidad es una cualidad donde las personas que participan en un rito de iniciación -en su etapa intermedia- están pasando por un momento de desorientación o ambigüedad. Es decir, ese momento en el que no están iniciados y tampoco han llegado al estado final al completarse el rito. Durante la etapa liminal, aquellos que participan en el rito se encuentran en un “umbral”, aquel lugar ubicado entre lo que eran antes respecto a su propia identidad y aquello que son según la realización del rito. Este concepto fue acuñado por Arnold Van Gennep en su texto *Rites de Passage* (1909) y retomado por Victor Turner quién amplió el alcance, aplicándolo no sólo para analizar pasajes rituales sino también para comprender sociedades en pequeña escala. Por lo tanto, el uso de la liminalidad resultaba importante también para comprender cómo son las reacciones humanas ante experiencias liminales.

rutinaria “[la] rutinización es vital para los mecanismos psicológicos que sustentan un sentimiento de confianza o de seguridad ontológica durante las actividades diarias de la vida social” (Giddens en Cruz 2017, p. 356). En esta rutina se modelan hábitos: “aquello que antes fue” y se vuelve una secuencia de vida reiterativa. Respecto al concepto de “drama social” utilizado por Turner (1974, 1999) para analizar situaciones *liminales*, el concepto puede ser aplicado en esos momentos de crisis social donde solo es posible entender la situación -de insatisfacción- presente cuando se mira hacia el pasado.

Turner (1986) distingue entre una “simple” experiencia y “una -verdadera-experiencia”, estas últimas son aquellas que irrumpen la vida rutinaria evocando dolor o placer. De esa experiencia presente se encuentran significados. En este sentido, para Turner (1986) no importa cómo fue el pasado, sino el significado que emerge de esa subjetividad propia e individual que es capaz de ensamblarse dentro de nuevas experiencias al conectar ese significado autorreflexivo inscrito entre el presente y el pasado (Turner en Cruz, 2017, Bao 2001). En síntesis, Turner invita a retornar a la experiencia vivida en un enfoque capaz de mirar todos los aspectos de la experiencia humana, es decir, una interpretación multifacética.

Desde una perspectiva de la experiencia en procesos organizativos se recuperan los trabajos de D. Ramírez (2015, 2017, 2019a, 2019b) y N. Giarracca ([1994], 2017). En estos textos la organización aparece como una creación agenciada por los propios actores, siendo capaces de generar procesos de aprendizaje, estrategias de negociación y enfrentar situaciones de tensión con otros actores y/o instituciones. En esta dirección, Coulon (1987 en Giarracca, 2017) habla de la importancia de reconocer las capacidades de los individuos en función de resolver los problemas que aparecen en la cotidianidad de sus mundos, siendo esto, lo que habilita pensar a cada organización social como un proceso en continua creación. A su vez, Ramírez (2015) expresa que toda acción colectiva representa una forma de acción política. Esto lleva a considerar cómo se ejercen relaciones de poder que sirven para influenciar, posicionando a los individuos -según sus relaciones- en lugares activos para la toma de decisiones. Es así como también se dan cuenta aspectos afectivos y personales que forman parte de una “trama política”.

Al conectar los procesos organizativos con el pasado y la experiencia barrial en RB emergen los cambios que caracterizan a la localidad desde la última década, lugar de convulsiones sociales. Este hecho ha permitido múltiples diseños de investigaciones en torno al derecho a la ciudad. La antropóloga M. Carman, posiblemente una de las autoras con más trabajos realizados sobre el barrio RB, aborda etnográficamente el derecho a la ciudad y la integración urbana. Carman (2011) menciona en su investigación sobre segregación urbana, “si las villas han padecido de problemas ha sido por las políticas errantes y segregatorias del Estado”. Además, señala que la preconcepción que se había creado sobre los habitantes de RB -en una primera instancia-, se insertaba bajo la idea de un “intruso que obstaculiza la materialización de corredores turísticos o recreativos”. De esta forma, hubo una construcción de los habitantes desde un supuesto exterior, alguien que no tiene ni posee derecho a la ciudad, e incluso, alguien concebido como un destructor de la naturaleza.

Carman (2017) describe y distingue los cuatro tipos de ontologías de Descola (2012): totemismo, animismo, analogismo y naturalismo para decir que desde una “ontología occidental” se presupone que nuestra manera de entender la realidad es la única válida frente al resto de perspectivas que componen las cosmologías. A partir de otras cosmologías no necesariamente existe una tajante división entre los humanos y la naturaleza, asumiendo que la perspectiva biocéntrica parte de la existencia de valores intrínsecos en los seres vivos y no tienen relación directa con los intereses de los humanos. Por esta razón se ha abordado desde diferentes perspectivas el biocentrismo, sin embargo, para Carman este hecho no necesariamente significa que ocurra alguna ruptura con el *status quo*. Y esta es su principal objeción: este giro animal del pensamiento no propone ningún horizonte político claro. Ese “mundo que deberíamos tener” muchas veces termina estando desanclado de los problemas reales que aquejan a poblaciones específicas.

La autora (2011, 2017) analiza las formas de protesta y la posición moral que tienen algunos grupos cuando expresan una mirada compasiva hacia la naturaleza pero demuestran lo contrario cuando se dirigen hacia humanos (pobres principalmente), una de las razones por las que se pedía la expulsión de los habitantes de RB entre 2003 a

2007. Carman contribuye a la temática y la discusión sobre ontologías y, a la objetivación que las sociedades modernas realizan sobre la naturaleza. Una naturaleza que en algunas ocasiones es considerada “sagrada”. Por lo tanto, la sacralidad resulta extendida hacia algunas entidades no-humanas “especiales” (de la naturaleza) a las cuales se les considera como “objetos de protección”.

Carman (2017) plantea que no se puede distinguir si lo que une a estas personas es la devoción por la naturaleza, una *potencia moral*, o es simplemente el desprecio que tienen hacia los pobres: ¿son movimientos *antipobres*? -se pregunta-. La autora identifica a los activistas como una “clase totémica” que divide y agrupa a los humanos y no-humanos antagónicamente. Por ello, aclara que existe la dificultad para trazar una analogía entre proteccionismo y animismo/totemismo, pues el proteccionismo establece un sistema de jerarquía que distingue quién merece o no atención moral. En tanto que aquí se presenta una paradoja, esta ética común ubica a los pobres como una subespecie, “como si pudiesen elegir entre ser humanos o ser bestias” (2017, p. 229).

En esta misma línea, se hace alusión a los sucesos vinculados con la manera en que algunos discursos han sido y son relatados por agentes o activistas, autoridades y vecinos que estuvieron involucrados en los intentos de desalojo sufridos en RB. Estos discursos, se construyen bajo la idea de “modernidad” adherida a parámetros de exclusión del “otro”. Carman (2011), realiza una etnografía localizada en la cual muestra las condiciones de vida de la gente, poniendo de manifiesto las expropiaciones que padecen sobre su condición humana. Ella explica que se trató de “operaciones simbólicas de deshumanización” que habilitan los caminos para el “ejercicio de la violencia pública ligadas a una ‘política de lugares’ restrictiva” (p. 2). Es por ello que surge el interés por el barrio RB como una extraordinaria oportunidad para conocer desde los actores locales cómo han experimentado estos sucesos desde la construcción de la memoria colectiva.

En definitiva, para Carman, todas esas aspiraciones por extender los derechos de los animales parecen querer conducir a la legitimación de nuevas formas de opresión, desigualdad y neocolonialismo hacia los humanos. Los grupos activistas constantemente, son renuentes a combatir los mecanismos que reproducen

explotación: véase otros movimientos que piden otros derechos. Siguiendo a Appadurai y Steneou (2001) la dignidad como parte de la esfera pública debería estar situada en un contexto más amplio sobre la desigualdad política y económica. Carman plantea que deberíamos: “realizar en la práctica la versión de los derechos humanos que vaya ‘más allá del reconocimiento del otro’ “(Carman, 2017, p. 244).

A partir de la bibliografía socio-antropológica existente sobre ciudad y espacios de segregación urbana, encontramos investigaciones como las de M. Girola y A. Thomasz (2013, 2015) quienes estudiaron tres conjuntos habitacionales porteños (Conjunto Soldati, Piedrabuena y Nueva Pompeya) reflexionando sobre la segregación que afecta a los que la habitan, inscribiéndose en una “aproximación comprensivista del habitar”, es decir, “... aquellas investigaciones que... procuran analizar y comprender cómo los sujetos, hogares y grupos domésticos producen sus particulares y diferenciales/desiguales modos de inscripción territorial en el espacio urbano...” (p. 377). Estas autoras definen antropológicamente la *segregación urbana* como “... las prácticas que los sujetos despliegan en las distintas escalas de sus entornos socio-espaciales de referencia (escala residencial, escala barrial, escala metropolitana)... concebidas como ámbitos y contextos multidimensionales en los que se expresan diversas formas de acción y construcción de sentidos” (p. 363). La etnografía resulta aquí en una triple caracterización: segregación por default, segregación resistida y segregación agravada y poniendo de relieve el importante rol que va teniendo el Estado en la creación de políticas públicas y en la gestación de espacios urbanos donde persisten condiciones de desigualdad.

Thomasz (2014) hace una interesante reflexión sobre las políticas de estetización y saneamiento que producen cambios en los barrios históricos de la ciudad. Particularmente, se refiere a los barrios ubicados en la zona sur, aquellos que están ubicados en las adyacencias del Riachuelo, tales como La Boca, Barracas, Pompeya, entre otros, donde se han implementado políticas de saneamiento ambiental que procuraron -en una primera instancia- “liberar” las zonas ribereñas de “ranchos, caseríos, asentamientos”, ya que esto repercute en una *contaminación simbólica*: “Los sectores sociales directamente afectados son... los ciudadanos más empobrecidos que

viven a la vera del río y que deberán migrar a otros espacios en los que serán ‘relocalizados’ como manda la Justicia” (p. 5). En este sentido, lo perjudicial en el límite de separación entre lo moral y lo inmoral es que frente a las políticas que buscaron purificar el río o “recomponer el ambiente de la cuenca” se profundiza una operación con dobles intenciones, purificar no sólo el río sino también las comunidades asentadas con la finalidad de expulsar población. De esta manera, se busca “re-localizar” la pobreza con la finalidad de re-instalarla en otros barrios, alejados y postergados donde el pobre sí puede ser visible y tolerado, al menos eventualmente. Este saneamiento ya es parte de los programas implementados en el barrio RB y, tal como menciona Thomasz, no es solo algo que alude a la contaminación del aire, suelo o agua sino que también interviene en los habitantes.

En la misma línea, D. Swistun (2014) estudia lo urbano desde la perspectiva de desigualdad ambiental y la desposesión material y simbólica en relación con las políticas de saneamiento hacia los pobres urbanos. Swistun habla del saneamiento como una política social, objeto de un proceso que configura en sí mismo un campo en disputa. El análisis gira en torno a ese tipo de implementación de políticas públicas donde no se tienen en cuenta las diferencias estructurales de pobreza y marginalidad en América Latina; el agua, el aire y la tierra son recursos diferentes para los pobres y, en la mayoría de las ocasiones, los espacios están altamente contaminados y las consecuencias resultan ser graves para la salud y las capacidades futuras (Swistun, 2014). Swistun (2018) opta por llamar a los cuerpos que están en espacios de contaminación ambiental como “paisajes de contaminación y corporización de la desigualdad ambiental”. En tanto, en estudios de antropología de la salud, Nancy Krieger (2001) utiliza el concepto de *embodiment* para examinar cómo cada sujeto puede incorporar biológicamente el mundo externo en el que vive. Este tipo de trabajos contribuyen a revisar las consecuencias que dejó la contaminación ambiental del barrio RB en los cuerpos de las interlocutoras.

Si bien la presente tesis no analiza estrictamente a la agricultura urbana, el tema es parte de los relatos y de aquello que “vende” la Vivera Orgánica. Por exponerse a los productos como “orgánicos”, se posiciona al proyecto bajo la idea de “alimentación



saludable”. En este sentido, se puede observar que las mujeres del barrio experimentan una forma de producción no-convencional. Tal como expresa R. Cravero (2019), la etnografía pone de manifiesto “experiencias de producción agrícola alternativas [que] resisten y enfrentan la hegemonía socio productiva del agronegocio creando lo que denominan [o se acerca a la] ‘agroecología’” (p. 7). La tesis de Cravero invita a comprender las formas de resistencia y las relaciones que entablan productores y campesinos del campo argentino frente a la agricultura de los “monocultivos” y el “agronegocio”. Este trabajo ayuda a pensar la totalidad que involucra a las actividades cotidianas, “las personas, estén o no ligadas directamente a esa actividad, saben si llueve, si hay ‘seca’, si la cosecha viene con ‘buen rinde’, si los precios suben o caen, si baja la hacienda” (Cravero, p. 14).

N. Gallardo Araya (2007, 2012, 2015, 2017) es una de las investigadoras que más ha escrito sobre agroecología urbana en Argentina. Ella explicita la marginación hacia la agricultura urbana dentro de las ciencias agropecuarias y demuestra cómo en los territorios urbanos aumenta cada vez más el interés por la creación de huertas, entre otras actividades vinculadas con la producción y el consumo de alimentos autogestionados. El concepto de “agricultura urbana” nace alrededor de la década de los años `90 y refiere a “aquella agricultura que está ubicada dentro de una ciudad (intraurbana) o en la periferia (periurbana) y en la que se cultiva o cría, procesa y distribuye una diversidad de productos alimentarios y no alimentarios (re) utilizando en gran medida recursos humanos y materiales, productos y servicios que se encuentran en y alrededor de dicha zona, y a su vez provee recursos humanos y materiales, productos y servicios en gran parte a esa misma zona urbana” (Gallardo, 2017 [2012], p. 20).

Ante el interés de las inmobiliarias por el uso de la tierra, existen centros de autoabastecimiento y producción hortícola que poco a poco fueron desplazados de la Ciudad de Buenos Aires ocasionando que a la gran urbe no lleguen productos frescos y obligando a depender de mercados cada vez más lejanos (Gallardo, 2014). Al mismo tiempo, se habla de una ciudad en constante expansión cuya población no deja de aumentar y, esto tiene una consecuencia en la población campesina que en muchas

ocasiones terminan obligados a migrar debido a la producción masiva de monocultivos. En síntesis, “las ciudades no sólo se basan en el uso de los combustibles y el abastecimiento externo de alimentos, sino también en la externalización de los costos ambientales, es decir, los efectos no reflejados dentro de los precios del mercado, como por ejemplo, el éxodo rural” (Gallardo, 2014, p. 329).

Gallardo señala que no existen estudios que cuantifiquen las experiencias de huertas urbanas en Argentina. Únicamente el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) a través del programa Pro Huerta<sup>8</sup> provee algunos datos<sup>9</sup>. En estos se revela que la mayoría de las huertas ubicadas en zonas urbanas y periurbanas del país estaban “estrechamente vinculados a los modelos de agricultura urbana agroecológica de autoconsumo bajo supervisión técnica y ambientalmente sustentable” (Pro huerta en Gallardo 2012).

El 19 de febrero de 2009 el INTA creó la Estación Experimental Área Metropolitana de Buenos Aires<sup>10</sup> que se dedica al diseño de alternativas productivas para impulsar la agricultura urbana y plantea la posibilidad de realizar una huerta con diversos contenedores. De este modo, espacios pequeños como una terraza, un techo o un balcón podrían ser utilizados como alternativas para producir, aunado a la posibilidad de reutilizar materiales inorgánicos y orgánicos. También existen proyectos locales como el de Gualeguaychú (provincia de Entre Ríos), donde participan productores que trabajan en chacras ubicadas en la ciudad. “Horticultores del Gualeguaychú” busca generar producciones hortícolas agroecológicas, compartir saberes y promover la participación en conversatorios para el intercambio de experiencias.

El programa ProHuerta ejecuta proyectos de agroecología urbana en comunidades vulnerables en todo el país. Su finalidad es que los beneficiarios

---

<sup>8</sup> El programa ProHuerta es una política pública estatal gestionada por el INTA que promueve “la seguridad y soberanía alimentaria” a través de apoyar iniciativas de producción agroecológicas y enfocada en familias y productores en situación de vulnerabilidad social. Para más información revisar: <https://www.argentina.gob.ar/desarrollosocial/prohuerta>

<sup>9</sup>Según datos del Prohuerta en el INTA, para el año 2013 el Área Metropolitana de Buenos Aires tiene alrededor de 51.000 huertas familiares registradas, 1.000 huertas escolares y más de 400 huertas comunitarias.

<sup>10</sup> Información extraída del portal: <https://inta.gob.ar/amba>

-principalmente familias migrantes provenientes del campo- no abandonen los saberes que traen consigo y puedan certificar sus conocimientos. De esta manera, se tiene la oportunidad de agregar valor a la sociedad. Este proyecto se sustenta bajo la idea de la *horticultura* rescatando la tradición campesina y los vínculos con la tierra. Una de las experiencias más significativas y conocidas del programa ProHuerta es la de la ciudad de Rosario (provincia de Santa Fe) que junto al Gobierno Municipal en el año 2002 y el Centro de Estudios de Producciones Agroecológicas (CEPAR) impulsaron la agricultura urbana en la localidad. Por su parte, CEPAR ha estado promoviendo la horticultura en barrios populares de la ciudad de Rosario desde 1987<sup>11</sup>. En síntesis, el Prohuerta en Rosario ha permitido que el agricultor urbano reciba un reconocimiento público considerándose una persona que cuida la tierra y sus espacios vitales. Además, este programa ha permitido que mujeres de escasos recursos tengan autonomía económica.

Gallardo presenta el estudio de las huertas como “una forma de visualizar diferentes fenómenos sociales, por ejemplo, las estrategias reproductivas, las resistencias urbanas y las disputas por el espacio público y privado” (2012, pp. 7-8). Para esta autora, el significado simbólico detrás de las prácticas agrícolas debería ser tenido en cuenta y analizar no sólo los recursos materiales sino también las relaciones entre el ser humano, la agricultura y la naturaleza, elementos que “rigen la creación de una huerta en el corazón de la ciudad” (Gallardo, 2012, p. 14).

A. Solans (2014) investiga sobre la alimentación familiar desde una perspectiva de género, enfocando en las mujeres que migran a la ciudad de Buenos Aires desde Bolivia, Paraguay y Perú. Solans plantea que las posibilidades de obtener un alimento saludable desde el punto de vista de una mujer migrante son limitadas porque existen brechas diferenciales de ingresos/costo. En este sentido, la autora analiza cómo dentro de un proceso de inserción cultural a otro país, las mujeres migrantes pueden expresar sus saberes y ser capaces de “[...] hacer frente a los límites y posibilidades de sus condiciones socioeconómicas”, transformando sus experiencias en formas de procurar salud a los integrantes del grupo familiar. Al mismo tiempo, Solans y Piaggio (2018) hablan sobre la comensalidad entre mujeres migrantes en Buenos Aires, explicando la

---

<sup>11</sup> Información extraída del portal: <http://www.fao.org/ag/agp/greencities/es/CMVALC/rosario.html>

carga emocional y experiencias alimentarias que los y las migrantes traen consigo a los países de acogida. Toda práctica alimentaria forma parte de la autoatención de la salud de sujetos y grupos sociales (Solans y Piaggio, 2018). Tomando a Menéndez (2003), la autoatención “no solo incluye la atención y prevención de padecimientos, sino que abarca también a las actividades de preparación y distribución de alimentos, así como el acceso y la utilización del agua, el aseo del hogar, del medio ambiente inmediato y del cuerpo, entre otras áreas (Menéndez en Solans y Piaggio, 2018, p. 75). El cuerpo experimenta a través de la cocina un doble sentido: identidad a través de recrear tradiciones culinarias y alimentación (Le Breton, 2006).

Por su parte, Amaia Pérez Orozco (2005, 2007) refiere a entender ciertas categorías sobre los cuidados como asuntos en interrelación, desde donde resaltan las “fracturas socioeconómicas” que sueltan tensiones del sistema en el que vivimos. Para Orozco existe una “crisis de los cuidados”:

“un problema socioeconómico de primer orden, que afecta al conjunto de la población y que sólo puede percibirse en toda su magnitud si dejamos de centrar la visión en los mercados y lo monetizado y, en cambio situamos como categoría analítica básica la sostenibilidad de la vida [...] si buscamos comprender ‘las formas en que cada sociedad resuelve sus problemas de sostenimiento de la vida humana’ (Orozco, 2005, p. 9).

Desde esta perspectiva, los sistemas se insertan en las “cadenas globales de cuidados”, de dimensiones transnacionales, “que se conforman con el objetivo de sostener cotidianamente la vida, y en las que los hogares se transfieren trabajos de cuidados de unos a otros en base a ejes de poder, entre los que cabe destacar el género, la etnia, la clase social, y el lugar de procedencia” (Orozco, 2007, p. 4).

Debido a los planes de ajuste estructural y reformas de corte neoliberal en países latinoamericanos, las mujeres -principalmente-, se ven en la obligación de migrar en función de dar sustento y ayuda a sus familias conformándose de esta forma el “hogar transnacional”. En este sentido se sostiene que los cuidados representan la experiencia más carnal para las mujeres a partir de carencias en la dimensión afectiva-relacional.

Asimismo, Molano, Robert y García (2012) realizan una síntesis de resultados de nueve estudios en América Latina y España sobre las cadenas globales de cuidados donde explican las dinámicas por las que pasan las mujeres que migran hacia los países de la misma región -o Europa-: “lo hacen de manera autónoma, bien con un proyecto propio no ligado a un proyecto familiar, bien como pioneras de un proyecto migratorio del hogar; y que se insertan en destino en el empleo de hogar... en el sector de cuidados” (Molano et. al., 2012, p. 11).

Los cuidados son imprescindibles para la sociedad y para el sostenimiento del sistema socioeconómico, pero también son producto de mecanismos de inclusión y exclusión. Por su parte, Cerrutti y Maguid (2010) realizan un trabajo sobre familias divididas y las cadenas globales de cuidado ubicando la migración femenina desde fines de los años '70, una época marcada por el descenso de la fecundidad, la ampliación del sistema educativo y el incremento de la esperanza de vida para las mujeres. Las autoras cuestionan el destino de aquellos que son “dejados atrás” (hijos e hijas, madres, familias, etc.) en un contexto de migración inviable y crítica como la que se vive actualmente a nivel global.

### **Metodología: la etnografía y el trabajo de campo.**

Este proyecto de investigación se realizó a través de una aproximación etnográfica en el barrio lindante a la Reserva Ecológica Costanera Sur (CABA). En este territorio se observaron hechos culturales, sociales y organizativos que ocurren en la Vivera, localizada en la comuna 1, de la Av. España al 1800. La investigación arrancó en el mes de marzo del año 2020 y el trabajo de campo se realizó entre los meses de septiembre de 2020 y abril de 2021.

Tomando como referencia a Guber (2011), la etnografía sirvió como abordaje desde una triple acepción: enfoque, método y texto. Se pudo profundizar en las experiencias desde el punto de vista de los actores, con la escucha plena sin imposición alguna que alterara la cotidianidad. Haciendo uso de un diseño metodológico cualitativo, mediante técnicas de observación participante y trabajo etnográfico, la atención estuvo puesta en las relaciones y subjetividades de la comunidad. Además, se

entrecruzaron las experiencias del barrio en relación con la inserción de la práctica de la agricultura urbana. Esta última está enmarcada en una temporalidad reciente (desde 2017 hasta el presente, iniciando los primeros trabajos relativos a la tierra e institucionalizando la Vivera orgánica en 2020). Las fechas sirven de referencia para conocer los pasados y trayectorias recorridas por los habitantes del barrio.

La etnografía se concibe como un “desplazamiento ontológico” (Wright, 1994,1995); “una actividad que implique: a. caminar por el ‘campo’, es decir, una relación de conocimiento dinámica y libre. b. dentro de cierto espacio, el campo-del-mundo, que nos liberaría de las categorías obligatorias de los tradicionales Otros genéricos, tales como ‘indios’, ‘refugiados’, ‘minorías’, ‘desclasados’ etc.; c. desarrollada por un proceso-entidad inestable y fluctuante [...] el Ser-en-el-campo (un intersujeto, o sea, un puente existencial, cognitivo, emocional y corporal entre seres humanos concretos que generan un intercambio comunicativo) (Wright, 1994, p. 40)

Guber (2005) refiere a dos conceptos claves en la tarea antropológica y la etnografía como trabajo de campo; la diversidad y la perspectiva del actor. El antropólogo social busca dar cuenta de la alteridad que superen el “sentido común” y los paradigmas teóricos, y “se ocupa de producir la diversidad, gracias al descentramiento de sus propios parámetros” (p. 40). Por lo tanto, el compromiso con la etnografía se apoya en la intersubjetividad como cuestión metodológica para ser un *puente existencial* que genera un intercambio comunicativo.

En el barrio se socializan prácticas heterogéneas y cambiantes. El desplazamiento a otro lugar hizo de mi cuerpo un vehículo de interacción que ha permitido la constitución de mi yo etnógrafa. El campo debe pensarse no sólo como un lugar sino como un habitus donde existen prácticas y disposiciones corporizadas (Clifford, 1997). El cuerpo del etnógrafo está cargado de significados, allí aflora lo que podemos llamar inteligencia social dentro de las redes de intersubjetividad de cada individuo en conjunto con los sentidos y los sentimientos; todo esto se acomoda en la mente del sujeto-etnógrafo para ayudarlo a entender el mundo y para tener las herramientas de investigación social. El campo puede acompañar, guiar, obstaculizar, distorsionar o abrir la mirada: “El objetivo del trabajo de campo es, por lo tanto,

congruente con el doble propósito de la investigación y consiste en recabar información y material empírico que permita especificar problemáticas teóricas [...], reconstruir la organización y la lógica propias de los grupos sociales [...]; reformular el propio modelo teórico, a partir de la lógica reconstruida de lo social [...]” (Guber, 20006, p. 49).

En base a estas ideas, se realizó un diseño cualitativo para analizar las experiencias organizativas de la Vivera del barrio RB en relación con las prácticas de agricultura urbana enmarcadas sobre la idea de una urbanización y “barrio ecológico”. El método de trabajo que utilicé fue la etnografía: a través de su uso, hubo un entendimiento más profundo sobre las relaciones y subjetividades que envuelven a la comunidad.

Inicialmente esperaba realizar siete (7) meses seguidos de trabajo de campo, no obstante, debido a la pandemia se extendió a ocho (8) meses desde septiembre de 2020 hasta abril de 2021. Realicé 13 entrevistas abiertas semi-estructuradas a las mujeres de la Vivera (solo una ha quedado sin entrevistar) 3 entrevistas a miembros de la organización “Un Árbol para mi Vereda” (en adelante: Un Árbol) y 2 entrevistas a representantes del Ministerio de Desarrollo Humano y Hábitat del Gobierno de la Ciudad y del Instituto de Vivienda de la Ciudad (en adelante: IVC)<sup>12</sup>. Tal como explica Guber, en estas entrevistas se captó el diálogo existente entre las protagonistas de la Vivera, las instituciones y el barrio en general.

Las dudas que despertaba mi experiencia como migrante y estudiante de ciencias sociales, complejizaron el reto de leer *otra* cultura<sup>13</sup>. Llegué a la Vivera por primera vez un 5 de septiembre de 2020, con un clima social sombrío y lleno de incertidumbres debido a la pandemia. Esas dudas fueron desapareciendo en la medida en que pude introducirme en el trabajo de campo. Las mujeres migrantes organizadas me aceptaron y se interesaron en colaborar con mi trabajo. A medida que se

---

<sup>12</sup> Debido al contexto particular de pandemia en el cual se concretó este trabajo de campo, no se realizaron entrevistas a personas del barrio RB que no integraran la organización estudiada. Entendiendo que la mirada de “los de afuera” es sumamente relevante para comprender los procesos sociales, esto quedará como cuestión pendiente para futuras investigaciones que den continuidad a este estudio.

<sup>13</sup> Y las dudas existenciales, “¿cómo la experiencia vivida de los individuos se conecta a las realidades posibles de la tradición, de la historia, de la cultura y de la biología de las especies que rebasan la vida de cualquier persona?” (Jackson, 1996: 6).

profundizaba la experiencia de la Vivera, ellas ganaban confianza, sabían cómo mantener el lugar, cómo expresarse e incluso generaron un discurso para comunicar al público qué especies estaban dispuestas en el mercado, entre otras informaciones.

El registro de entrada al campo fue siempre con una libreta (en un diario de campo), dejando un par de horas, un día, o incluso, una semana sin escribir sobre ese encuentro, apelando a la memoria, el recuerdo y la reconstrucción después de la observación. Los encuentros fueron espontáneos y diversos; sólo cuando pedí realizar entrevistas que se pudo sentir algunos momentos de incomodidad o resistencia por parte de las migrantes entrevistadas. Como dice Guber (2006) recolectar “lo real” para captar “lo real”: “[...] cada forma de registro, así como cada investigador y cada personalidad, inciden de algún modo y es este modo el que debe reconocerse y explicitarse. Aun cuando el investigador no lleve consigo ningún implemento técnico (grabador, filmadora, etc.), su sola presencia, su atención y su comportamiento inciden en el medio observado. Lo deseable no es que esta incidencia no exista, porque existe, sino que sea reconocida, caracterizada e incorporada como condición de la investigación y el conocimiento social” (p. 167).

Recurrí a documentales, archivos periodísticos y registros fotográficos para conocer cómo era el barrio antes y en qué se ha convertido en la actualidad, también utilicé un croquis y dibujos del barrio con sus respectivas limitaciones, para que las personas observaran gráficamente dónde viven y pudieran señalar -mientras eran entrevistadas- donde se ubica su vivienda (o donde se ubicaba).

Debe tenerse en cuenta que la pandemia global influyó en las condiciones de investigación: me generó momentos de incertidumbre al vivir lejos de la Vivera, pues la distancia y las restricciones limitaban las posibilidades de traslado y contacto. Pero también se manifestó en los comportamientos de los actores sociales y en las decisiones políticas y gubernamentales. Los sucesos en relación con las medidas sanitarias se tomaron en cuenta durante esta actividad de trabajo de campo.



## **Estudiar a las migrantes siendo migrante.**

En la población local de RB confluyen distintas migraciones del Perú, Bolivia, Paraguay y también de distintas provincias argentinas. Al igual que ellos/as, yo también soy migrante ¿en qué nos diferenciamos?; ¿cómo se pretende entender la vida de un individuo sin comprender la propia? Pensar en migrantes, siendo yo una, me conectó con las reflexiones de Rushdie (1985). En su texto sobre la película “Brasil” (1985) del director Gilliam (migrante británico en los Estados Unidos) propone el concepto de *sensibilidad migrante*. Rushdie afirma que la condición de migrante pone en cuestión el nacionalismo a partir del despojo de apegos, creencias, pertenencias. Creo que cada ser humano contribuye a esta sociedad y a su curso histórico. En principio, yo no deseaba trabajar con migrantes, ya que migrar para mí representaba una experiencia de dolor. No obstante, las vivencias e ideas van transformándose a medida que las exigencias nos conectan con otros. En efecto, “la vida social se vive en la interfase del yo y el otro, más allá del hecho de que los objetos materiales, anónimos y conceptuales, se han sedimentado allí” (Jackson, 1996, p. 43).

Disfrutar del *viaje* etnográfico, lejano o cercano, no amerita excluir las vivencias personales, más bien, se puede hacer que coincidan “los dictados de la razón analítica con la intensidad analógica de la emoción creadora” (Bartolomé, 2003, p. 219). Esta cuestión también es parte de mis reflexiones etnográficas, ya que como escribe Bowie sobre la metodología antropológica, “lo que es clave no es la transformación moral, emocional o intelectual del antropólogo, sino nuestra capacidad para comprender, describir e interpretar (traducir) el mundo de las personas o los fenómenos que estamos estudiando” (Bowie, 2013, p. 723).

Realizar una introspección, revisar los sucesos de forma reflexiva, tal como explica Wright (2008), deriva de una experiencia que resulta útil para describir cómo viven los seres humanos en su mundo social e interpretar otras formas de construcción histórica. Clifford (1994) propone una definición de “diáspora” que remite a las implicancias que trae ser migrante: “Entraña la radicación, el mantenimiento de comunidades, la posesión de hogares colectivos lejos de la tierra natal (y en esto difiere del exilio, con su frecuente foco individualista)” (Clifford, 1994 p. 308). El concepto de

diáspora se presenta como un espacio de lucha política que define a lo local como una comunidad distintiva. Los migrantes del barrio RB atravesaron momentos de lucha enmarcados en contextos históricos de desplazamientos.

### **Síntesis de la tesis**

La tesis se estructura en tres (3) capítulos en los que se describen los procesos organizativos desarrollados por las mujeres migrantes de la Vivera. En el primero: "De villa a barrio: 'Siempre hemos sido pocos pero no unidos, nunca unidos' ", se trata de un apartado introductorio en el que se describe la historia del territorio -desde la perspectiva de las mujeres- mucho antes de ser llamado "RB" e incluso de su ubicación actual: tal como se conoce, fue relocalizado por los gobiernos que reprodujeron condiciones de precariedad. Además, se explicará el plan para la reurbanización del barrio y el interés de las instituciones estatales por la siembra y el cultivo de plantas nativas.

En el mismo capítulo se relatan los contrastes existentes respecto a la historia del colectivo desde sus inicios (en relación con los talleres de paisajismo que realizaban en el patio de una vecina) y como las mujeres del grupo terminan consolidándose como tal. La trayectoria, sus cimientos y antecedentes las lleva a asumir la responsabilidad de cuidar y administrar el vivero pensado para el barrio. En esta sección se profundiza sobre el vivero, el cual está compuesto de huerta y plantas nativas extendido sobre 300 metros cuadrados. En su interior, tienen un container que está habilitado como oficina, en la cual se guardan los materiales de trabajo (palas, bolsas, macetas, tierra, entre otras), hay una computadora de mesa, varios bancos. También poseen una heladera, una mesa con platos, vasos y cubiertos y una cocina. A su vez, en este espacio poseen los registros de las plantas que entran -por la siembra- y salen -por las ventas-. Frente al panorama de expectativas y metas auto-impuestas por el grupo, se narran los sueños y las esperanzas de las mujeres migrantes en relación con el crecimiento y visión futura que estas tienen sobre sus experiencias y trabajo en la Vivera.

En el segundo capítulo: "Los procesos organizativos: entre el dinero y las plantas" se profundiza en la trama de relaciones sociales de la organización. En este

apartado se desarrolla concretamente el inicio de la organización: la *huerta chica*. Esta huerta es exclusiva para el autoconsumo, aunque en ocasiones complementan las ventas de la Vivera. A diferencia de la Vivera, en la *huerta chica* no se producen plantas nativas. Al ser un espacio libre y autónomo han traído de sus países natales especies particulares a las que llaman “intrusas” (ornamentales y comestibles) de Perú o Bolivia. Se describen los significados desde la perspectiva de las mujeres frente a la convivencia con otros seres vivos (plantas, insectos y animales). Además, se desarrollan los roles y la división respecto a las tareas del equipo. Se menciona la situación de incertidumbre por la emergencia sanitaria que cambió y modificó la capacidad de agencia de las mujeres migrantes en sus vidas personales y laborales. Además, siempre desde la perspectiva del actor, se analizan las implicancias de la meta de la autosustentabilidad, de cara a los conflictos interpersonales por la administración monetaria y la organización en general.

El tercer capítulo: “Mujeres migrantes que cuidan la vida: trayectorias de migración y experiencias de pertenencia” está enfocado en las historias personales de las mujeres de la organización, alrededor de la forma en que han ido construyendo vínculos entre ellas y con otras personas que visitan la Vivera. También se toma en cuenta la exposición del cuerpo ante enfermedades y experiencias de violencia de género que han experimentado las mujeres migrantes antes, durante y luego de la llegada al país de acogida. Se toma en cuenta la perspectiva de género, ante las consecuencias de la migración y la inserción global de esta problemática frente a los sistemas socio-económicos de los hogares que conllevan a una reorganización de las familias, sus recursos económicos y la transformación de las experiencias en función de sus raíces e historias personales. Finalmente, se introduce lo relativo a los saberes nativos y expertos, desde qué lugar enseñan lo que han aprendido y desde qué lugar aprenden.

## **CAPÍTULO I. DE VILLA A BARRIO: “Siempre hemos sido pocos pero no unidos, nunca unidos”.**

Llegar a RB desde General San Martín (provincia de Buenos Aires) supone atravesar toda la ciudad (CABA) finalizando el recorrido en Puerto Madero<sup>14</sup>. Lo primero que se puede observar al llegar al barrio, en la intersección con la Av. España y el Museo “La Cárcova”, es el monumento del cantautor cordobés fallecido Rodrigo Bueno y, al fondo, varios asentamientos informales<sup>15</sup>. A la izquierda, una hilera de edificios nuevos perfectamente estandarizados (o “monoblocks<sup>16</sup>”) seguido de una avenida que luce también nueva, limpia y ordenada y, frente a estos edificios, una calle con un patio alargado y enrejado desde donde se visualizan contenedores con un cartel de “patio gastronómico”. Un par de pasos más adelante, en el fondo del patio gastronómico y después de un alambrado se encuentra la Vivera<sup>17</sup>.

---

<sup>14</sup> La zona más exclusiva de la capital de Buenos Aires está rodeada de oficinas y empresas multinacionales; trabajé como consultora en una de ellas. Miles de veces pasé cerca del barrio y no sabía de la existencia de ese lugar.

<sup>15</sup> Un “asentamiento informal” o irregular, es el término con el que se conoce al establecimiento de varias viviendas o refugios habitados. Cuando se dice irregular se refiere a la forma improvisada, en medio de condiciones precarias y/o servicios deficientes. Por lo general las viviendas están hechas de materiales reciclables tales como; cartón, chapa, plásticos, entre otros. Para mayor información consultar: <https://www.geoenciclopedia.com/asentamientos-humanos/>

<sup>16</sup> En argentina también se conoce cotidianamente como “barrio FONAVI”, se trata de conjuntos habitacionales que tienen una edificación “repetida” o igual ya que forman parte de un proyecto de viviendas pensado desde una municipalidad, una provincia o la nación. Por lo general son viviendas insertas en programas de construcción para relocalizar familias ubicadas en asentamientos o “villas”.

<sup>17</sup> Las dimensiones del espacio donde está ubicado la Vivera Orgánica es de 300 metros cuadrados.



Mural a RB a la derecha y a la izquierda el nuevo complejo habitacional. Fuente: Captura satelital, intersección con Av. España y la nueva calle “RB”.

Al momento de hacer algunas entrevistas, se pudo saber que el barrio todavía es considerado una “villa” (al menos, la parte donde están ubicados los asentamientos) por los actores sociales, por lo tanto, eventualmente se utilizará el concepto nativo. La entrada es angosta y en la medida en que se avanza el espacio de los pasillos se va estrechando. Los callejones, las casas apiladas, los niños y niñas jugando y los pequeños comercios dan vida al lugar: dentro del barrio el terreno es diferente, la producción de la villa desde la mano de los propios migrantes (de otras provincias o de otros países) muestran años de dedicación y todo un conjunto esfuerzos puestos en tener un lugar cómodo para vivir.

En la villa RB los atajos son conocidos por sus habitantes, pero difíciles para los ajenos. En una ocasión, perdida dentro de la villa intentaba llegar a la casa de una de las mujeres de la Vivera, “¿dónde estará la vivienda de Valentina<sup>18</sup>?” me preguntaba. Ya había entrado antes a esa parte de la villa. Entre los callejones desconocidos, mojados con aguas negras en un camino falsamente plano, me esperaba ella “¿fue fácil llegar?”, fue lo primero que preguntó. Su casa tenía una decoración sobrecargada de plantas,

---

<sup>18</sup> Los nombres reales fueron modificados para preservar la identidad.

esto marcaba una diferencia del resto de las viviendas, parecía un montículo verde. Al finalizar ese día, Valentina me acompañó a la salida; mientras la seguía -ella estaba por iniciar su turno en la Vivera- nos adentramos a un pasillo sumamente estrecho, para finalmente, llegar a una cancha de fútbol y salir de la villa. Se trataba de un atajo que permitía el acceso a ese lugar tan criticado, tan dolido, que contiene miles de historias migrantes y que a la fecha, se erige como un “modelo de integración socio-urbana” (Proyecto de Ley 1710-F-2016) que reconstruye sus cimientos sobre “parámetros de bio-sustentabilidad”.

En este estudio, se pudo reconstruir algunos aspectos vinculados a la historia del barrio a partir de los relatos de las vecinas que integran la Vivera y también mediante las notas periodísticas previas a los cambios que en la actualidad se perciben al pasar de “villa” a “barrio” en Puerto Madero.

En la década de los `90, el Estado organizó la urbanización reproduciendo las condiciones precarias. La población del barrio no era destinataria de las políticas sociales tal como ocurría con otras villas sí reconocidas como tales, con merenderos y/o comedores; tampoco contaban con algún dispensario o ni eran sujetos de las políticas culturales (Carman, 2011). No obstante, el lugar se fue poblando a partir de redes familiares o de conocidos que propiciaron las nuevas olas migratorias, esto alentaba a la venta de lotes de parcelas entre vecinos y, tras la crisis socioeconómica del 2001, los terrenos ubicados en las adyacencias de la costanera sur se cotizaban a precios cada vez más elevados.

Ese proceso de transformación del barrio fue experimentado por Sara, una de las catorce mujeres que componen la Vivera y que se desempeña en el rol de "referente", entre otras cosas. Ella participó del plan para la reurbanización actual: “había mucha desconfianza, yo asistí a las reuniones y solo veía a ocho (8) personas”. Según Sara, esas reuniones se realizaban para planificar, comunicando a los vecinos de boca en boca y pidiendo sus opiniones. Ella menciona que en su momento trajeron una maqueta y les mostraron cómo llegaría a ser el barrio. Sara sentía que era “increíble” imaginar que el plan pudiese extenderse hasta la manzana 7, ya que hasta ese momento el barrio solo tenía 4 manzanas. Sin embargo, también comenta que hubo mucha “contra”,

porque la gente, en general, no quería cooperar o hallaban problemas en las formas de comunicarse.

De manera similar, Sofía (52 años, peruana y miembro de la Vivera) comentó que el barrio se movilizaba y acompañaba a los “delegados<sup>19</sup>” en sus peticiones a la legislatura. Ella afirmó que los vecinos de la villa no querían una “reurbanización”, solo buscaban ser “reconocidos”, existir legalmente y tener un nombre porque ellos “no eran nada para el resto de la gente”, expresando con decepción: “siempre hemos sido pocos pero no unidos, nunca unidos”.

Además, Sofía explicó que “el plan inicial” planteado por los delegados era el reconocimiento como “villa<sup>20</sup>”. Cuando surgió la iniciativa legislativa 1710-F-2016 presentada en junio de 2016<sup>21</sup>, ella no podía entender cómo se realizaría la urbanización porque pensaba que no estaban preparados para eso y, sólo querían tener un reconocimiento de existencia. Junto con el crecimiento de la población se incrementaron los conflictos: “la gente comenzó a alquilar, empezaron a ampliar sus casas y trajeron gente desconocida, llegando a un punto en el que todos éramos desconocidos. Además, comenzaron a vender por ejemplo, 80m<sup>2</sup> de una extensión de ellos, y esos que compran esos 80m<sup>2</sup> comienzan a vender cuartito por cuartito” (Lucía, 60 años).

Hasta hace poco la villa RB no existía en ningún mapa satelital. Este espacio permaneció oculto durante mucho tiempo. Luego fue esquivado, rechazado y condenado como “amenaza” hacia la biodiversidad, ya que -discursivamente- se profundizaban afectaciones al ecosistema y al desarrollo de vida animal y vegetal de la Reserva Ecológica Costanera Sur (Carman, 2011). En parte, la complejidad de este territorio radica en que son miles de personas instaladas en casas construidas por ellos,

---

<sup>19</sup> Existen liderazgos en el barrio asumidos por personas que llevan aproximadamente más de dos décadas en el lugar, gestionando el derecho a la vivienda para los vecinos. A estas personas se las llama “delegados”.

<sup>20</sup> Ser reconocidos como villa implicaba tener una existencia legal definida y acceso a políticas sociales (comedores, asistencia social entre otros).

<sup>21</sup> A principios de 2017 se aprobó la iniciativa legislativa 1710-F-2016 que dispone la integración socio-urbana, con criterio de radicación definitiva del Barrio RB (Sección 98, Manzana 1, Parcela CS01) cuyos límites son: al sur con la Sección 96, Manzana 20 -Ciudad Deportiva Boca Juniors-, al este con el Río de la Plata, al norte con el actual predio de la Reserva Ecológica y al oeste con la Avenida España.

ubicadas en un terreno que pertenece a una reserva y a pocos metros de uno de los barrios más exclusivos de la ciudad capital, Puerto Madero. La antigüedad de los pobladores resultó un elemento clave para que pudiesen permanecer en el espacio que hoy habitan, debido a que ya se encontraban viviendo en el lugar antes de la ordenanza de 1986 que convirtió a esas tierras en Reserva Ecológica Costanera Sur.

### **El plan para la reurbanización: “no todo lo que brilla es oro”**

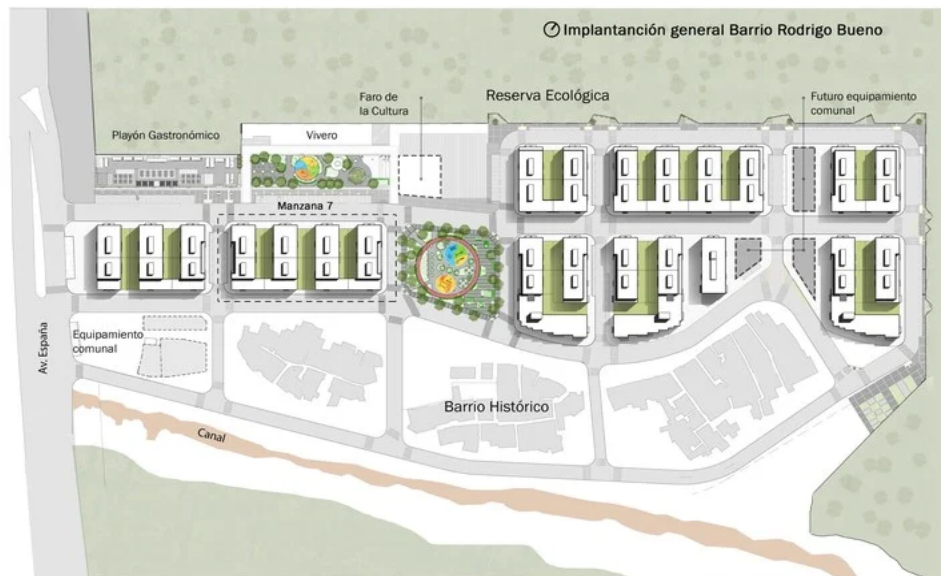
En mi primera visita a la Vivera conocí a Valentina. Pese a haber llegado sin aviso, su recibimiento fue cordial. Estaba acostumbrada a las visitas. Desde el 2020 la Vivera está abierta y eso ha supuesto un entrenamiento de atención al público para estas mujeres. No obstante, ese día en particular, luego de intercambiar algunas palabras me hizo saber que estaban ocupadas en un taller. Amablemente me ofreció pasar y conocer “la huerta”. De ese intercambio y, frente a la emoción y ansiedad en mi “primera visita” solté un comentario espontáneo mirando hacia los edificios recién construidos y perfectamente alineados que se observan frente a la Vivera: “qué lindo” -dije- y ella me respondió “no todo lo que brilla es oro”. Me llevó un tiempo entender la frase...

La villa tiene su propia fachada. La mayoría de las mujeres de la Vivera continúan viviendo allí -aún después de la reurbanización- sin ser beneficiarias de la política de relocalización. Julia, oriunda de Perú y miembro de la Vivera, asegura que no quiere mudarse ya que ella construyó su casa, ubicada en la manzana n°2, y eso representa su historia y trayectoria: “he crecido con ella desde que era una simple tabla con cartón”, asegura. Este proyecto de “embellecimiento estratégico” (Swistun, 2014), pese a haber involucrado a los habitantes del barrio al presentarse como co-participativo y sin expectativa de un “desalojo asistencial” (Carman, 2011) no supo dar cuenta de los matices que vincula y relaciona a estas personas el lugar.

Los barrios de CABA poseen su propia historia e identidad. Thomasz (2014) en su estudio sobre la estetización y saneamiento inserto en el barrio de La Boca asegura que esa historia está ligada al mundo del trabajo, directamente relacionada a actividades industriales que se desarrollaron en torno al puerto. La crítica principal de



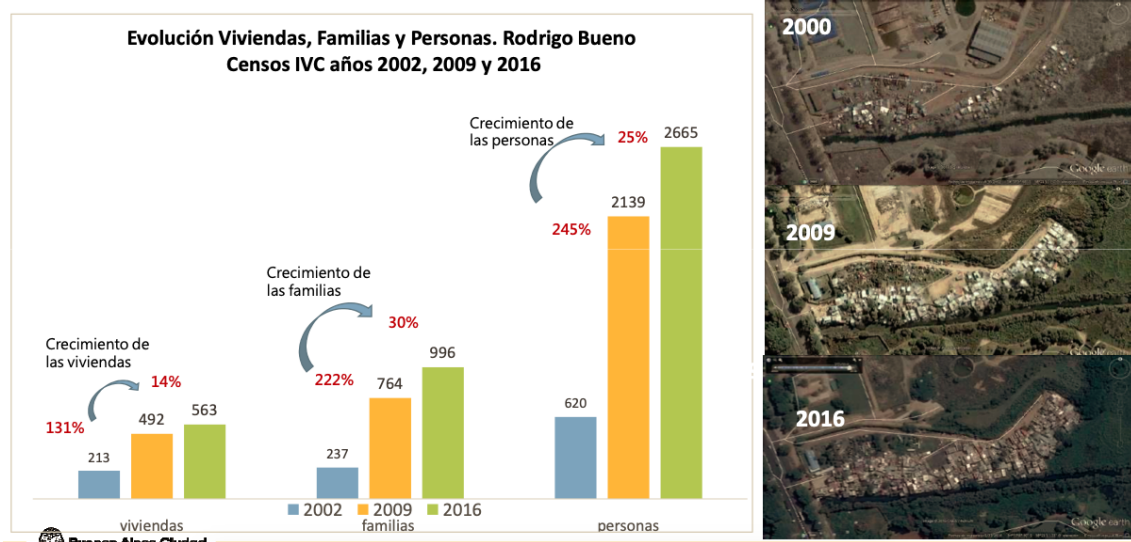
dicho estudio tiene que ver con la lógica estética que se ha impuesto desde la última década en los barrios lindantes de La Boca (incluidos los colindantes al río, Lamadrid y RB). La autora apunta a una “renovada preocupación del Estado por mejorar su imagen y su “paisaje”, por recuperar su espacio público, ponerlo en valor, embellecerlo, neutralizarlo y emprolijarlo” (Thomasz, 2014, p. 5), de la mano de una constante amenaza de poner en venta estos territorios debido a la valoración de los terrenos en vista a los emergentes proyectos inmobiliarios.



Fuente: Plan para la reurbanización del barrio RB del Observatorio Metropolitano

Retomando la idea de la organización del barrio, los delegados cumplieron un papel crucial antes, durante y después de la iniciativa legislativa y del proyecto de Ley para la integración socio-urbana que consistió en demoler parte de la villa, relocalizar las viviendas ubicadas en las consideradas zonas de riesgo y constituirse como “barrio”. Los delegados se organizaban por manzana (anteriormente eran cuatro manzanas, ahora siete) facilitando comunicación entre organismos e instituciones públicas y el barrio, además de facilitar la organización entre los vecinos.

Según el último Censo realizado en el barrio por el Gobierno de la Ciudad (2016) viven en RB aproximadamente 2.665 personas que componen 996 familias distribuidas en 563 viviendas, estos datos arrojan que existen alrededor de 2,8 personas por familia, 5 personas por vivienda y 1,8 familias por vivienda habitada<sup>22</sup>. En este momento se está avanzando en la reurbanización del barrio y el proyecto que integra medidas bio-sustentables de integración socio-urbana que son el resultado de las demandas de los vecinos en relación con los impactos ambientales sobre sus cuerpos como resultado de la contaminación (sobre la cual se profundiza más adelante).



Evolución poblacional del barrio Rodrigo Bueno. Fuente:  
<https://vivienda.buenosaires.gob.ar/censo-rodrigo-bueno>

Valentina, por ejemplo, perteneció a una de las organizaciones que gestionan recursos y trabajó con los delegados. No obstante, según comenta, luego de cuatro años tomó la decisión de dejar de participar activamente debido a que “ellos pedían gente, ella conseguía 30 o 40 personas y le enviaban colectivos” (Valentina, 56 años).

<sup>22</sup> Para ver el estudio en detalle: <https://vivienda.buenosaires.gob.ar/censo-rodrigo-bueno>

La mayoría de las mujeres de la Vivera afirma que participaron en numerosos procesos de gestión y organización previos a la actual transformación del barrio. Es por ello que, también existía un sentimiento de “desconfianza” (Sara, 49 años); “ellos no creían en nadie, los vecinos en general, y vociferaban que los delegados y líderes de organizaciones ‘eran unos mentirosos’ “. Con tal panorama, se explica el desinterés en participar en el proyecto de reurbanización ya que existía incertidumbre, desconfianza y, además, miedo: durante la gestión de Mauricio Macri como Jefe del Gobierno porteño (elegido en 2007-2011 y reelegido en 2011-2015), el barrio vivió momentos de tensión;

“Yo cuando vine acá, estaba como que había pasado ‘lo peor’. No se podía dormir porque en cualquier momento podía pasar... En ese tiempo, Macri era como ‘el monstruo de la Ciudad’. Era el gobernador de la ciudad, y pensábamos que venía Macri y desaloja el barrio. Y a veces dormíamos o no dormíamos, estábamos muy atentos a que en cualquier momento venía la policía con Macri y nos echan del barrio” (Sara, 49 años).

Cuando Sara recuerda, tiene lágrimas en los ojos; ella reitera que no desea regresar a esa situación de impotencia. No se trataba únicamente de la incertidumbre por “no tener una existencia legal definida” sino que también estaba la contaminación ambiental en un territorio degradado por ser también un “ex-cementerio de autos”. “Tenías que saltar por los charcos para poder pasar” -recuerda Sara-. El óxido de los autos se filtraba hacia la tierra y, al ser un espacio inhóspito y sin intervención estatal, los habitantes tomaban aguas del subsuelo, la única manera de acceder al agua y es por esa razón que “había mucha gente enferma, hicieron exámenes a niños y descubrían que en su sangre tenía metales pesados”.



Cementerio de autos en el barrio RB. Fuente:

<https://www.alertamilitante.com/informes/3574-la-contaminacion-por-plomo-en-ninos-del-barrio-rodrigo-bueno.html>

En efecto, “[...] la Reserva Ecológica cedió parte de sus terrenos del borde sur a la Policía Federal para la instalación de un cementerio de autos, que afecta tanto la salud de los habitantes de RB como la biodiversidad de la reserva” (Carman, 2011, p. 51). Esos vehículos degradados liberaron combustibles, lubricantes y fluidos refrigerantes que producen contaminación en el suelo: “entre las sustancias más tóxicas se encuentran hidrocarburos, arsénico, cadmio, cinc, cobre, cromo, mercurio y plomo” (ibíd.) Al buscar respuestas sobre la enfermedad (esclerosis lateral primaria<sup>23</sup>) que padece, Sofía supo a través de un estudio médico que tiene metales pesados en su sangre. Esta situación es narrada con gracia por la misma Sofía; parece recurrir a la risa como forma de refugio, ya que antes “lloraba mucho”: “todo lo malo que yo tenía lo

---

<sup>23</sup> La esclerosis lateral primaria (ELP) es un tipo de enfermedad neuronal que ocasiona que las células nerviosas del cerebro pierdan el control sobre el movimiento. A su vez, produce debilidad en los músculos voluntarios y como consecuencia dificultades para caminar, tragar y/o hablar: <https://middlesexhealth.org/learning-center/espanol/enfermedades-y-afecciones/esclerosis-lateral-primaria-elp>

tengo ahí, en mi sangre tengo aluminio 80%, plomo 70%, litio, todos los malos metales y minerales pesados los tengo en mi cuerpo. Hierro, calcio, esos no tengo” (Sofía, 52 años). Las políticas estatales en materia ambiental y de saneamiento en el barrio iniciaron aproximadamente en el año 2015.

¿Hasta qué punto estas políticas públicas en materia ambiental y sanitaria no continúan la reproducción de la desigualdad socio-ambiental en la pobreza urbana? (Swistun, 2014). En palabras de Swistun, “los pobres no respiran el mismo aire, toman el mismo agua, o juegan en la misma tierra que otros, sus vidas ocurren usualmente en un ambiente contaminado que tiene consecuencias graves para su salud presente y sus capacidades futuras” (p. 156). En su texto, ella menciona dos comunidades precarias con distinto grado de exposición a contaminantes ambientales tales como cromo, benceno, tolueno y plomo -siendo este último calificado como- “la madre de todos los venenos industriales [...] la toxina industrial paradigmática causante de enfermedad ambiental” (p. 156). Justamente este contaminante es uno de los que habita el cuerpo de Sofía.

La población de RB ha convivido con químicos degradantes desde 1990 aproximadamente. Las consecuencias de esa exposición no logran verse de inmediato. Swistun (2018) retoma el concepto de “biología local” de Lock (1993) y el de “biología estigmatizada” de Horton & Barker (2010). Este último término incorpora la “posición social” de los sujetos dentro de la estructura social estudiada y sustentándose en la idea de “cuerpo” y no “persona” que sufre determinada enfermedad, es decir, un *cuerpo* capaz de mostrar un “paisaje” que permite intuir las marcas de la contaminación. Al mismo tiempo, este término da cuenta de las contradictorias concepciones que se tienen en torno al derecho a una vivienda digna con un ambiente sano, estas políticas no tienen en cuenta los riesgos ambientales y sus efectos en la vida cotidiana de los pobres urbanos (Swistun, 2018).

En relación con los proyectos inmobiliarios ejecutados en Puerto Madero<sup>24</sup>, hubo una progresión similar a la creación de la villa. Esto es importante porque mientras esos edificios se erigían, los habitantes de RB observaban atentos el crecimiento de ese complejo habitacional. Olivia -otra de las mujeres de la organización- cuenta cómo desde el espacio que habitaba a orillas de la costanera lograba ver el proceso de construcción de edificios de la zona más lujosa de la capital. En aquel momento, la villa no estaba incluida en ningún plan para la reurbanización, al contrario, la iban tapando con tierra: “Cuando yo llegué eso no estaba [señalando hacia Puerto Madero], todos son nuevos y, ¿qué hacían? Cómo la gente de dinero venía a vivir en esos edificios comenzaron a tapar el barrio, no querían que se vea, no querían que desde los edificios se viera. Primero taparon montículos de tierra, eran montañas altísimas de tierra, que sinceramente, no sé dónde mandaron esa tierra después porque era demasiada” (Olivia, 56 años). Según Carman, esto ocurría en 2005:

“la Reserva Ecológica levantó un terraplén de diez metros de altura enfrente de donde se alzan las casas con el objeto de tener una visión panorámica de la costa del río y replicar las barrancas originales [...] Los vecinos de la villa observaban esa montaña de tierra como una constante fuente de peligros: de derrumbe, de impurezas e inundación [...]” (Carman, 2011 p. 69-70).

Cuando en 2015, Macri es elegido Presidente, Olivia creyó que ya no habría alternativa: “listo, ahora sí nos sacan de acá”. El sentimiento de inseguridad acompañó a los habitantes del barrio y, por supuesto, a las catorce mujeres de la Vivera. Se trataba de una inseguridad de no saber hasta qué punto o hasta cuándo podrían continuar habitando en esos lugares sin estatuto “legal” y sin ser reconocidos formalmente como “villa”. Además, no se trataba de “recién llegados”, sino de personas que por décadas habían vivido allí.

---

<sup>24</sup> Reconstrucción e historia de todos los proyectos arquitectónicos de Puerto Madero disponible en el siguiente link:  
[https://www.clarin.com/arq/arquitectura/30-anos-creacion-puerto-madero-completa-perfil-urbano\\_0\\_qQ9ZWvGd4.html](https://www.clarin.com/arq/arquitectura/30-anos-creacion-puerto-madero-completa-perfil-urbano_0_qQ9ZWvGd4.html)



Imagen de protestas en RB. Fuente:

<https://www.diariopopular.com.ar/general/continua-estado-alerta-el-barrio-rodrigo-bueno-proyecto-inmobiliario-n141959>

Los relatos sobre la incertidumbre vivida se reiteran “no podías construir tu casa, no la podías mejorar, nadie hacía nada porque teníamos miedo de que nos echen. Vivíamos muy estresados” (Olivia). Sofía añade sonriendo: “me decía a mí misma, ¿por qué no hago mi casa de chapa? si me echan puedo agarrar mi chapa y hacerme un cuarto en cualquier lado. Por eso la hice de chapa” (Sofía, 52 años). Esta situación de vulnerabilidad y precariedad suele asociarse a los sectores populares, no obstante, tal como expresan Olivia y Sofía, no es solo carecer o tener acceso limitado a los recursos, sino también la imposibilidad de proyectar a futuro.

Conocer la historia de la urbanización desde la visión de las mujeres de la Vivera es necesario para entender las variables que intervienen en la cotidianidad de la organización y en el barrio. Para Sara, el mundo se clasifica en dos: “el de la villa” y “fuera de la villa”. Para ella, la convivencia se tornaba agresiva y defensiva en esos

momentos en que el Gobierno de la Ciudad aplicaba una “política de desalojo asistido<sup>25</sup>” (Carman, 2011) que se produjo a partir del año 2006.

La contaminación, la marginación y la privatización del territorio son funcionales a la expulsión que experimentaron, también lo es el sentimiento de incertidumbre.

“Habían ofrecido comprarle a la gente sus casas y les daban una cantidad de dinero para que las desalojaran. No obstante, hubo gente que no vendió su casa y afirmaba ‘a mí que me saquen muerta’. Pero los que sí accedieron al subsidio buscaron la manera de regresar al darse cuenta que el resto no se fue. La desconfianza es muy grande, incluso hacia los delegados, porque te engañaban diciendo que llegaban donaciones, cosa que nunca vi” (Sara, 49 años).

Julia y Daniela, de la Vivera y oriundas de Perú, afirmaron haber recibido ofertas de 20.000 pesos para que se marcharan (año 2006 aproximadamente). Entendiendo que ese dinero era insuficiente, se quedaron y siguieron construyendo e incluso alquilaban piezas, ya que se trataba de una situación de “perder o ganar” (Daniela, 50 años). Según las informantes: “Mucho tiempo después la Jueza Liberatori interviene y nos deja establecernos como RB” (Valentina, 56 años). Es así, tras múltiples intentos de desalojo (desde 2005), la Jueza Elena Liberatori ordenó un fallo histórico en 2011: la urbanización del barrio. No obstante, el Gobierno de la Ciudad apeló el fallo lo que derivó en más protestas y movilización de la población. Tal como mencionamos, el límite fue el ascenso de Macri en 2015, cuando la preocupación se incrementó y los vecinos comenzaron a participar con más compromiso para defender el derecho a la vivienda. Esa preocupación tenía su antecedente: la gestión como Jefe de Gobierno de CABA había ganado la fama de buscar “eliminar las villas”. Las convocatorias de los vecinos llamaban a “plantarse” frente a lo que consideraban era un riesgo de desalojo, una vez más.

---

<sup>25</sup> Fue por medio del decreto 1247/05 derogado en 2011, donde se incorporó a RB dentro del “Programa de Radicación de Villas” (Ley 148 de 1998) ordenando al gobierno de turno la presentación de un plan de integración urbana para el barrio. Para más información: <http://para-todostodo.blogspot.com/2013/07/rodrigo-bueno-y-luchador.html>



El compromiso y la participación del barrio ante las resoluciones y la posibilidad de un nuevo intento de desalojo lograron cambiar el destino de la villa tras ser aprobada la iniciativa legislativa 1710-F-2016. No obstante, luego de tantos años la desconfianza permanecía. Sara cuenta que tuvo una “corazonada” al participar por primera vez en una de las reuniones que se realizaban en la “canchita” (en 2016). Aunque al principio ella no entendía nada, debido al lenguaje técnico que utilizaban los expositores, se detuvo a pensar: “esto no es lo que uno piensa, esto es diferente”. Todas las semanas junto a los delegados se reunían tanto el IVC como entidades del Ministerio de Desarrollo Humano y Hábitat (CABA). El objetivo era diseñar de manera co-participativa el plan de reurbanización del barrio. Sin embargo, se iniciaba una nueva discusión, los vecinos del barrio, se auto-perciben como “pobres” y el planteo de estas instituciones apuntaba a vivir en un departamento, costear gastos de luz, gas y agua. Esto generaba temor y desconfianza.

Olivia es una de las mujeres de la Vivera beneficiaria del programa del IVC y el Gobierno de la Ciudad. Ella pudo acceder a una vivienda por ser una de las afectadas de la “zona de riesgo”. Ella tenía una pieza dentro de una parcela en un espacio lindante al río. Al tener conocimiento sobre el proyecto y como parte de la población prioritaria, Olivia supo que podía acceder a una vivienda. Mientras iba caminando de vuelta a su casa observaba la aplanadora, las personas trabajando, colocando hierros, veía la transformación de la urbanización y tomaba fotos: “en un año y dos meses ya estaban mudando gente” (Olivia, 56 años).

El plan de reurbanización también expresa que aquellas casas no afectadas, al no ser colindantes al Río de la Plata, no deberían ser demolidas. De esta forma, se armaron los criterios, donde la idea central sería abrir una avenida y habilitar calles dentro de la villa para posibilitar el acceso a servicios y la apertura de comercios.

### **La Reserva Ecológica Costanera Sur y el interés por las plantas nativas rioplatenses**

La Reserva Ecológica es el resultado de decisiones relacionadas con políticas urbanas propias de la ciudad moderna desde donde se exponen ciertas lógicas del

modelo de país centralista y el diseño planteado para la ciudad de Buenos Aires en el que incluso el trazado de las vías de los ferrocarriles fue pensado con la finalidad de despachar recursos. La fórmula diseñada quedaría así: ganar tierras al Río de la Plata<sup>26</sup>, dejar libre la pampa y las tierras consolidadas (Carman, 2011).

Durante la última dictadura militar en Argentina en 1978 “se construyen terraplenes perimetrales con escombros provenientes del trazado de las nuevas autopistas urbanas. Estos trabajos de relleno y descarga de escombros prosiguieron en forma discontinua hasta 1984, época en la que se abandona el proyecto” (p. 49). En el abandono empieza a desarrollarse una nueva comunidad vegetal, con especies animales y, dos años más tarde, en 1986 se vuelve necesario brindar protección: se declara “Parque Natural y Zona de Reserva Ecológica” inscriptos en el Gobierno de la Ciudad. En síntesis, se trata de un espacio resignificado que surgió de la acumulación de escombros y del desconocimiento de los grupos humanos que se asentaban.

Sara piensa que la Reserva planteó la necesidad de tener un vivero “para que este espacio se dé, para que puedan construir los edificios, porque este espacio era de la reserva, -esa cancha que ves del otro lado del vivero lo tuvo que hacer el IVC para que los trabajadores de la reserva puedan jugar ahí- el trato fue que el barrio tenga su vivero de plantas nativas. No es que al IVC le salió re-barato todo esto, no es que el Gobierno le dijo 'pon tus edificios y punto'" (Sara, 49 años).

Se trata de un "convenio de compensación ambiental" acordado entre el Ministerio de Desarrollo Social del Gobierno de la Ciudad, el IVC y la Reserva Ecológica Costanera Sur que apunta a que las plantas nativas de CABA puedan conocerse entre los habitantes del barrio y los visitantes que genere el vivero. Se incluye también la preservación de las especies. Según explica Ángel, referente del proyecto del vivero y de la Organización no Gubernamental “Un Árbol”, en Buenos Aires al igual que en gran parte de Argentina, “se perdió la cultura natural”, lo que significa que el paisaje se modificó abruptamente y con ello, las poblaciones vegetales “perdieron una cultura

---

<sup>26</sup> Desde 1900 hasta acá se han rellenado cerca de 3.000 hectáreas del Río de la Plata. Desechos y escombros de los cimientos de la ciudad sirvieron para ese fin y, de esa forma se formó la “Reserva Ecológica”. Disponible en:

<https://parabuenosaires.com/buenos-aires-una-ciudad-sobre-el-agua/#.YPWtHC2xAWI>

'ancestral', se trajo una cultura en conjunto con un gusto y plantas de otros continentes [...] es un conocimiento que se perdió, pero para poder recuperar o cuidar algo es necesario conocerlo, a través de conocerlo uno empieza a tener cariño y a saber cómo interactuar” (Ángel, Un Árbol).

Estas instituciones, hablan de un patrimonio perdido (Brailovsky y Foguelman, 1991) cuya responsabilidad recae en el pasado y en la memoria verde -y “oculta”- de Buenos Aires. Para las mujeres migrantes de la Vivera este tema también es incorporado como aprendizaje sobre su lugar actual. Algo que ellas desconocían y que fueron aprendiendo para cumplir con los objetivos de las instituciones que intervienen. Parte de lo que ellas deben transmitir es la función de las plantas nativas, desde la relevancia cultural y ecosistémica “brindan alimento, abrigo o refugio a un montón de especies de aves, insectos, mariposas, etc., y si estas plantas no están, estas especies de fauna desaparecen, vienen desapareciendo y van a seguir desapareciendo” (Ángel, Un Árbol). Otra persona de la misma ONG que participa en la formación de las mujeres de la Vivera, mencionó que las plantas nativas son “parte de un ecosistema que se formó sin intervención del hombre a lo largo de miles de cientos de años, se estabilizó y logró -en ese momento- un cierto equilibrio” (Miguel, Un árbol).

El trabajo que realiza Un Árbol está orientado a la enseñanza y la explicación de que el hombre ha venido creando espacios donde la biodiversidad decrece aumentando así su desertificación. Por ello, cuando se habla del espacio donde está instalado el barrio, no necesariamente se trata de un espacio sin “protección”, sino más bien de un espacio intervenido precariamente donde existieron instancias protocolarmente aceptadas para la propagación de la contaminación en el territorio (Carman, 2011). Por lo tanto, hablar del arrebatación de lo “natural” que ha sufrido el patrimonio vegetal de CABA remite a una situación de despojo que poco y nada tiene que ver con los asentamientos.

Particularmente, el método de trabajo forjado desde “Un Árbol” con las mujeres de la Vivera expone una “máxima filosófica”: las plantas “precisan de la no-mente”, es decir, no se trata de pensar en colocar una u otra planta, si es nativa o si no lo es, simplemente se enseña que la planta “está porque está, es su lugar, no es necesario

realizar mayores cuestionamientos” (Ángel, Un Árbol). Se volverá sobre esta cuestión más adelante.

### **El proyecto huerta/vivero de la “Vivera Orgánica”**

Una cuestión sumamente importante a tener en cuenta es que las mujeres de la Vivera no se conocían previamente a pesar de ser todas del mismo barrio. El interés por las plantas las encontró en la posibilidad de participar de los talleres de paisajismo, cerámica, etc. promocionados por el IVC en 2017<sup>27</sup>. El objetivo de esos talleres era “formar gente y darle la oportunidad de generar trabajo” según explicó Sara, de la Vivera. La intervención estatal en el barrio apuntaba a impulsar proyectos de desarrollo.

Siempre que las mujeres cuentan el origen de la Vivera, señalan la casa de una vecina que tenía un patio al aire libre. Los talleres se realizaban todos los sábados; así fue surgiendo la idea de producir huerta: “queremos saber cómo plantar una lechuga o un tomate” (Sara), “nosotras ya teníamos la base, la mayoría veníamos del campo, sabíamos cómo preparar la tierra. Teníamos tierra donada para los talleres, podíamos sembrar” (Lucía, 60 años). Se observa aquí la referencia de los saberes propios de los lugares de origen y su experiencia como migrante. Se retomará esta cuestión en los capítulos que siguen. Por ahora, lo que importa es que el grupo se consolidó al decidir que querían sembrar hortalizas para el autoconsumo y no dedicarse únicamente al cultivo de plantas ornamentales. La experiencia y el tacto con la tierra les fue mostrando los pasos a seguir, primero recordar cómo se siembra y, luego, buscar soluciones ante el crecimiento de las plantas: “¿dónde colocarlas?”, ellas no tenían un lugar de trabajo propio. Según Sara “las plantas poco a poco iban creciendo y los familiares se iban molestando”.

El cuidado de las plantas y del medioambiente, por un lado, y los requerimientos de los talleristas de paisajismo, por otro, se sumaba a las demandas de sus familias y todo esto se convertía en un desafío para ellas. Estas plantas realizaban un circuito en el barrio RB: de la casa de la vecina a las suyas por la noche. Durante el día estaban en

---

<sup>27</sup> Estos talleres fueron financiados a través de Mecenazgo que es un programa del Ministerio de Cultura de CABA que permite el desarrollo de proyectos artísticos culturales a través del aporte de contribuyentes de Ingresos Brutos de la Ciudad. Disponible en: <https://www.buenosaires.gob.ar/mecenazgo>

la casa comunal<sup>28</sup> para que las plantas recibieran luz solar, ya que la mayoría no contaba con condiciones adecuadas en sus casas. Así, de alguna manera y por un tiempo, las plantas también fueron migrantes que buscaban sobrevivir, algo que incluso puede resultar contrario a la naturaleza de la planta. La escena de las mujeres de la Vivera trasladando plantas para su cuidado antes de ir a sus respectivos trabajos es recordada por Valentina. Entonces se vieron en la obligación de acercarse al IVC y plantear la situación: si les habían dado talleres para aprender, ahora necesitaban un espacio para seguir desarrollando sus actividades. Luego de mucha insistencia lo lograron: “pasó más o menos un mes y, luego de haber sido echadas de algunos lugares, finalmente nos permitieron estar en la *huerta chica*” (Sara, 49 años).

La *huerta chica* fue el primer espacio verde y definitivo que lograron tener las catorce mujeres migrantes en el 2017. Se encuentra en la entrada del barrio, detrás del monumento a Rodrigo Bueno. La denominaron así cuando comenzaron a desarrollar el proyecto de la Vivera que se entiende como “grande”. En sus inicios, las mujeres de la Vivera, consideraban a la *huerta chica* como un lugar de relajación, para desayunar, regar y compartir plantas cada semana. Se volverá sobre el tema de la *huerta chica* más adelante, porque este espacio cumple un lugar fundamental, tanto a nivel organizativo como para la sobrevivencia de las mujeres.

En 2017, las catorce se hacían llamar “las jardineras del mundo” y tras varias discusiones con los talleristas pidieron al IVC nuevas modificaciones, fue entonces cuando se enteraron de los planes oficiales que el Gobierno de la Ciudad tenía para edificar un vivero; “teníamos la huertita acá” -señalando hacia la ubicación de la huerta- “vamos a las reuniones sobre la urbanización y estaban diciendo ‘aquí vamos a tener tal cosa’ y mencionan ‘acá vamos a tener un vivero’, y fue allí cuando me enteré que el plan de reurbanización incluía un vivero para el barrio” (Sara, 49 años). En 2019, tras varios intentos de realizar una reunión, buscaron la manera de comunicarse con quienes “movían los hilos”. Emocionada, Sara le comentaba a sus compañeras “Olivia, hay un vivero, vamos a trabajar ahí”, su plan, -en su cabeza, aunque no en la de los

---

<sup>28</sup> La “casa comunal” está ubicada junto a la casa de la vecina (donde iniciaron los talleres del IVC), se trata de una edificación donde se hacen reuniones vecinales, talleres, entre otras. Es un lugar donde la comunidad hace sus asambleas para la toma de decisiones de toda la comunidad.

coordinadores- era que las mujeres de la *huerta chica* pudiesen trabajar en ese vivero; “le escribí al coordinador del IVC directamente, que por favor nos permitiera hablar”. Habían pasado aproximadamente dos años desde que ellas comenzaron los talleres.

Con un grupo consolidado decidieron darle un “giro productivo/comercial [...]” (la premisa era que no dependiera de presupuesto público constante para mantenerse), validando una inversión inicial para la obra, mejoramiento del terreno, invernadero, etc. Se decidió contratar a la ONG: ‘Un Árbol<sup>29</sup> con el fin de ejecutar la obra y realizar el acompañamiento y capacitación por un año” (Funcionario del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires). Las mujeres también fueron advertidas sobre el tiempo que tenían que dedicar al trabajo, los pagos que tenían que realizar, como agua, luz, y otros servicios. Luego de esa primera reunión con el coordinador “se desanimaron” al enterarse de todo lo que implicaba el vivero. No obstante, para Sara era posible mantener ese lugar y cumplir con los objetivos; “me costó convencerlas, le pedí a los coordinadores que nos ayudaran, que trajeran gente que nos enseñe, que íbamos a aprender. Hasta que un día, me llama una señorita para reunirnos”.

Cuando el Ministerio de Desarrollo Humano y Hábitat del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires<sup>30</sup> accedió a hablar les preguntaba a las migrantes cómo pensaban sembrar teniendo en cuenta que la intención del proyecto oficial era cultivar plantas nativas y la experiencia de ellas era únicamente en el trabajo con hortalizas. Sin embargo, ante la insistencia, decidieron acceder a una nueva reunión. Dos semanas después, trajeron a la ONG Un Árbol para acompañar al grupo e iniciar el proyecto. Sara no podía creer lo que estaba pasando, “yo estaba llena de gozo por la reunión en el presente, no sabía lo que iba a venir”. Olivia asegura que en octubre de 2019 comenzaron a construir; la obra se completó en diciembre del mismo año.

El Ministerio propuso que las mujeres -además de estar acompañadas por Un Árbol- recibieran una formación anual gratuita con la finalidad de que el vivero pudiera sustentarse con autonomía. El objetivo era que las mujeres logaran una renta, fueran

---

<sup>29</sup> Un Árbol para mi Vereda es una organización no gubernamental, sin fines de lucro dedicada a la Regeneración Social y Ambiental: <https://unarbol.org/#Home>

<sup>30</sup> Para mayor información refiérase a: <https://www.buenosaires.gob.ar/desarrollohumanoyhabitat>

capaces de armar presupuestos, planificar productos por temporadas, etc. Todo esto sin recibir ningún tipo de remuneración, aunque sí estaba implícito el financiamiento de la construcción y, posteriormente, la formación y los servicios del espacio.

Para el momento de la construcción de la Vivera, Un árbol trajo los planos para el diseño participativo sobre 300 m<sup>2</sup>. Este giro mantenía la posibilidad de dar continuidad a la *huerta chica*, finalmente incluida dentro de los planes del vivero del barrio. En ese momento decidieron ponerle un nombre al proyecto (hasta ahí llamado “vivero”). Hicieron un listado de nombres, todas participaron, según afirmaron. Poco a poco los nombres se fueron uniendo y descartando, al final quedó: “Vivera Orgánica”.

El nombre surgió de una manera fortuita y simpática: en una asamblea, cuando conocieron a Un Árbol, se hablaba del vivero, de lo que implicaba como proyecto y parte del proceso de urbanización. Entonces una de ellas, que ya no está entre las catorce que integran actualmente, se equivocó y dijo “vivera” en lugar de vivero. Tampoco el resto entendía la diferencia. Tiempo después el equipo de Un Árbol recordó esta anécdota para señalarles que, aunque se trataba de un error, sonaba bien, porque todas eran mujeres. Ellas pensaron en esa propuesta y les pareció acertada: “somos todas mujeres, es un vivero pero no es masculino. Vamos a tomarlo como un nombre distintivo femenino”.

Como se observa, las mujeres migrantes del barrio RB lograron filtrar un proyecto pensado “desde arriba”, que no estaba pensado para ellas, ni las tenía en cuenta. Estas mujeres adoptaron y adaptaron el proyecto oficial incorporándose a sus necesidades y expectativas, empalmando con iniciativas previas (entre las que estaba la *huerta chica*). Incluso una de las catorce mujeres propuso reciclar agua de lluvia. Esta idea fue tomada en cuenta ya que se completó un sistema de riego que proviene de tanques exteriores modulares para reciclar el agua. Más allá de la planificación, las mujeres aseguran haber participado en la pintura de los canteros para el piso, también en aceitar y curar las maderas, entre otras cosas.

La ONG no conocía a estas mujeres de RB, pero sí tenía experiencia y trayectoria con emprendimientos para personas de bajos recursos económicos. El papel

de Un Árbol en el proyecto ha sido importante en el vínculo entre las mujeres del barrio y las instituciones. Esta organización dio forma al vivero y diseñó el papel que cumplirían las plantas nativas en el barrio: ser productivas y pensadas para el emprendimiento.

Básicamente, las especies destinadas al vivero son de flora nativa de Buenos Aires y tienen una utilidad dentro del entorno de la ciudad -o de lo urbano-, ya que cumplen funciones paisajísticas y de protección del ecosistema: “[...] tienen una buena oportunidad de venta porque es el objetivo primordial del espacio, es decir, que sea un emprendimiento. No tiene sentido cultivar especies nativas importantes para la diversidad pero que nadie las compre” (Ángel, Un árbol). Es decir, la utilidad de las plantas nativas en la Vivera debe ir de la mano con la posibilidad de comercialización.

Los talleristas armaron capacitaciones para las mujeres y un plan de producción con el objetivo de enseñarles sobre las especies nativas que los paisajistas buscan o de importancia para su difusión entre vecinos por sus variadas funciones (ya que atraen mariposas, polinizados, con flores agradables a la vista, entre otros). También para incluir las pocas especies de árboles que pudieran llegar a funcionar en las veredas o que ayudaran en la restauración ambiental (no necesariamente de función ornamental), las mujeres en el 2020 -en pandemia- iniciaron su formación intensiva en plantas nativas.

La capacitación que realiza Un Árbol en la Vivera tiene cuatro ejes interrelacionados: a) huerta agroecológica, b) cultivo de plantas y flora nativa, c) comercialización y, d) organización interna. En el programa, los talleristas buscan que la dinámica de formación sea también un "proceso vivo", es decir, que no tenga tiempos determinados para las tareas pero sí se puedan fijar objetivos y, una vez completados, permitan pasar a las siguientes etapas. Explica Ángel (Un árbol) que en algunos momentos era necesario profundizar y en otros veían la posibilidad de ir "más rápido", sin dejar de atender situaciones emergentes, como sucedió con la pandemia. Era el primer año de aprendizaje de las mujeres con este proyecto y los talleristas de la ONG adecuaron un plan de trabajo trimestral, teniendo encuentros semanales los martes y jueves por la mañana. En el 2020 las capacitaciones comprendieron los siguientes ejes:



- a) *Huerta agroecológica*: producción biointensiva, incorporando contenidos teóricos y de planificación. Se dividió por los siguientes temas: capacitación en horticultura, plantines o verduras, hortalizas de estación o de forma agroecológica.
- b) *Cultivo de plantas y flora nativa*: reconocimiento de las plantas, la siembra, el cuidado del invernadero. Incluye la manera de presentar controles de calidad para que las plantas cuenten con estándares y, de esta forma, poder venderlas al mercado. Estas plantas devienen de ecosistemas que se presentan en la región rioplatense de tres ecorregiones<sup>31</sup>; el espinal, el Delta e islas del Paraná (selva ribereña y humedales) y el pastizal pampeano
- c) *Comercialización y formación paisajística*: con la finalidad de comunicar los usos y que la venta sea posible, se aprende como formar los precios, el diseño del producto, los canales para la venta, etc.
- d) *Organización interna*: se trabaja la administración del emprendimiento, el cooperativismo, las formas organizativas, la repartición de los ingresos, la formación de referentes, la logística de asambleas, en síntesis, se trata de la organización. Esta última área incluye “comunidad” en el que se evoca la comunicación de la Vivera con el barrio.

La Vivera - se compone de huerta y vivero- posee en su interior un *container* recuperado que sirve de “oficina” y se encuentra techado. Al mismo tiempo, cuenta con el espacio del invernadero donde se trabaja principalmente con plantas nativas y también sirve como “hospital de plantas” o “enfermería”, donde llevan a las plantas que pueden recuperarse de alguna infección de hongos o plagas. Adicionalmente, tienen una zona de cultivo con media sombra y una huerta que está ubicada al final del recorrido puesta sobre canteros. La Vivera dispone también un sistema de riego

---

<sup>31</sup> Disponible en: <https://www.argentina.gob.ar/parquesnacionales/educacionambiental/ecorregiones> y <https://sib.gob.ar/ecorregiones>

automático que recolecta agua de lluvia y caminos aptos para transitar el espacio en comodidad.



La “Vivera Orgánica” posee cinco tanques modulares para el reciclaje de agua de lluvia. Fuente: fotografía tomada por Leilany Estrada (2020).

El trabajo dentro de la Vivera tiene una obligatoriedad de tres horas por día, con rotación de horarios; se recibe una “colaboración” o “remuneración” proporcional a las ventas del mes. A esto no lo llaman sueldo ni salario, porque afirman que no lo hacen por dinero sino “por amor” y esto implica que muchas veces el trabajo sea incluso más sacrificado. Está mal visto, desaprobado, entre las mujeres del proyecto que se hable de la Vivera como un “trabajo más”. En efecto, el concepto “trabajo” tampoco es utilizado. En algunas ocasiones, el tiempo de dedicación excede las tres horas, ya que lo que ellas desean ofrecer no solo es un intercambio comercial por horas de trabajo, sino también un compromiso que implica dedicación y voluntad.

Actualmente, se comercializan alrededor de treinta (30) especies nativas, teniendo en producción cerca de cuarenta y tres (43). Entre las plantas nativas que se encuentran disponibles están las siguientes:

Cuadro n°1: especies nativas de la región rioplatense que comercializan en la Vivera

<b>Nombre común</b>	<b>Nombre científico</b>	<b>Tipo de especie</b>
Anacahuita	Blepharocalyx salicifolius	Árbol
Curupí	Sapium haemospermum	Árbol
Margarita amarilla	Grindelia pulchella	Arbusto
Mariposa	Heteropterys Glabra	Arbusto
Flor de Nácar	Begonia cucullata	Herbácea
Aromo	Acacia caven	Árbol
Fumo Bravo	Solanum granuloso-leprosu	Árbol
Barba de chivo	Erythrostemon gilliesii	Arbusto
Salvia del bajo	Salvia uliginosa	Herbácea
Cambará	Buddleja strachyoides	Arbusto
Guaco	Mikanía cordifolia	Trepadora
Cedrón del monte	Aloysia gratissima	Arbusto
Malva de bosque	Pavonia sepium	Arbusto
Sangre de toro	Rivina humilis	Herbácea
Sen del campo	Senna corymbosa	Arbolito

Ceibillo	Sesbania punicea	Arbolito
Malva rosada	Pavonia hastata	Arbusto
Malva salmón	Sphaeralcea bonariensis	Arbusto
Ceibo	Erythrina crista-galli	Árbol
Timbó	Enterolobium contortisiliquum	Árbol
Suspiro	Oenothera affinis	Herbácea

Cuadro de elaboración propia. Fuente: gráficos que usan en la Vivera para recordar los nombres científicos de las plantas nativas disponibles.

### **Los sueños de las mujeres migrantes de la Vivera**

Pensar como RB pasó de ser una villa sin existencia legal a -tras largos momentos de lucha e intervención agresiva por parte de los organismos estatales- convertirse en un barrio implica comprender las experiencias de las mujeres migrantes que componen la Vivera. Las villas, las casas tomadas y ocupadas son parte de una historia que está expresando una denuncia de incapacidad estatal de cumplir con sus ciudadanos en lo concerniente a preservar el principio de igualdad (Carman, 2011). Carman compara las villas con la lógica de los barrios cerrados e interpreta esto como un “contrasentido” a lo que dicta la ciudad moderna: apertura y libre circulación “[...] la novedad del barrio cerrado da cuenta de un cambio cultural que afectó profundamente los parámetros de convivencia a lo largo del último cuarto de siglo de la historia argentina: lo único que conecta al barrio y a la villa es el miedo y la desconfianza” (Carman, 2011 p. 25). No obstante, varias de las migrantes de la Vivera son también trabajadoras domésticas en barrios cerrados, con modalidad “cama adentro”, expuestas a los requisitos de seguridad para la entrada a sus lugares de trabajo.

La experiencia de la Vivera se ha convertido en un caso ejemplar, así lo sienten sus hacedoras. Sara mencionaba que la experiencia ha servido como “inspiración” para promover leyes de agricultura urbana. En efecto, en una oportunidad, durante el trabajo de campo, llegó de visita una persona acompañada de un fotógrafo, era un legislador que recientemente había impulsado la ley de huertas en CABA. El pasado 3 de diciembre de 2020 la Legislatura de la CABA aprobó la ley N° 6377 para “la promoción y difusión de las prácticas de agricultura urbana en la CABA, con el fin de favorecer hábitos de nutrición saludables, cuidar el ambiente y diversificar la producción y el consumo de alimentos con métodos sostenibles a través de la participación ciudadana”<sup>32</sup>. De alguna forma, la gestión y trabajo de las mujeres en la vivera -además de las miles de acciones que realizan organizaciones medioambientales- han hecho que este tipo de iniciativas fueran posibles.

La Vivera es parte de las transformaciones del barrio y de las contradicciones de la ciudad. En RB las viviendas reconstruidas, el espacio territorial y las características -nuevas- otorgadas han transformado al barrio en una mercancía económica, social, y cultural. El estudio de Girola y Thomasz (2013) habla sobre aquellos grupos sociales inmersos en procesos de lucha por el derecho a la vivienda y a la ciudad -como es el caso de RB- que logran tener “éxito” si extrapolan “alguna clase de atractivo, belleza o patrimonio cultural” (p. 20). Siguiendo esta idea, el proyecto de reurbanización pensado para RB se trata de posicionar al barrio desde la lógica de adquisición activa del derecho a la cultura. Esto último, tiene que ver con la ampliación de proyectos culturales y de integración social compartidos con el resto de la ciudad.

---

<sup>32</sup> Sancionada el 03-12-2020. Decreto N° 476/020 del 29-12-2020. Publicación: BOCBA N° 6026 del 30-12-2020. Disponible en: <http://www2.cedom.gob.ar/es/legislacion/normas/leyes/ley6377.html>



Contenedor del Patio Gastronómico del barrio RB con el hashtag “#BACapitalGastronómica”.

Fuente: Fotografía tomada por Leilany Estrada (2020).

Ahora bien ¿cómo se insertan las mujeres migrantes de sectores populares en este proyecto y proceso de transformación en mercancía económica, social, y cultural? Cuando decidieron migrar -algunas hace más de 20 años-, las mujeres migrantes que hoy componen la Vivera lo hicieron de manera planificada bajo la idea de ahorrar y mejorar su calidad de vida en su país de origen. Entrar a la villa y permanecer en ella parecía ser una situación “circunstancial” y “momentánea”. Al pasar los años, algunas encontraron “su lugar”, otras que hicieron “vida acá”, tuvieron hijos o se reencontraron con sus familiares más cercanos. Los sucesos más recientes fueron también significativos para algunas, el caso de Olivia es particular, pudiendo acceder al beneficio de vivienda en uno de los departamentos construidos en el barrio y, la oportunidad de ser integrante de la Vivera constituyen hitos importantes y de valor a su experiencia migratoria. Se desarrollarán estas cuestiones en los próximos capítulos.

## **CAPÍTULO II: LOS PROCESOS ORGANIZATIVOS: entre el dinero y las plantas.**

En el capítulo I se desarrolló el proceso previo a la construcción y establecimiento de la Vivera en el barrio, además de las experiencias, relaciones y vínculos que surgieron alrededor de esa iniciativa. También se introdujo a la acción organizativa a partir de observar cuáles fueron los primeros pasos de las mujeres en la *huerta chica*. En el presente capítulo, se describe la organización interna que tienen propiamente en la Vivera, es decir, el cómo y qué implica el trabajo, de qué forma se movilizan, cuál es el lenguaje utilizado, cómo han vivido la modalidad de trabajo exigida debido a la emergencia sanitaria por el Covid-19 durante el 2020, en qué consiste la producción de huerta y de plantas nativas y, cuáles son los aprendizajes que la agricultura urbana ha permitido.

Por lo tanto, es necesario conocer el origen de la organización, los cimientos de la *huerta chica*, para comprender los procesos que las catorce mujeres han transitado. Esta huerta es conocida por los visitantes y las instituciones involucradas. La *huerta chica* es reconocida por las mujeres de la Vivera como el “inicio” y fue motivo de discusiones familiares. Según cuentan, sus familiares se enojaban con ellas por el tiempo que dedicaban al cultivo de las plantas, a las reuniones, al trabajo en la huerta. Más tarde, el grupo transformó esas situaciones en aprendizajes, a medida que configuraron ese nuevo espacio forjado con la influencia de las instituciones.

### **El origen de la organización: la *huerta chica*, su significado y la convivencia con otras especies.**

Antes de iniciar los talleres de paisajismo (iniciativa del IVC mencionada), la mayoría tenía un trabajo -seguro o momentáneo- que adecuaron para poder iniciar esta nueva actividad: aprender a sembrar y cultivar plantas. Para la mayoría, la Vivera -ese espacio de organización donde confluye el Estado, organizaciones no gubernamentales, el barrio y la comunidad- todo lo que integra y lo que se percibe “no tiene un significado en sí” (Sara, 49 años). El verdadero significado ha sido el proceso, los cambios sociales a través del tiempo, es decir, el camino que fueron construyendo para finalmente conseguir pertenencia y arraigo en el barrio.

Los lugares de reunión -antes de la consolidación de la *huerta chica*- iban de un lado a otro, dependiendo de las disponibilidades. Fueron “echadas” de al menos tres lugares diferentes. El último -recuerdan- era el patio de un vecino que, tres semanas después de establecerse, les pidió que se fueran. Este fue el motivo por el cual solicitaron ante el IVC un espacio “autorizado”, donde cultivar y lograr mantener el proyecto colectivo. La *huerta chica* -ubicada detrás del monumento a RB- fue el lugar donde compartieron risas, sembraron, vieron crecer y cosecharon sus primeras verduras y hortalizas, tales como; lechuga, acelga, espinaca, apio o zanahorias, cebollas, pimientos, ajíes, rábano, zapallo, entre otros.



La *huerta chica* desde la parte trasera al monumento a RB. Fuente: fotografía tomada por Leilany Estrada (2020).





La *huerta chica* con vista hacia la villa. Fuente: fotografía tomada por Leilany Estrada (2020).

La *huerta chica* es un espacio de fácil acceso. Ellas no consideran necesario hacer ningún refuerzo de seguridad porque la mayoría de las personas conocen lo que hacen y, además, ofrecen alimentos a través de bolsones a la venta con precio preferencial para el barrio. El portón-entrada es una reja que se mantiene cerrada con candado. Visitar la *huerta chica* no es una opción para los visitantes del vivero aunque sí es mencionada para dar a conocer su trayectoria. Este espacio es un lugar de “exclusivo” de uso y administración de las mujeres de la Vivera, las instituciones que intervienen no tienen ningún margen de acción. Es allí donde ellas sienten la libertad de hacer, sembrar y cosechar lo que deseen. No obstante, este espacio refuerza las ventas de hortalizas que salen de la Vivera.

En una oportunidad, pude acompañar a las mujeres a cosechar alimentos de la *huerta chica*. Caminamos junto a amigos de Olivia e Isabel, mientras ellas nos guiaban. En esa visita, tomamos varios tomates cherry e inmediatamente todos hablaron de la distinción del sabor respecto a los que se pueden comprar en cualquier verdulería. Esta experiencia alude al consumo de vegetales “verdaderos”, es decir, aquellos que son

producidos sin modificar ni alterar el proceso de crecimiento de la planta. Surge entonces la pregunta ¿qué es lo *orgánico* para ellas?

Desde la perspectiva de las mujeres de la Vivera, “orgánico” es todo lo que no requiere uso de pesticidas, independientemente de la certificación de validación de la práctica. Si bien, los talleristas que acompañan el proyecto advirtieron que el término “orgánico” remite a certificaciones específicas, ellas insistieron en utilizarlo aunque no cuenten con ninguna certificación<sup>33</sup>, ni estén considerando tenerla. El uso de la palabra “agroecología”, por otra parte, no es usual.

En lugar de pesticidas, en la *huerta chica* y en la Vivera orgánica se utilizan productos naturales elaborados por las mujeres migrantes: “cuando la planta es atacada por los hongos utilizamos ají, jabón... no utilizamos cosas químicas. Además, sabemos que así como vienen y ‘atacan’ de la misma forma se van y vuelve a brotar la hoja” (Karla, oriunda de Perú, 55 años). Las mujeres han aprendido a controlar las plagas en los talleres. Ellas consideran “respetar a cada ser vivo” que está en la planta para su reproducción, ya que así como ellos necesitan de la planta, la planta también “los necesita a ellos”. Frente a las plagas, no se ha definido combatirlas, sino que prefieren respetar los ciclos sabiendo que esa plaga ha llegado al lugar por “alguna razón” y que de esa misma forma se irá.

Ese espacio llamado *huerta chica* (solo llamado así por la diferencia en metros cuadrados respecto a la Vivera orgánica) ayuda a comprender cuál es el interés de cada en ser parte del grupo: mejorar la calidad de vida, comer y vivir de forma saludable, tener un espacio para descanso y esparcimiento, sanar a través del cuidado de plantas experiencias de dolor, reconectar con la vida en el campo, entre otras. Para la mayoría la práctica de siembra y cultivo de plantas en la ciudad las “reconectó” con sus lugares de origen. Los recuerdos de haber vivido en una casa “rodeada de plantas” y verse en la actualidad en un territorio y contexto urbano, las mantuvo ancladas a ese pasado que aparece hoy como un ideal. Casi todas cuentan que antes de iniciar los talleres del IVC, la mayoría tenía plantas en sus casas, el problema es que se morían.

---

<sup>33</sup> Para mayor información sobre diferencias entre agroecología y producción orgánica de alimentos se recomienda visitar <https://inta.gob.ar/noticias/agricultura-agroecologica-vs-organica>

La lucha del barrio y la transformación que ha sufrido han abierto nuevas aristas que en la actualidad les ha permitido mirar sus experiencias y sus trayectorias.

La *huerta chica* representa los primeros pasos de algo que se transformó y se convirtió en “más grande”, al tiempo que se configuraban “mitos” e historias particulares. Karla, por ejemplo, construyó una “verdadera razón” de la presencia de las mariposas en la Vivera: “las mariposas son seres polinizadores del ambiente y también aquellos espíritus que ya no están entre nosotros” (Karla, 55 años). Cuando conoció la Vivera, se quedó porque sintió una conexión con su fallecido hijo “a la mariposa cuando la ves acá no es porque debe estar, es porque un ser tuyo que partió hace poco o hace mucho, está presente. Son espíritus e intervienen a través de las mariposas o de los colibríes”.

Por otra parte, el grupo de mujeres ha “prohibido” utilizar palabras como “yuyos” o la “maleza” para describir a las plantas que crecen de forma silvestre en las zonas de cultivo. En su lugar, solo dicen que “la planta no es parte de la vegetación original”. Para ellas resulta “ofensivo” y de carga negativa para las plantas “hablarles de esa forma”. Ellas piensan que existe una “razón” que desde el punto de vista humano se desconoce por la cual esa planta no deseada esté allí. Hay un trato especial con las especies, con los “bichitos” -tal como ellas los llaman-, toman como aviso de que existe algún propósito para su estancia en la Vivera. De esta forma, dejan que cada proceso sane a su tiempo. Como ejemplo, mencionan que cuando estos insectos se acercan a comerse la planta, la Vaquita de San Antonio aparece “cuando debe aparecer” y limpia a los “invasores<sup>34</sup>”. Asimismo, los grillos también son tratados con respeto por las mujeres ya que, tanto ellos como cualquier otro insecto, cumplen “una función” dentro de la Vivera. La práctica de agricultura urbana y el espacio que ellas ocupan, cobra un sentido físico y espiritual que enriquece y transforma la experiencia de vida de las mujeres.

Ahora bien, ¿cuánto de ese trato que tienen con las plantas y otras especies desean para ellas mismas en tanto mujeres migrantes? En esta dirección, es posible afirmar que cuando se refieren a las plantas de la Vivera y otros seres vivos (como las

---

<sup>34</sup> Estas palabras son utilizadas por las mujeres para referirse a los seres no-humanos que existen en la Vivera: invasores, bichitos, entre otros.

mariposas) no solo están hablando de producción y ventas, sino de cuidados y de convivencia armónica.

### **La “Vivera Orgánica”: roles y trabajo en equipo.**

La asistencia a los talleres ofrecidos por el IVC en el año 2017 fue el primer paso. Para el grupo, la idea de trabajar con plantas implicaba una experiencia emocionante. Se trataba de una actividad que les atraía y que la vida como migrantes, madres y cuidadoras, no les había permitido realizar hasta entonces, bien fuera por tiempo, espacio o por la sobrecarga de trabajo en la cotidianidad.

Para las mujeres fue “sorpresivo” que la administración estatal les habilitara la gestión de la Vivera. Tampoco esperaban recibir financiamiento aunque esto significara asumir la responsabilidad de volcarlo a un emprendimiento autosustentable. Según cuentan, el espacio que hoy ocupa la Vivera era un terreno baldío y seco -esa era la imagen desesperanzadora que ellas tenían antes diciembre de 2019-. Tiempo después, el diseño e infraestructura de la nueva la Vivera estaría instalada, convirtiéndose en un lugar de referencia para el barrio.

Al principio, la repartición de tareas en la Vivera no estaba totalmente definida. Las responsabilidades parecían recaer sobre un par de mujeres, mientras el resto aplicaba el “cómo vaya viniendo vamos viendo”. En febrero de 2020, cuando la Vivera abrió sus puertas al público por primera vez vendiendo bolsones de verduras, se encontraron con un gran problema de organización. El grupo entró en crisis e iniciaron los cuestionamientos sobre las ganancias que estaban recibiendo a través de las ventas: “¿cuánto vendimos?”, “¿cuánto me toca?” trayendo una desconfianza que se fue profundizando con el tiempo.

Asimismo, surgieron otros problemas por falta de reconocimiento: Valentina<sup>35</sup>, por ejemplo, haber estado ausente durante la construcción del espacio la hacía sentir con "menos autoridad" que sus compañeras. La necesidad de reconocimiento también se volvió una demanda de cada una de las mujeres. La nueva modalidad y exigencia de

---

<sup>35</sup> Valentina es de origen peruano, tiene 56 años y vive hace más de 25 años en el barrio.

trabajo les indicaba que ya no se trataba de un compartir "ameno" como había ocurrido en el pasado, sino una responsabilidad continua. Surge entonces una disputa entre las integrantes de la Vivera que las lleva a revisar la manera de organización y la planificación en vistas de convertirse en una cooperativa. Estos problemas internos implicaron una división en "dos grupos" que se desestimaban mutuamente.

En el medio se encontraba la ONG (Un Árbol) quienes actuaron como observadores, testigos de las dificultades que surgían en la toma de decisiones, gestionaron los conflictos sin intervenir en los problemas internos, dejando que sean las mujeres de la Vivera quienes los resolvieran. Ellas, por su parte, reconocen que sin consenso no podrán consolidar una iniciativa organizativa a futuro pese a continuar teniendo apoyo del Estado.

Así, el grupo pasó de sentirse solidario (durante el inicio en la *huerta chica*) a entrar en un periodo de crisis a partir de combinar la organización administrativa para transformarla en una empresa cooperativa. En este sentido, se observa cómo las mujeres de la Vivera aún se encuentran en un proceso de construcción de vida social y exploran continuamente estrategias, procedimientos, aprendizajes, métodos y técnicas para poder producir, comercializar, relacionarse entre ellas y también conocerse a sí mismas.

La Vivera dio origen a la transformación -de acuerdo a las necesidades- de sus participantes facilitando sus capacidades para procesar nueva información. A su vez, han ido generando nuevos procesos de aprendizaje, estrategias de negociación mientras aprendieron a lidiar con otros actores e instituciones involucradas (fundaciones, Estado, emprendimientos populares, etc.).

En este sentido, la Vivera es percibida por los actores sociales como una organización en constante co-creación. Giarracca (2017) sostiene que "la realidad social es creada constantemente por los actores, no es un dato que lo precede sino una interacción constante en el que se va fabricando un mundo 'razonable' para vivir en él" (Coulon, 1987 en Giarracca, 2017, p. 202). En tanto, los aspectos afectivos y personales (Ramírez, 2015) permiten visualizar el desarrollo de las experiencias de las

mujeres en la Vivera y, observar cómo ellas se posicionan en un lugar activo de toma de decisiones.

A diferencia de la *huerta chica*, el trabajo en la Vivera se encuentra sectorizado y delimitado. En vista de los cambios surgidos por la administración del nuevo espacio, la organización fue cambiando a medida que se adaptaba a la nueva realidad en la que “todo era nuevo”. Nunca antes las mujeres de la Vivera tuvieron una experiencia similar, con tantas personas en conjunto y, fue ese el motivo por el cual, colapsaron al sufrir un incremento de ventas el día de su inauguración en febrero de 2020. Viendo la necesidad de reorganizar el organigrama del proyecto, decidieron que cada una cumpliera una función específica, entre las cuales se encontraban los cargos administrativos (presidencia, secretaría y tesorería), vocales, suplentes y comercialización (o referente).

La *referente* es básicamente la comunicadora que promociona a través de las redes sociales (Instagram, Facebook y WhatsApp) y prensa los acontecimientos recientes, *stock* de plantas y planificación de la Vivera. Esta función resultó una de las más importantes en la organización pues ha implicado que las mujeres tengan que introducirse dentro del mundo digital, más aún en tiempos pandémicos. A través de Instagram, por ejemplo, han generado otras formas de interacción con el público expectante (8.351 seguidores). Por esta razón, las cámaras, los vídeos, los celulares, las series -entre otros-, son parte del día a día. También hacen uso de la red social de Facebook y WhatsApp, además de tener un medio de pago online.

No obstante, todo esto también fue motivo de conflicto ya que toda esta responsabilidad ha recaído -desde el inicio- en una sola persona, la *referente de comercialización*. Este trabajo insume mucho tiempo, implica la interacción con el público, subir historias con imágenes a las redes todos los días, contestar mensajes y mantener un registro videográfico de lo que se vende de manera online.



Fuente: captura de pantalla tomada de la red social de Instagram [@Viveraorganica.r](https://www.instagram.com/viveraorganica.r)

En cuanto al aspecto productivo, las mujeres valoran sentirse parte de todas las unidades del proyecto. Ellas deben realizar la tarea de siembra, cuidado y creación de almácigos, control y fumigación de plagas, entre otras. Respecto a la fumigación, lo hacen en casos de extrema necesidad, en especial, para ayudar a la planta. Esta fumigación es realizada con elementos naturales como el ajo triturado y agua. También utilizan la mezcla de jabón blanco y agua, en especial cuando la planta tiene hongos.

Tras la inauguración de la Vivera, junto a Un Árbol diseñaron el “kit de huerta” como el producto bandera para la comercialización. El *kit de huerta* contiene doce plantines de estación cuya variedad puede contener lechuga, acelga, mostaza, rúcula, perejil, cilantro, apio, puerro, verdeo, mena, caléndula y, alguna planta nativa. El kit es entregado con un instructivo de uso para el cuidado; además se ofrecen envíos gratuitos dentro de CABA.

Durante el mes de marzo y, posteriormente en cuarentena, las ventas de la Vivera se incrementaron superando un máximo de cuarenta y cinco kits vendidos semanalmente que se repartían en distintos barrios de CABA (Palermo, Villa Urquiza y Caballito, principalmente). Tiempo después y con la mirada puesta en la meta de dar a conocer la producción de plantas nativas, salió al mercado el “kit de mariposas” donde

se incluían árboles y arbustos que atraen mariposas y polinizadores. De esa forma, los porcentajes de ganancia en la Vivera dependen de las ventas, los cuales se pagan según las horas de trabajo.



Kit de plantines huerta y nativa de la Vivera Orgánica. Fuente:

[https://unarbol.mercadoshops.com.ar/MLA-886422763-plantines-de-huerta-kit-12-unidades-con-instructivo-\\_JM](https://unarbol.mercadoshops.com.ar/MLA-886422763-plantines-de-huerta-kit-12-unidades-con-instructivo-_JM)





Kit de arbustos nativos que atraen a las mariposas. Fuente:

<https://unarbol.mercadoshops.com.ar/MLA-886423975-kit-de-6-arbustos-nativos-que-atraen-mariposas- JM>



“kit de arbustos nativos” con instructivo elaborado por Isabel (integrante de la Vivera Orgánica).  
Fuente: fotografía tomada por Leilany Estrada (2020).

El convenio inicial del IVC, el Gobierno de la Ciudad y la Reserva Ecológica Costanera Sur plantea “concientizar para recuperar el ecosistema” (Sara, referente y miembro de la Vivera). La meta principal del vivero es el cultivo y la comercialización de plantas nativas. De las treinta especies de plantas nativas que salen al mercado, las más conocidas son el Suspiro, la Begonia y, en especial, la Asclepia; esto se debe a que los compradores buscan “lo hermoso o lo atractivo de la planta”, según explicaron las mujeres de la Vivera. El kit de huerta -que habría generado tantas ventas- solo resulta un “complemento” del proyecto general. Para el 2021 decidieron armar un nuevo “kit de hortalizas”, un “mix” que incluye plantas aromáticas, florales, hortalizas y, también nativas. De esta forma “las personas podrán comenzar a incluir nativas en sus huertas. Le dimos la vuelta al kit y metimos nativas” (Sara, 49 años).

Una de las expresiones recurrentes se refiere a las plantas no nativas, las “intrusas”. Sobre ellas, las mujeres de la Vivera mencionan que al ser ellas migrantes de otras tierras se han “aferrado” -sin saber las consecuencias- a las plantas de sus países de origen: “como toda emigrante vamos a buscar traer lo nuestro y, nosotras trajimos lo nuestro. Una de ellas es el “tomate de árbol” -acá le dicen así-, en Perú, la llamamos “berenjena”. La “cresta de gallo” tampoco es nativa y la tenemos acá” (Sara, 49 años). Ellas afirman que esto ha implicado una “transición de aprendizaje-enseñanza y promoción del cultivo de plantas nativas”; siempre que reciben algún llamado telefónico en el cual se requiere de alguna planta, aprovechan la oportunidad para explicar qué tipo de variedades nativas tienen, y cuáles serían sus beneficios.

A pesar de no tener conocimiento ni experiencia en el cultivo de plantas nativas, las mujeres de la Vivera lograron seguir el ritmo de los talleres de capacitación que se dictaron en 2020, comprometiéndose con la tendencia ecológica sobre la recuperación del ecosistema de Buenos Aires. Según Sara, “recuperar el ecosistema puede llegar a ser difícil, pero lo que sí se puede hacer -con seguridad- es ayudar a sanarlo”. Para ella, lo positivo de esta experiencia -en relación con la comercialización- es que han podido aprender sobre el tipo de planta nativa que se escoge y se utiliza en balcones, jardines o plazas, que son buscadas porque son llamativas. Esto ha servido para que la gente “se anime y siga comprando”. En las capacitaciones aprendieron a promover y hablar sobre plantas nativas e incorporaron narrativas proteccionistas del medioambiente.

En síntesis, a través de los talleres y capacitaciones las mujeres de la Vivera fueron incorporando los conocimientos, incorporando narrativas y aprendizajes sobre los cuidados del medioambiente. La mayoría de las migrantes no participa en ninguna organización ambiental, sin embargo, consideran que esta propuesta va acorde con sus posibilidades y se sienten dispuestas a brindar información, asumiendo la retransmisión de la situación actual de pérdida de flora y plantas nativas en la región rioplatense. Lo que inicialmente era una atracción hacia las plantas ornamentales y/o comestibles, se transformó en una experiencia beneficiosa sobre el cuidado de plantas nativas y su positivo impacto sobre las comunidades. Siguiendo esta dirección, las mujeres de la Vivera reconocen las propiedades curativas que poseen las nativas. En consecuencia,

el cuidado no solo remite a una propuesta “bajada” por los programas del Estado y el Gobierno de la CABA, por el contrario ellas complejizan ese concepto a partir de esta experiencia: el mismo empeño que han dedicado a cuidar a los otros/as (a sus familiares) desde pequeñas es el que destinan a las plantas y su entorno. En esta dirección, la preocupación ambientalista es aprendida y guarda relación directa con los cuidados.

En general, las mujeres de la Vivera asumen la construcción de este espacio como una experiencia que las ha conducido a expandir sus capacidades y a conocerse dentro de ámbitos que no se imaginaron antes. Por eso intentan reorganizar sus actividades dentro de la Vivera procurando mitigar las situaciones de conflictos, realizando una división de tareas concretas. El grupo se organiza en “nativa”, “huerta”, “invernadero” y “riego”. Esta clasificación se suma a los cargos administrativos mencionados (presidencia, secretaría, tesorería y comercialización) que son asumidos en paralelo. Como ejemplo, además de trabajar en huerta y con plantas nativas, a la secretaría le corresponde llevar el control de un “banco de horas” donde se anotan los cumplimientos de las rutinas. Esto es importante en la vivera, ya que es así cómo pueden calcular los pagos en relación con el tiempo de trabajo.

### **Las mujeres de La Vivera en pandemia: las plantas también son esenciales**

La pandemia del Covid-19 produjo cambios en la vida de gran parte de la población argentina. Esta situación agudizó las diferencias sociales pese a que en los barrios populares se desplegaron diferentes medidas de contención, entre ellas, campañas de concientización sobre contagio, el operativo “DetectAR”, asistencia sanitaria, ollas populares y otros refuerzos en la seguridad alimentaria; las familias en RB también se vieron afectadas.

El “aislamiento social preventivo y obligatorio” (ASPO), decreto 297/2020 publicado en Gaceta Oficial el 19 de marzo de 2020, declaraba la emergencia pública en materia sanitaria<sup>36</sup>. Esta restricción dispuso que sólo se pudieran hacer

---

<sup>36</sup> Luego de los comunicados de la Organización Mundial de la Salud (OMS) sobre la situación pandémica por el Covid-19, el Estado argentino decidió: ARTÍCULO 1º.- A fin de proteger la salud pública, lo que constituye una obligación inalienable del Estado nacional, se establece para todas las personas que habitan en el país o se encuentren en él en forma temporaria, la medida de “aislamiento social, preventivo

desplazamientos cortos y mínimos para la obtención de medicamentos, alimentos y artículos de limpieza. Los únicos a los que no fueron aplicables las medidas restrictivas fue el denominado “personal esencial”: de salud, fuerzas de seguridad, fuerzas armadas, actividad migratoria, servicio meteorológico nacional, bomberos y control de tráfico aéreo, entre otros, detallados en el boletín. En este sentido, las tareas de la Vivera, que recién empezaban, se replantearon ante el escenario y panorama de la pandemia.

Las mujeres de la Vivera consideraron que las plantas también eran “esenciales”. Se organizaron y hablaron con los organismos policiales ubicados en el barrio para pedir permisos y poder circular de la Vivera a sus casas. Se comprometieron a no ingresar más de dos personas a la Vivera. De las catorce mujeres, solo seis (Sara, Daniela, Julia, Olivia, Lucía y Emily) terminaron asumiendo ese rol de cuidado de las plantas con el riego en tiempos de pandemia. Para Lucía -integrante de la Vivera y beneficiaria de vivienda en el barrio- el regreso fue parcial: “trabajaron seis de catorce personas más que todo, las personas de riesgo como yo y otras, nos aislamos. Estuve aislada hasta junio y después me dijeron ‘tienes que salir, no va a pasar nada’, ellas me animaron, así que poco a poco comencé a regar y solo me acompañaba Julia”.

Una de las prácticas de trabajo que implementaron durante la cuarentena fue anotar las horas de asistencia. Esta modalidad continuó hasta que hubo descontento por parte de algunas mujeres. Esto desató “explosivas” discusiones en más de una oportunidad. Surgió el cuestionamiento sobre quiénes realizan el trabajo (con la tierra) y quiénes tienen “presencia” (con los medios y visitantes). La vigilancia de los turnos derivó en horarios fijos de trabajo con un máximo de tres horas diarias. En consecuencia, estas medidas burocráticas surgieron a raíz de la desconfianza entre pares. La Vivera se transformó paulatinamente en un espacio de trabajo bajo la modalidad de tiempo parcial. La mayoría de las trabajadoras buscó complementar sus

---

y obligatorio” en los términos indicados en el presente decreto. La misma regirá desde el 20 hasta el 31 de marzo inclusive del corriente año, pudiéndose prorrogar este plazo por el tiempo que se considere necesario en atención a la situación epidemiológica:  
<https://www.boletinoficial.gob.ar/detalleAviso/primera/227042/20200320>

ingresos con otros empleos y mantener los que ya tenían adecuándose a los horarios respectivos.

Una vez que la lista de actividades consideradas “esenciales” se amplió y, bajo los protocolos sanitarios recomendados por la Organización Mundial de la Salud (OMS), las mujeres -junto a los talleristas- pudieron reincorporarse y comenzar el “primer año de gestión, preparación y asistencia a clases”. Lunes y miércoles se regaban las plantas (mañanas y tardes), martes y jueves tenían talleres de estudio con Un Árbol, con duración de cuatro (4) horas cada clase. Los viernes y sábados se volvieron los días predilectos para recibir visitantes del barrio y público en general, las puertas estaban cerradas únicamente los domingos. Tal como se explica en el apartado anterior, la creación de “kits” de huerta y plantas nativas fueron los productos que mantuvieron a la Vivera durante los días de ASPO en la CABA.

Pese a la situación de distanciamiento social, el trabajo en la Vivera brindó una posibilidad de aprendizaje a partir de la comunicación con otras personas y tener que “hablar en público”. La demanda desde los medios de comunicación, los visitantes y otros interesados produjo, por un lado, la socialización de la experiencia y, por otro, nuevos miedos e intereses por relacionarse con personas de organismos públicos o privados. “¿Qué voy a decir?”, “¿a quién?” y “¿cómo?” era lo primero que les surgía al recibir visitas y, también, lo primero que notaron necesario de incorporar, no solo para defender sus posiciones sino también para desenvolverse en otros ámbitos y espacios.

Así, emergieron nuevas capacidades de apropiación y manejo de recursos tanto materiales como simbólicos. Si bien los actores externos marcaron pautas, son ellas quienes construyeron el sentido de la Vivera. Siguiendo a Gallardo (2012) “las huertas urbanas que están vinculadas a estas tramas no son experiencias exclusivamente económicas ni solamente para sectores pobres urbanos como suele creerse y como propugnan los organismos promotores de este tipo de prácticas” (p. 12). Para las mujeres de la Vivera no todo se concentra en la productividad (material). Tanto es así, que en ocasiones es condenable (dentro de la Vivera) ver el trabajo con las plantas como una actividad exclusivamente económica.

La Vivera y la *huerta chica* implican trabajos diferentes para las mujeres: “en la *huerta chica* tenemos más libertad, hacemos lo que queremos” -dice Sara mientras mueve las plantas de un lugar a otro- y Lucía complementa, “asumimos la responsabilidad de cuidar de la Vivera aun cuando sabíamos que esto ya no sería para divertirnos como antes, sino para trabajar en equipo” (Lucía, 60 años). Entonces, mientras la Vivera implica un objetivo de renta, diseñado institucionalmente, que luego fue apropiado por las mujeres migrantes, la *huerta chica* remite a una experiencia pensada desde ellas a partir de los lazos entre vecinas que no socializaban previamente y nuevos vínculos que se establecen con las plantas.

En general, las mujeres no utilizan el término “emprendimiento” para referirse a la Vivera. Sin embargo, la meta organizacional propuesta por el Estado para el vivero del barrio siempre estuvo enfocada en la idea de “emprender”. Lo que ellas reconocen es que son “un modelo” para otros barrios populares y de esta manera reproducen parte del discurso institucional. Si bien el proyecto tiene potencial para seguir creciendo, estableciendo sus bases con el tiempo a través de las ventas, según las mujeres que lo administran “aún necesita volverse sustentable” en su sentido económico. Frente a las necesidades monetarias podría afirmarse que la Vivera no está logrando ese “objetivo institucional” y tampoco logra cubrir económicamente las necesidades de todas las mujeres.

### **La organización y los esfuerzos por llegar a un consenso.**

La toma de decisiones en la Vivera se tornó compleja durante la emergencia por el Covid-19 debido a que algunas de las mujeres se mantuvieron aisladas (por ser personas de alto riesgo) mientras que otras recuerdan haber “trabajado el doble” en el cuidado de plantas nativas y la huerta. Este escenario profundizó la disputa por las “decisiones generales” que se expresó en discusiones primero por WhatsApp (utilizan esta red social para comunicarse desde antes de la pandemia) y luego personalmente. A veces había consenso y, en otras ocasiones, algunas partían con el convencimiento de que “no sirve de nada hablar”.

Una de las cosas que ocurrieron durante la pandemia fue la necesidad de celebrar eventos, como por ejemplo, el primer aniversario de la Vivera. En estas celebraciones, por lo general, la convocatoria sólo ocurría entre los familiares y los talleristas debido a las restricciones de la pandemia. La participación en este tipo de eventos no fue total, es decir, solo algunas asumieron la responsabilidad de organización. Más allá de la necesidad de socializar el trabajo, a través de celebrar un momento juntas, estos eventos permitieron ver de cerca el trabajo realizado y conocer la relación directa entre ellas, sus mundos personales. En este sentido, estos eventos se convirtieron en momentos ritualísticos.

A través de los momentos de celebración y almuerzos se producen propuestas “simbólico-ritual” donde se dispone una dinámica para lidiar con el conflicto social. La permanencia y continuidad de esta actividad puede llevarlas -o no- a restaurar la situación de comodidad y satisfacción vivida en la *huerta chica* o acoplarse a normas y exigencias que sirvan para todas en conjunto. Atravesar la situación de incertidumbre y desconcierto que significó la pandemia por el Covid-19, mostraba esos esfuerzos visibles, que incluía la ritualización del compartir e intercambiar a través de la comida y los alimentos: “la comida se comparte en la Vivera”. Tal como mencionamos en el capítulo anterior, dentro del container diseñado como oficina las mujeres de la Vivera tienen una hornalla, una mesada sostiene los platos, cubiertos, vasos, una pava y una heladera para refrigerar agua. Cuando llega la hora, se cosechan alimentos de la huerta que se sirven para acompañar con arroz o ensaladas. Este momento resulta un ritual de reciprocidad: la circulación de alimentos es una regla implícita que no se rompe. Allí pueden surgir diálogos, conversaciones, aclaraciones e incluso bromas entre ellas mismas.



Mesa decorada a último minuto para el almuerzo. Fuente: Fotografía tomada por Leilany Estrada (2021).

Siguiendo a Solans y Piaggio (2018), compartir alimentos -la alimentación en sí misma- resulta un aspecto simbólico a considerar, pues las mujeres otorgan a estas preparaciones y a estos productos sentimientos (teniendo en cuenta que los alimentos son sembrados y cosechados por ellas). Entonces, se puede decir que “la alimentación suele ser un vehículo de identidad personal y colectiva, que sirve tanto para afirmar como para disminuir el afecto y los lazos sociales” (Ochs y Shohet, 2014 en Solans y Piaggio, 2018, p. 75). En tanto que, la “cocina” actúa como un ente de doble sentido para los sujetos, ya que les imprime la “sensación de identidad” (Le Breton, 2006):

“la posibilidad de recrear tradiciones culinarias en la ciudad de destino... implica un modo de evocar el lugar y la familia de origen y también de establecer o reforzar lazos con paisanos, así como con migrantes de otras procedencias y nativos en la ciudad... La elaboración de platos tradicionales les permite una reactivación gustativa vinculada a los orígenes, necesaria para poder preservar, al menos parcialmente, la identidad personal” (Le Breton, 2006 en Solans y Piaggio, 2018, p. 76).

Por ello, estas prácticas alimentarias y compartir entre compatriotas y otros migrantes se vuelve también una forma de comunicar y una herramienta para el



diálogo, así como para el reconocimiento social hacia sus propios saberes, valores y experiencias.

Si bien como se ha dicho antes, muchas de las integrantes de la Vivera no tenían relaciones previas, algunas tienen lazos de parentesco. Ser parte de la misma familia y del mismo grupo de trabajos eventualmente produce algunas controversias. Quienes no tienen un familiar o pariente dentro de la misma organización demuestran su incomodidad al afirmar que alrededor de las relaciones de parentesco se generan alianzas: “ella recibe apoyo porque esa es su hermana”. En tanto, aquellas que tienen alguna familiar dentro de la Vivera aseguran que: “debo quedarme callada y apoyar a “x” aunque no esté de acuerdo porque si no quedo mal con mi familia”.

Como se observa, las relaciones de parentesco, no necesariamente facilitan las relaciones entre compañeras de organización. Por un lado, está el temor de ser etiquetada como un “familiar de” o “hay preferencias por”, formas que van socavando el reconocimiento y la legitimidad entre pares. Estar incómodas con las clasificaciones en relación con el parentesco también las perturba en los momentos de conflictos, ya que sienten que no pueden dejar de apoyar las ideas de sus familiares aunque estén en desacuerdo porque podría estar “mal visto”.

Sandra Wolanski (2015) indaga en las relaciones de parentesco y en aquellos, temas de “esfera íntima”, “privada”, que “roza peligrosamente la (condenable) exposición pública de esa privacidad (los ‘trapitos al sol’)” (p. 90). En la Vivera no solo se busca “aislar” todo lo que sucede “puertas adentro”, también se demarcan límites respecto a las actitudes y sentimientos asociados a espacios de socialización diferentes. En tanto, las relaciones de parentesco de la Vivera son señaladas constantemente por aquellas que no tienen ningún vínculo familiar. Mientras que las que sí pertenecen a algún grupo familiar, no hablan de ello siendo una situación percibida como “natural” ya que todas, en algún punto han ganado su *lugar* en la Vivera y eso resulta independiente de cualquier relación familiar preexistente. En medio de esa complejidad de relaciones interpersonales que enfrenta la Vivera, se están delineando legitimidades, expectativas y disputas que dan forma y permiten la reproducción social de las prácticas organizativas. Lo importante radica en que cada una de las mujeres

están en ese espacio por una razón, cuidar de sus familias, de otras familias y de las plantas.

### **Implicancias de ser autosustentable: ¿el dinero genera problemas?**

Entender qué es lo que hacen las mujeres de la Vivera aunque no se utilicen términos tradicionales relacionados con la producción agrícola, me llevó a hurgar en el concepto de “agricultura urbana”, es decir, aquel tipo de agricultura que se encuentra en una ciudad, urbana o periurbana, donde se cría, cultiva, procesa y distribuye productos alimenticios o no alimenticios y, además implica, la (re) utilización de recursos humanos y materiales (Gallardo, 2014).

El enfoque agroecológico habilita experiencias de agricultura en pequeña escala y de bajo costo -como la Vivera-, además el uso de productos orgánicos e inorgánicos que sirven como fertilizantes, abonos o recipientes les permite reutilizar y recuperar residuos. Por lo tanto, uno de sus desafíos ha sido entender cómo se da el proceso de cultivo sin pesticidas y la importancia de preparar la tierra a través del abono. Las mujeres de la Vivera practican la agroecología sin llamarla como tal. Para algunas se trata de integrar un conocimiento que viene de sus infancias y experiencias en el campo.

Luego de un año de trabajo, continúa la asistencia de parte del Gobierno de la Ciudad y de la ONG Un Árbol, pero la autonomía y la “autosustentabilidad” aún no se han podido consolidar. El ingreso mensual de la Vivera se reparte entre las catorce integrantes del colectivo. “Ellas son muchas y, esto implica que en la Vivera se tenga un ingreso “part time” percibiendo una remuneración justa” (Rocío, Un Árbol). Por lo tanto, varias tienen otros trabajos y se ven en la obligación de administrar bien su tiempo. Por ejemplo, Alicia, además de dedicar horas en la Vivera, posee un emprendimiento de venta de tortas y postres por encargo.

Las expectativas y el compromiso están puestos en que, por un lado, el proyecto logre consolidarse como “emprendimiento” pudiendo tener autonomía en sus decisiones y, por el otro, que la Vivera pueda constituirse como un “socio” de otras ONG ambientales con la finalidad de mantener alianzas. Parte del objetivo de los talleristas

de Un Árbol es que “con la gestión de la Vivera les permita volverse un espacio de referencia clave para la Ciudad de Buenos Aires” (Ángel, Un Árbol). Este objetivo se condice con el que persigue la gestión de la ciudad y su imperativo ambiental.

Esta cuestión interroga acerca del significado de un “proyecto exitoso”: la Vivera no brinda la comodidad necesaria en relación con los ingresos como podría hacerlo si se vendiera a tiempo completo. Surge una necesidad de mejorar la dimensión productiva, la cual representa uno de los “eslabones débiles”, desde la perspectiva de las instituciones.

El trabajo en la Vivera implica la coordinación de actividades, la recepción de visitas, atención a las ventas, uso de la fuerza física al movilizar macetas y canteros, cargar tierra sobre las carretas o en sus hombros, además de pasar horas sentadas en cuclillas replicando plantas y “organizando” las que están presentes. El intento de organización a través de sectores ha traído diferencias internas, en lugar de facilitar las tareas. El grupo de las mujeres migrantes teme que a pesar del involucramiento y la afinidad con el proyecto, la Vivera “les pueda ser quitada” en cualquier momento ya que “no les pertenece”.

La “distribución del dinero” y “generación de ganancias” son los puntos han desatado mayores problemas en la Vivera. Esto ha creado un ambiente que limita la comunicación a tal punto que algunas afirman preferir “no ganar nada” a cambio de estar en tranquilidad con sus compañeras. Desde enero de 2021, cobran mensualmente entre 3.000 pesos argentinos a 5.000, algunas sin otro empleo más que el trabajo en la Vivera y la realización de *changas* y la dependencia de hijos e hijas para la subsistencia. También deben hacer frente colectivamente a los costos de producción, es decir, la compra de tierra, macetas y otros artículos necesarios para mantener el lugar, además del pago de servicios como el agua y la luz:

Existen problemas y cuestionamientos constantes referidos al manejo del dinero. Con el paso del tiempo, sostener que “no hay un problema” se vuelve más complejo para quienes integran la Vivera. Desde la primera repartición de dinero -luego de la inauguración de la Vivera en febrero de 2020- hubo un clima de insatisfacción que se

profundizó con el tiempo. Un acontecimiento que pudo haber sido “emocionante” se transformó en un problema de desconfianzas. En la primera venta no tenían la organización actual y el dinero era manejado de forma desordenada. Por tal motivo, uno de los cambios prioritarios que atendieron fue comprender que parte de ese dinero serviría para continuar cumpliendo con los pagos de producción del cultivo y, por otro lado, que se pudiera asegurar una remuneración justa.

En los días de cuarentena, al estar algunas varadas en sus países de origen y otras encerradas cumpliendo el aislamiento por ser personas de riesgo, el dinero de las ventas se repartía y se hacía llegar a cada una a sus respectivos hogares. Al no poder estar “atentas” a cómo ocurría la repartición de ingresos surgieron cuestionamientos y desconfianzas: “¿está completo?”, “¿es lo justo?” se preguntaban.

En general, las percepciones sobre los conflictos varían. Para algunas, el inicio de tales problemas coincide con el manejo del dinero, es decir, a raíz de las ventas y de establecerse un emprendimiento, además de la popularidad que adquirió el proyecto: “[...] el detalle es este, al proyecto mis compañeras la gran mayoría no le dio ni cinco de pelota, yo pienso que hay un grupo de nosotras que no mira más allá de su nariz, no sé si me entiendes” -afirma una de las compañeras- “cuando se hizo la siembra no esperábamos que fuese tan importante, se hicieron las primeras ventas de los bolsones e hicimos las primeras cosechas. Fue en ese momento que nos dimos cuenta que no sabíamos quién se ocuparía de qué cosa, se sobrecargaron algunas sobre las otras y eso derivó al conflicto” (Sara, 49 años).

El malestar y la necesidad de generar más ventas e ingresos representan un desafío como grupo: “yo creo que la vida es una sola, eso lo digo siempre, porque ya somos grandes... estamos dando la vuelta a la esquina ya” (Abigail, dueña de una peluquería y bisutería en el barrio, 54 años). Pero a la vez, el crecimiento personal que ellas dicen tener dentro de la Vivera las hace percibir los roces y disputas como una oportunidad de cambio. La mayoría afirma que hubo “un antes y un después”; tenían una buena relación y luego todo fue tornándose diferente y ubican la ruptura tras la inauguración de la Vivera y las desconfianza generada a partir de recibir las primeras retribuciones monetarias:

“Tenemos que tener más unidad porque si no el Ministerio viene y nos dice ‘chau’ y mete gente contratada del barrio... por ahora esto es de nosotras... tanta pelea y desconfianza ¿para qué? Ellas no se dan cuenta que luego de viejitas van a ir y van a ser pioneras, contratando gente joven, ellas van a tener su verdura asegurada y, estamos cerca, no falta ir a trabajar a otro lugar” (Sofía, oriunda de Perú, 52 años).

En síntesis, las metas y aspiraciones respecto a la Vivera se vieron condicionadas por el ingreso de dinero y las responsabilidades fraccionadas, pues “ya no era un relax, ya era una responsabilidad donde teníamos que producir algo (las plantas)” (Abigail, 48 años). Tal como afirma Sofía, “no era mucha plata, pero había plata, ya que venía gente de afuera a comprar”. Esta situación se intensificó durante la pandemia, mientras las ventas eran únicamente *online* y a las mujeres que no podían asistir, les enviaban el dinero a sus respectivas casas. A su vez, la jerarquización de cargos en la Vivera -a pesar de ser necesario para la organización- trajo como consecuencia más división ya que algunas asumieron ese papel desde una posición que impedía a las demás acercarse a otros sectores.

“Cuando pusieron cargos y cuando empezaron a ganar dinero, a pagarles lo poco que les pagan, que una viene un día que no que la otra si llega temprano. Antes de eso, allá en la huertita era todo amor, era todo compartíamos porque no había plata y si sacamos una planta la compartimos entre todas. En cambio acá no, se comenzó a percibir plata y se dividieron en dos grupos” (Lucía, 60 años).

Así lo que parecía ser un mecanismo de organización terminó derivando en división: “no se dan cuenta pero si nos matamos acá que sea acá, pero que los de afuera no se enteren” (Sofía, 52 años). Para Olivia, cuando el grupo comenzó a cuestionar que ocurría con el dinero ante la necesidad de aclarar las cuentas o se produjo la división. Frente a esta disyuntiva se decide “volver a cero” es decir, “volver a lo que éramos, como si volviéramos a trabajar la huerta nueva, plantar la primera planta...”

“la solución es que no haya ingreso de dinero, el problema es ese. Pero tampoco se puede trabajar sin ingresos. Antes era hermoso, salíamos, armábamos grupos, íbamos a comer afuera o en la huerta, festejábamos... pero vinimos a la Vivera y era igual, la participación era linda y cuando comenzó a entrar dinero... ¡olvídate!” (Olivia, 56 años).

Paradójicamente, aquello que podría haber contribuido a paliar las necesidades de estas mujeres y sus familias, terminaría siendo considerado como *el origen* de los problemas: “éramos felices, yo llevaba algo para comer y compartíamos. Si había verduras para cosechar todas llevábamos a casa” (Daniela, 50 años), mientras que Julia afirma “no había plata, pero todo estaba bien” (Julia, 60 años).

El reclamo de algunas es tener más reconocimiento -no sentirse opacadas por otras- frente al público visitante. Frente a la división grupal y los cargos administrativos que desempeña cada quien, en cierta oportunidad, una de las mujeres menciona seriamente “esto va a cambiar” y, con curiosidad, le pregunto “¿a qué te refieres con ese comentario?” y ella respondió sonriendo “el 15 de febrero de 2021 haremos elecciones”, haciendo referencia a que la situación de disputa y conflicto pudiese llegar a mejorar luego de las elecciones.

Ahora bien, el proyecto tiene la capacidad de proveer verduras y hortalizas semanalmente para las familias involucradas. Por lo tanto, la Vivera ha aliviado la necesidad de comprar verduras y hortalizas, y brinda la seguridad de obtener productos frescos y libres de tóxicos y pesticidas. Cada semana se elabora un “mini-bolsón” que se reparte entre las catorce mujeres (acelga, lechuga, albahaca, mostaza, kalé, rabanitos, entre otros). Este bolsón es “suficiente” para el consumo semanal de cada una. Este intercambio de productos en la Vivera es considerado un éxito desde que iniciaron el proyecto pues cumple con las expectativas que tuvieron antes de abrir al público y convertirse en anfitrionas. En síntesis, si bien la producción no alcanza a cubrir objetivos de ganancias, sí está permitiendo el autoabastecimiento de verduras y frutas, eso no resulta una cuestión menor para la sobrevivencia de las familias involucradas detrás de cada una de las mujeres que integran la Vivera.

A pesar de los conflictos manifiestos, entre las mujeres migrantes de la Vivera ellas sienten que éste no es solo un lugar para producir dinero, teniendo en cuenta que lo que las reunió fue el “amor por las plantas”. Todas las mujeres de la Vivera coinciden en que esto es lo que las vincula y en efecto eso las sostiene desde el inicio (los talleres del IVC) hasta el presente, ya que nunca recibieron incentivo de parte de ninguna institución privada o del Estado para ejecutar el proyecto, más allá de las propias ventas que se obtienen en la Vivera.

La ONG que está acompañando este grupo de mujeres afirma que no esperaba que ellas estuviesen tan ancladas al proyecto, ni tampoco que avanzaran tan rápido a pesar de no recibir ningún incentivo en particular. No obstante, sí reciben financiamiento y apoyo en cuanto a los costos que genera la vivera (implementos, agua, luz, entre otros). Desde que iniciaron el proyecto, las mujeres de la Vivera dedicaron tiempo y, al momento de la pandemia, la mayoría se encontró sin trabajo, de esa forma se pudo acelerar el proceso de consolidación. La mayoría es consciente de que los conflictos son inevitables, por ello, es común escucharlas decir que prefieren verlo como un aprendizaje y dejar que sucedan.

Hasta ahora, la continuidad en la Vivera se ha mantenido pese a los conflictos. La Vivera representa un territorio complejo, lleno de vicisitudes, donde conviven plantas, flores, aves, insectos y algunos animales. Se trata de un espacio que se ha convertido en un verdadero reto y aprendizaje para las mujeres que intentan manejar los conflictos y manejar la convivencia.

### **CAPÍTULO III: MUJERES MIGRANTES QUE CUIDAN LA VIDA: trayectorias de migración y experiencias de pertenencia.**

¿Cómo catorce mujeres migrantes "emprenden" un proyecto sin créditos, sin asistencia económica, sin siquiera conocerse? En el capítulo anterior, se ha desarrollado minuciosamente el trabajo y el compromiso en el cuidado de las plantas, más allá del objetivo de renta que forma parte de la propuesta oficial del proyecto de la Vivera. En este capítulo, se apunta a conectar esa experiencia con las trayectorias de migración: ser mujer y migrante se asocia a problemas sociales, emocionales y económicos concretos que serán abordados a continuación.

El diagnóstico de las poblaciones migrantes en la Argentina de Cerrutti (2009) indica que el país constituyó uno de los destinos migratorios predilectos del "éxodo" peruano de la década de 1990. En Perú, se experimentaba una particular violencia política además de una precaria situación económica y social que terminó siendo un aspecto clave reflejado en los números de emigración. No obstante, la crisis en Argentina en diciembre de 2001 fue uno de los acontecimientos más complicados para esta migración desde su llegada. Cada una de las entrevistadas expresó la forma en que vivió -o sufrió- pérdidas de empleos, dificultades para encontrar un nuevo trabajo,



imposibilidad de enviar remesas, viviendas precarias, entre otros problemas: “ocurrió un problema muy difícil en Argentina” -dice Lucía- “y, en esa época fue cuando vinimos acá [refiriéndose a RB], mi marido había perdido su laburo” (Lucía, quién en ese momento tendría 32 años).

La mayoría de las mujeres entrevistadas llegó a la Argentina en la década de 1990 en la época del “uno a uno”<sup>37</sup> o Plan de Convertibilidad cambiario. La migración en Argentina aumentó considerablemente como consecuencia de una política que, desde la perspectiva de los migrantes, facilitaba el envío de remesas. Sin embargo, al mismo tiempo el estancamiento económico y el incremento del índice de pobreza multidimensional que mide el valor de las necesidades básicas insatisfechas (NBI) explica la búsqueda de estas poblaciones migrantes por mejores condiciones socioeconómicas<sup>38</sup> (Cerrutti, 2009). La mayoría logró introducirse en alguna casa de familia como cuidadora, a veces a tiempo completo. Construir nuevos vínculos, además de ganar dinero resultaba lo primordial. La situación política en Argentina no era algo que les importara hasta la crisis de 2001:

“No me interesaba saber qué pasaba en Argentina, era el uno a uno, y yo ganaba 100 pesos y esos 100 pesos se lo mandaba a mi familia. Yo estaba feliz. No tenía idea, si yo hubiese sabido que eso iba a pasar, hubiese comprado más dólares y me hubiese ido. En la crisis 2001 yo estaba embarazada” (Valentina, 56 años).

Este contexto político-económico impactó en la vida de las mujeres migrantes, pues la mayoría se instaló en el barrio RB en el 2001: “cuando vino mi marido esto era un monte, había casitas por allá, por acá, a la orilla del río [...] el dinero no nos

---

<sup>37</sup> La mayoría migró en los 90, mientras tenían entre 20 y 30 años. La Ley 23.928 estableció la convertibilidad del “peso convertible” (austral) al dólar estadounidense aprobada por el Congreso de la Nación en marzo de 1991 y derogada por el mismo en enero de 2002 (Ley 25.561), es también conocida como el Plan de Convertibilidad. Fue precisamente este decreto, entre otras medidas neoliberales, el que desembocó en una de las peores crisis que sufrió Argentina en el año 2001 y que impactó negativamente en los sectores populares. Para mayor información: <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/0-4999/328/texact.htm> y [http://www.bcra.gob.ar/MediosPago/Emisiones\\_antteriores.asp](http://www.bcra.gob.ar/MediosPago/Emisiones_antteriores.asp)

<sup>38</sup> Además, en Cerrutti (2009) los tres únicos grupos de inmigrantes que muestran un dinamismo en épocas recientes, es decir, que aumentaron su número de forma “significativa”, serían bolivianos, paraguayos y peruanos.

alcanzaba, solo sacábamos para la comida” (Daniela 50 años, 30 en la crisis de 2001). La información sobre los terrenos disponibles circulaba entre vecinos y compatriotas. Daniela recuerda como era el trayecto mientras caminaba por Puerto Madero. Los precios de los terrenos que los vecinos ofrecían en el barrio, “variaban de 400 a 600 pesos argentinos en 2001”. Varias de ellas señalan también las condiciones insalubres de los terrenos que se vendían cuando solo habían aproximadamente 200 casas (ver capítulo I).

Las que tenían parejas recuerdan que, en su mayoría, fueron los hombres quienes perdieron los empleos. Daniela no tuvo otra opción que convertirse en “mantera<sup>39</sup>” y vender en las calles buzos, vestidos, bombachas y corpiños. En el caso de esas mujeres les tocaba llevar a sus trabajos a sus hijos/as pequeños, al no tener con quién dejarlos o ir a trabajar estando embarazadas.

Para los años 2003 a 2006, “los precios se habrían elevado variando entre 2.000 y 5.000 pesos argentinos” esto dependía de la manzana en el que el terreno estuviese ocupado, si poseía pozo ciego o no, la accesibilidad, las dificultades o facilidades: “todo era evaluado aun cuando se trataba de un territorio baldío y contaminado” (Daniela, 50 años). Las familias migrantes poco a poco iban convirtiendo ese lugar en un espacio habitable, compartían a través del “boca a boca” la venta de terrenos entre familiares. Esto permitió el crecimiento exponencial del barrio: “yo pensaba que se trataba de un barrio nuevo, tranquilo, porque todos estaban comprando terrenos. Era poca la gente que vivía aquí, esto era puro monte, el pasaje era difícil de entrar, mientras mi ex pareja construía la casa acá, yo vendía en la calle en el barrio de Pompeya” (Abigail, luego de comprar en 2003).

Muchas personas de RB se lamentaron haber “terminado” en una villa, ya que esto les significaba un estancamiento; en cambio, para otras la decisión resultó una gran oportunidad porque esa misma villa implicaba una mejora que les permitía mejores ingresos. Valentina, por ejemplo, mientras hacía un tratamiento de curación por las

---

<sup>39</sup> Se trata del grupo de personas que ejerce la ocupación de “vendedor ambulante”. El mantero se instala colocando una manta en el piso y vendiendo sus productos. Este colectivo ha sufrido mucha violencia institucional, en especial, por parte los operativos policiales que instan a desalojar a las personas que se dedican a la venta callejera.

quemaduras de su hija, “cirujeaba y cartoneaba” por San Telmo: “me motivaba la vida que me daba acá, nada era tan difícil como en Perú. Yo estaba embarazada y cerca del puente de la mujer a las 7 de la tarde daban cena, era un merendero hecho por Raúl Castells<sup>40</sup>” (Valentina, 56 años). Valentina pertenece al grupo de las ochenta (80) familias que llegaron a RB por primera vez: “está grabado con mi puño y letra, yo me fui a hacer el censo para poder hacer un ‘vaso de leche’ en el barrio”.

Si antes de 2001 las migrantes sentían poca conexión con la realidad argentina, esto cambió luego de la crisis como resultado de las experiencias transformadoras. Al igual que Paula, otras migrantes han ido forjando análisis de la realidad y encarando también acciones políticas, no solo en Argentina sino también mirando a sus propios países de origen. Alba, oriunda de Bolivia en medio del golpe de Estado de 2019 comenzó a militar por los derechos humanos, organizando a otros/as migrantes bolivianos sensibilizados con la causa.

El valor de los terrenos se fue incrementando considerablemente con los años. Una de las mujeres de la Vivera que migró a la Argentina en 2010, compró su casa en 2015 a unos 38.000 pesos argentinos. Los precios de los terrenos en relación con el 2001 habrían aumentado en 37.500 pesos argentinos (un incremento del 99% sobre la cifra inicial). Para Paula -la migrante del 2010- lo “más difícil” que atravesó el barrio no fueron los aumentos en la cotización de los terrenos, sino más bien, el aspecto social, refiriéndose a la lucha por el derecho a la vivienda.

### **Mujeres y migración: “somos trece peruanas y una boliviana”**

Las mujeres que componen la Vivera comparten aspectos en común: la mayoría son madres solas (sin presencia de los progenitores en la crianza de sus hijos/as), viajaron a la Argentina cuando tenían entre 20 y 30 años, en general son de procedencia rural. La urgencia de cubrir necesidades económicas para dar sustento a

---

<sup>40</sup> Raúl Aníbal Castells es un dirigente social y político argentino, del Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados (MIJD) perteneciente al “Movimiento Piquetero”. En el año 2006 inauguró un “comedor comunitario” en Puerto Madero que es al que asistía Valentina junto a sus hijos y a otras familias.

los hijos/as y otros familiares las llevó a tomar la decisión de migrar a un país que -en su momento- era visto como “próspero”.

“Nunca estuvo en mi mente venir, te juro, jamás pensé ni siquiera en ir a Lima [...] era difícil porque mi hijo tenía cuatro años y ya estaba en el jardín, necesitaba tener dinero. Al principio no te hace falta, pero luego piensas, ‘mi hijo va a crecer y a seguir necesitando cosas’. Entonces dije ‘bueno me voy’ y dejé a mi hijito con mi mamá. Ella lo cuidó [...]. Fue una buena decisión y a la vez no... Y, ese no, se debe a que dejar a mi hijo significó una desconexión con él” (Olivia, 56 años).

Estas mujeres abandonaron una vida rodeada de valles, sierras, el mar o la selva para llegar a una ciudad de edificios y de paisaje urbano del siglo XX. Ellas hicieron todo lo posible por mantener un empleo, pagar un alquiler y, además, contribuir con sus familias enviando remesas a sus países. Desde muy jóvenes la prioridad de estas mujeres fue generar ingresos y cuidar de otros/as. Supieron de Argentina gracias a familiares o conocidos que llegaron antes y que les comentaron que el país ofrecía “un lugar para llegar”. “Las oportunidades solo ocurren una vez” afirmó Abigail, dueña de una peluquería dentro del barrio. Ella recordó cómo fue el viaje hacia la Argentina. No volvió a Perú sino después de 12 años: “en esa época venía mucho el ‘rápido’, era un micro que te llevaba a Buenos Aires. Recuerdo que saqué el pasaje y el pasaporte, y el viaje duró quince días” (Abigail, 48 años). Según señalaron varias, migrar -con o sin pareja- era una opción viable para las mujeres dispuestas a realizar trabajos domésticos remunerados en casas particulares: “cuando me vine, en Argentina había más trabajo para mujeres, entonces el plan era venir, coleccionar dinero, comprar un auto y una casa en Perú, es decir, volver [...] eso fue imposible [...] yo lloraba por mi hija [...] todos los días lloraba” (Sofía, 52 años, padece esclerosis lateral primaria).

Dejar los afectos (parejas, hijos, padre y madre) en el país de origen implica fuerza de voluntad y una esperanza de mejora económica. Las mujeres entrevistadas coincidieron en que precisaron de una “estabilidad” primero para después poder reencontrarse con sus familiares. Para algunas ese reencuentro llevó muchos años. La

separación -por el motivo que fuera-, produjo una serie de problemas que en algunas mujeres derivó en emociones no sanadas y surgimiento de enfermedades:

“[...] volví después de 5 años a Perú cuando fui a ver a mis hijos. No me entendieron, sufrí doble dolor. No entendían y no me querían. Mis hijos no querían estar conmigo... A mí me agarró la rosácea... en ese tiempo se me infectaba todo mi cuerpo. Me brotó de un momento a otro. Primero me salió un granito, en ese tiempo estaba trabajando hasta que de un momento a otro ¡boom! se me infectó. Fui al dermatólogo y con un tratamiento de un día por medio, estaba mejor y me volvió. La doctora me dijo que de por vida iba a tener eso y me dijo que bueno que me salió por fuera y no por dentro, porque brotó. Cuando me fui a Perú, me volví a enfermar de eso. Era doble sufrimiento, primero sufrí por un hombre que no me amaba y después por mis hijos. Fue terrible. Mi cara empeoró. Y al ver eso. La medicina era carísima. Agarré y me vine. Tomé la decisión de venirme” (Julia, 60 años).

Solans (2014) utiliza la categoría “migración transnacional” para explicar cómo los inmigrantes se desplazan con sus tradiciones y costumbres, modos de ser y de vivir. Las y los migrantes recrean sus tradiciones incorporando nuevas preparaciones a raíz de los intercambios y posibilidades que ofrece el lugar de llegada.

Ahora bien, desde la perspectiva de varias mujeres de la Vivera, la decisión de migrar puede comprenderse como una “huida” a los malos tratos, en un contexto de carencias, falta de autoestima, poca valoración y abandono hacia ellas mismas. Tras situaciones de abandono, violencia física y verbal por parte de sus ex parejas, la migración implicó “tener coraje” y “amor propio”. Antes, estas mujeres se encontraban impedidas de tomar decisiones que les permitieran avanzar sobre su autonomía. Luego de superar esas relaciones, afirmaron sentirse fortalecidas y con ganas de ayudar a otras mujeres a superar la adversidad:

“Hay gente que dice ‘me separé y sufrí mucho’ para mí fue lo mejor que hice en mi vida aunque lo tenía ahí rompiéndome la puerta todo el tiempo. Porque a la tarde

me rompía la puerta, a la mañana lo encontraba por la calle y me insultaba. Así que al separarme en el 2000 y en el 2001 me vine acá, estaban Emily, Olivia, Manuel y vivían en Villa Soldati. Dejo a mis hijas en casa de mis tías, yo me vengo a Argentina a trabajar, la familia nunca es como la mamá, hubo problemas, mi mamá las llevó a mis hijas con ella, el papá fue a buscarlas y se las llevó. Acá estuve 9 meses con la intención de trabajar y traerlas a ellas. El problema era que todo lo que yo ganaba todo se lo depositaba para ellas y cuando yo regresé me enteré que no recibían nada de lo que yo les mandaba [*llora y suspira*]” (Sara, 49 años).

Aunado a estos testimonios de violencia, observamos cómo el “cuerpo-territorio” de las mujeres de la Vivera ha sido “sacrificable” (Swistun, 2014). Ese cuerpo es portador de una historia y, en ocasiones, carga también un paisaje de contaminación (Swistun, 2018). La migración para algunas mujeres fue la única opción para escapar de la desigualdad de género y/o violencia doméstica que amenazaba su propia existencia (Molano, Robert y García, 2012). Varias afirmaron que aquellos que debieron ser “los mejores años de la vida” fueron momentos de malos tratos. No obstante, al tiempo que relatan el pasado doloroso, narran también historias de superación:

“Todas las cosas que me pasaron en la vida me fueron cambiando. La vida que llevaba con el papá de mis hijas no era buena y yo era una mujer sometida, no levantaba la voz ni para defenderme, no abría la boca ni para defenderme pero lo que me daba un aliciente era que mientras yo vivía con el papá de mis hijas había otros hombres que se interesaban en mí. Es como decir “no estoy tan mal”. Porque claro el papá de mis hijas no era que solo me golpeaba, sino que me maltrataba psicológicamente: “no sirves para nada, no vales nada”. Y cuando me separé de él, yo pensaba que mi vida tenía que ser con un hombre golpeador. Porque a donde ibas te encontrabas con un violento. Actualmente no pasa porque las mujeres tienen otras oportunidades, porque te propones metas, cuando sales del lugar donde te maltrataban logras valorarte” (Sara, 49 años).

Según contaron, en sus parejas vivieron asimetrías en el aporte económico a la hora de enfrentar las responsabilidades domésticas y familiares. Ello se suma a las

desigualdades de género a la hora de afrontar el cuidado y la crianza de los hijos/as. Al separarse de su pareja con la finalidad de protegerse, a ella y a sus hijas, Sara dice: “vendía caramelos en la vereda, luego pasé a trabajar en restaurantes, trabajé en una radio y también con un arquitecto como asistente de obras en Cajamarca, hasta que mi mamá se enfermó y me volqué a ella” (Sara, 49 años).

En síntesis, en el marco de estas experiencias de soledad, falta de apoyo económico, parejas ausentes o maltratadoras, siendo madres solas o viudas en un país extranjero, la Vivera también ha representado un espacio de esparcimiento, la posibilidad creativa y un contacto con la tierra. También resulta un ingreso económico complementario.

### **Construyendo y generando vínculos de cuidado**

Desde el mismo momento de su migración, las mujeres de la Vivera se han vuelto responsables del bienestar de sus familias. Además de los empleos en casas de familia, han explorado creativamente otros mecanismos para diversificar los ingresos familiares. Este bienestar cambia de forma una vez que se ha migrado: se constituye en un “hogar transnacional” (Orozco, 2007) e implica mayores cargas sobre la mujer a la hora de sostener la sobrevivencia de las familias, pues “la migración tiene un fuerte impacto en los hogares, que se ven obligados... a una reorganización de las tareas y responsabilidades y a inventar nuevas formas de cuidar a pesar de la separación física” (Parreñas, 2001, 2005 en Orozco, 2007, p. 7).

Amaia Orozco (2006, 2007) propone el concepto “cadenas globales de cuidado” para referirse a aquellas dimensiones transnacionales conformadas con el objetivo de “sostener cotidianamente la vida”. En esas familias se transfieren los trabajos de cuidados de unos a otros, por ejemplo: “la mujer contratada [...] ha migrado para asegurar unos ingresos suficientes a su familia, y ha dejado a sus hijos en el país de origen, a cargo de su madre” (Orozco, 2007, p. 4). Al mismo tiempo, estas cadenas están insertas en una “globalización de los cuidados” (Orozco, 2007) donde a través de esa necesidad de cuidados asienten a la idea de migrar: “las mujeres consiguen empleo en Argentina”. La presencia de los varones en este circuito es diferente, tendiendo ellos

a ser “sujetos beneficiarios” más que ocupar un rol de responsabilidad simétrica en la provisión de los cuidados, recayendo la responsabilidad exclusivamente en las mujeres.

Las cadenas globales de cuidado responden a la confluencia de dos fenómenos identificados por Orozco: a) los planes de ajuste estructural y b) las “sucesivas reformas de corte neoliberal” que han tenido y siguen teniendo impactos desproporcionados sobre las mujeres en países periféricos. Esta situación fomenta que se conformen los “hogares transnacionales” donde las mujeres asumen la responsabilidad del bienestar doméstico, mientras que en los países céntricos ocurre una “crisis de los cuidados”: “los sistemas socioeconómicos mostraban la estructura de un iceberg: los cuidados constituían la base del conjunto social, y esta base permanecía invisibilizada; sus protagonistas no tenían pleno acceso a la condición de ciudadanía” (Orozco, 2007, p. 3). Orozco utiliza la metáfora del *iceberg*: la cara visible es el sistema socioeconómico y la menos visible, sumergida en las profundidades del océano, es la de los cuidados, los cuales sostienen el sistema socioeconómico.

La autora se refiere a los países receptores de migrantes y las dificultades que encuentran las mujeres migrantes al intentar regularizar sus documentos. En ese contexto las mujeres terminan por dedicarse a trabajos de cuidados, empleos precarios, mal remunerados, estigmatizados e invisibilizados. Además, la mayoría no cuenta con la escolaridad básica completa. En tal dirección, “la división sexual del trabajo y la feminización de la migración implican la redistribución del trabajo reproductivo y de cuidados desde los países más ricos a los más pobres” (Ídem, p. 4). La invitación de Molano, Robert y García (2012) apunta a invertir esa mirada para evidenciar las injusticias resultantes de la división sexual del trabajo y plantar el reparto de los cuidados como un tema de justicia social y de igualdad género” (Molano, et. al., p. 13).

Al reconstruir su vida en un nuevo país, la mujer migrante se esfuerza por generar vínculos y redes. Los trabajos como empleadas domésticas y las amistades que van forjando en el camino permiten generar una red de contención para sortear momentos de angustia y desesperación. En el caso de Sofía, las amistades que encontró en Argentina le ayudaron a conseguir empleo, dice que cuando le pagaban 5 pesos la hora, trabajando solo 5 o 6 horas por día (aproximadamente en el año 2000)



fue lo mejor que le pasó en la vida, “conocí personas muy maravillosas con las que aún mantengo contacto” (Sofía, 52 años). También se han dado situaciones, aunque no tan frecuentes, de buenos vínculos con los/as empleadores/as. Sofía asegura que su empleadora<sup>41</sup> fue también su amiga, con quién se escribía cartas y a quien en su casa tiene un espacio con velas y una fotografía al lado de su madre -ambas fallecidas-. Para ella migrar a los 23 años no sólo ha significado dejar a su familia en Perú (hija y pareja), sino que implicó generar nuevas relaciones interpersonales. Sus costumbres iban cambiando; “comer ravioles” se volvía frecuente y no condimentar tanto la comida también, mientras se adecuaba a los modos de consumir alimentos de sus empleadores en Buenos Aires.

La “feminización de la supervivencia” “alude tanto a la creciente dependencia del trabajo de las mujeres por parte de las familias y comunidades de origen y destino, como a la de los Estados, que delegan en ellas funciones de cuidado” (Cerrutti y Maguid, 2010, p. 14). El análisis del vínculo migración-desarrollo desde la idea de las “cadenas globales de cuidados” permite analizar la cuestión desde una perspectiva capaz de priorizar la vida humana en los procesos de desarrollo (Orozco, 2006, 2007; Molano, Robert y García, 2012). Para las mujeres migrantes entrevistadas, dejar de estar en los hogares de origen no implicó un abandono de las tareas de cuidados sino que estas tareas se transformaron profundizando el contacto telefónico, el soporte emocional, visitas a los países de origen y, sobre todo, el envío de remesas.

“Me decidí y me vine acá... mi papá me dio 20 U\$D... todos lloraron y mis hermanos me decían ‘¿qué vas a hacer allá? si no sabes hacer nada’... y yo respondí, ‘si estoy mal me regreso, tengo seis meses’. Mi papá luego decía ‘mi hija es enfermera y se fue a la Argentina ¿a qué? a trabajar en casas’ “(Isabel, 52 años)

---

<sup>41</sup> Pese a estas situaciones de la cotidianidad, el servicio doméstico de madres inmigrantes en la sociedad receptora abre el debate sobre cómo la mujer migrante cuida, socializa y mantiene los lazos de afecto al transformar las formas de ejercer la maternidad. ¿Cuál vendría a ser el rol apropiado para las madres? El trabajo doméstico es considerado por algunas corrientes feministas como “la cara B del sistema”, ya que los trabajos reproductivos son asociados a las mujeres y sostienen una repartición desigual y mal pagado frente a un sistema en el que los cuidados de la vida colectiva no representan una prioridad. Ver más en: Amaia Pérez Orozco: “Los cuidados son la Cara B del Sistema”. Economía del cuidado, conferencia española: <https://www.youtube.com/watch?v=RkOG2JCboTY>

El cuidado de las plantas (no considerado por las mujeres de la Vivera como “trabajo”) las ha llevado a adoptar conductas de “cuidadoras”, generando, al mismo tiempo, cierta sensibilidad maternal hacia las plantas. La dedicación a empleos de poca duración, en espacios cerrados, en casas de familias y con largas jornadas había sido plena hasta que llegaron a la Vivera.

### **Raíces, historia y sustento: *mis recursos***

Como ya se ha mencionado antes, la mayoría de estas mujeres, antes de migrar pertenecía a contextos rurales, por lo que ya conocían el trabajo en la chacra, más allá de las particularidades vinculadas al trabajo en Perú o Bolivia. En este sentido, Sara explicó cómo se realizaba el trabajo familiar en Perú, donde su familia sembraba caña y maíz:

S: “mi papá me había puesto un apodo cuando yo era chiquita. Mi mamá dice que mi papá se iba a la chacra -era inmensa- a trabajar y yo me iba detrás de él y, cuando crecí un poco más, mi mamá me ataba en la espalda la comida de mi papá, me lo ponía ‘quipe<sup>42</sup>’, y yo me iba con la comida de mi papá hasta la chacra”.

L: “¿quipe?”

S: “Es una palabra en quechua, la gente del campo la usaba para decir cuando te preparaban algo y lo ponían en tu espalda cargándolo. Entonces mi papá trabajaba y cuando más o menos era la hora del almuerzo, se guiaba por la puesta de sol, yo llegaba con su comida. Se sentaba en los árboles y cantaban los pajaritos y, había uno en particular que cantaba, que en Perú se llama ‘pichigua’ y casualmente cuando lo escuchaba él sabía que yo estaba cerca. Él decía ‘por ahí viene mi pichigua’ “.

L: “¿y qué sembraban?”

---

<sup>42</sup> Carga o envoltura antigua que se lo realiza con una sábana o manta y se lo lleva a la espalda

S: “Mucha caña y maíz. Mi mamá era la fuerza de la casa. Ella ponía todo el esfuerzo. Decía vamos a trabajar, hacía todo en la casa, trabajaba en la chacra. Fue mi mamá la que limpió todo el monte de la chacra, ella limpiaba de noche y de día y, una vez que estaba limpio, mi papá sembraba. Ella limpiaba el camino para que mi papá sembrara”.

Sara afirma que su familia era muy pobre. Eran nueve hermanos que en la actualidad se encuentran dispersos entre Perú, Argentina y Europa. No recuerda mucho antes de los 7 años, edad que tenía cuando su padre murió. Para sobrevivir al dolor terminó bloqueando una parte de su historia. Luego su mamá y su hermano de dieciséis años se encargaron de la casa. No tenían dinero y estudiaban en un pueblo pequeño cercano al valle de Cajabamba donde tenían que caminar muchos kilómetros para llegar a la escuela. Sobre lo que recuerda de su niñez, Sara cuenta que caminar sobre la tierra era algo “normal”:

“Las lechugas, las papas, la batata, el ají, sé cómo sembrarlo, donde sembrarlo. El cilantro y los yuyos, todo eso lo aprendí gracias a mi mamá, quien además de ser una buena madre era una referente en la zona por ser partera. Era partera y curandera, curaba niños y adultos únicamente con plantas. Ella agarraba un yuyo y sabía que podía hacer para curar a la gente, conocía las propiedades con solo tocarlo. Mi madre hizo eso toda su vida y no cobraba, se la llevaban a cada pueblito” (Sara, 49 años).

Alicia (45 años) viene de Ancash, Perú, nació en Coishco, ubicada en la ciudad de Chimbote. Ella es la mayor de cinco hermanos. Sus padres viven en su ciudad de origen, se dedicaron siempre a la actividad pesquera, en fábricas de producción de atún y harina de pescado. Al ser la mayor, cuidaba de sus hermanos y se ocupaba de cocinar. Su abuela era del campo, solía visitarla. Allí veía cómo se sembraba el camote, el arroz, la cebolla de verdeo y yuca. Luego de terminar la secundaria en Chimbote, con 18 años estudió contabilidad durante seis meses y una amiga de su madre que también vive ahora en el barrio la invitó a irse a vivir con ella en Argentina. “Yo la escucho y le digo a mi mamá ‘mejor me voy a la Argentina, acá no puedo estudiar y tampoco me

dejan trabajar. Porque yo quería trabajar en la fábrica pero ellos no me dejaban y éramos cinco hermanos” (Alicia, 46 años).

Actualmente Alicia es una mujer activa, se considera deportista, suele correr en la costanera. Se autodenomina “la corredora de acá” ya que incluso estuvo preparándose para hacer la media maratón de Buenos Aires (21 km) antes de la cuarentena: “la primera carrera que hice de 5 km no me importó tardar 1 hora en correr. Yo veía como me pasaban y yo pensaba “algún día yo también los voy a pasar”. Alicia tenía poca experiencia con las plantas. No obstante, su curiosidad sobre cómo cuidarlas y sembrarlas aumentaba, al mismo tiempo que su inseguridad: “yo me decía a mí misma, ¿qué va a estar creciendo esta planta en esta tierra? ¡Esto se va a secar, no va a dar nada!”<sup>43</sup> (Alicia, 46 años). Para la sorpresa de Alicia, el trabajo realizado al nutrir y trabajar la tierra permitió las primeras cosechas de lechuga en diciembre de 2019 y, para ella, es un triunfo que todo ese proceso haya sido posible sin “poner ningún pesticida ni remedio a la planta, siendo un proceso totalmente natural”.

Abigail es de Ayacucho, proveniente del campo. Es hermana de Paula, otra integrante de la Vivera. Sus padres se dedicaron a la agricultura y a la ganadería. Ella es la mayor de catorce hermanos. Tiene un hermano fallecido y otro desaparecido durante los años 1987-1988. Abigail estima que su hermano fue reclutado. Ayacucho era una localidad extremadamente pobre y completamente olvidada por parte del Estado. La zona de Huamanga, la capital de Ayacucho en Perú, fue una región candente durante la época del conflicto armado en la década del ‘80. El sur de Perú también ha sido tratado despectivamente: su población es llamada ‘terrucas’.

“No había nada. No había hospitales. Solo había una escuela antigua en la que todo el mundo había estudiado. La pobreza era extrema. Los familiares de mis padres venían de Lima a traer ropa, ropa de segunda. Todos pasamos por necesidad. A los catorce o quince años ya éramos considerados hombres y

---

<sup>43</sup> Una tierra maltratada, seca y desprovista de cuidados es el espacio donde fue construido el vivero y, en el que Alicia, al no saber cómo nutrir los suelos -cosas que aprendió luego- pensaba que nada en ese lugar podía prosperar.

mujeres, era nuestra responsabilidad resolver nuestra vida, era una edad muy dura en la que tenías que enfrentar la vida”.

En Ayacucho, su familia tenía una huerta donde sembraban “de todo”. Ella afirma que el conocimiento que tiene viene de esa época en la que aprendía y ayudaba a su mamá con la chacra sembrando lechuga, remolacha o betarraga. Lo que hacía ella era tomar una manta y armar un manojito de verduras, se iba a pueblos cercanos y pequeños muy temprano a venderlos: “ese era mi mundo, yo tenía 8 o 9 años y me compraban un (1) manojito a 50 céntimos. Ese dinero era para pagar los útiles, la comida porque mamá y papá tenían muchos hijos” (Abigail, 48 años).

Su mamá era ama de casa, un trabajo muy arduo porque eran muchos niños. Abigail era la mayor y “renunció” -se ríe-. Abigail primero migró a Lima, a casa de una tía, allí recibió malos tratos. A los 12 años comenzó a trabajar por las tardes y noches en Lima, mientras por las mañanas estudiaba. Cuando terminó el secundario, no regresó más a los lugares donde trabajaba “a veces si uno se analiza decís ‘es tu destino’ regresarme para mí era retroceder. Era volver a algún lugar sin futuro” (Abigail, 48 años).

Paula también es de Ayacucho, viene de una familia que siempre se dedicó a la agricultura. Mientras estudiaba en su pueblo quiso irse a la capital y se mudó sola a los 13 años:

“La comida y el amor de papá y mamá nunca faltó, y con mis hermanos, éramos como pollitos, no nos peleábamos, heredábamos la ropa, venimos de una familia muy humilde. Casi nunca nos enfermábamos, tomábamos leche de vaca, teníamos lechugas. Cuando llegué a Lima comencé a trabajar como empleada doméstica, aprendí a limpiar. Aprendí mucho y a los 16 comencé a trabajar como vendedora. De eso trabajé siempre en Lima y no pude estudiar”.

En tanto, Olivia, es de Cajabamba, hermana de Sara y Emily (las tres hermanas pertenecen a la Vivera). Vivió en esa localidad durante treinta años y desde que cumplió catorce años y a raíz de la muerte de su padre comenzó a trabajar junto a sus hermanos en el valle en una fábrica de caña de azúcar. De niña ya sabía cómo sembrar

caña de azúcar, para ella fue un aprendizaje “natural”, simplemente lo tenía “incorporado” en su vida, ya que seguía a sus padres en la chacra para ayudarlos.

“la caña es una vara y se corta en trozos, haces el surcos, llevas los trozos y los vas poniendo ahí. Mi papá venía y lo iba tapando a medida que lo colocábamos en línea. Sembrábamos también yuca -o mandioca como dicen acá-, batata, papa, hortalizas, bananas. Teníamos naranjas, árboles frutales a los costados de la chacra. Todo lo que consumíamos era de la chacra, únicamente fideos y arroz comprábamos en tienda. Cada casa era distanciada, si ibas a hacer compras a Cajabamba, comprabas para todo el mes. No teníamos dinero pero la comida nunca faltó. Éramos felices. Yo estudié en la escuela y luego nos fuimos al pueblo para terminar bachillerato, me quedé en segundo año. Luego comencé a trabajar en la producción de caña de azúcar que allá le llaman *chancaca*. Yo me dedicaba al trapiche, que era una máquina que tiene unas poleas donde pones la caña y la prensas, sale un líquido hasta que se hace panela. No necesitas azúcar con la chancaca” (Olivia, 56 años).

Su madre era partera. Al vivir en un pueblo tan aislado, el único hospital que existía quedaba lejos y únicamente había “movilidad” o transporte una vez por semana, si había necesidad de ir al hospital debían esperar y la mayoría de las personas no tenían esa posibilidad. La madre de Olivia, Emily y Sara se volvió curandera por la necesidad de acceso a la salud. Ella ayudaba a personas con enfermedades en el pueblo y a los padres cuando sus hijos se enfermaban con fiebre o diarrea: “ella le pasaba el huevo por todo el cuerpo del bebé, no sé si de ahí salía la fiebre pero eso era lo que pasaba. Y sobre ser atendido por una partera, ahora es una decisión si quieres evitar la cesárea ya no es por necesidad. En el pueblo ahora hay más puestos de salud” (Olivia, 56 años).

Entre las actividades extras que realiza Olivia está el tejer con agujas de crochet y hacer postres: “yo era chica y veía a mi prima haciendo postres y yo decía ‘¿cómo lo hago?’. Mi prima tenía herramientas y yo no tenía horno, cocinábamos a leña e hice una torta con harina y la coloqué en un taper de porcelana y luego dentro de una olla con tapa y, sobre la olla, coloqué carbón. Actualmente, vendo tortas de cumpleaños pero no



cobro un precio en sí. Hago un presupuesto de cuánto gasto, veo si puedo hacerlo y así cobro”.

Torta realizada por Olivia en el primer aniversario de la Vivera Orgánica en el que recreó figuras que representaron a cada una de las mujeres de la Vivera. Fuente: fotografía tomada por Leilany Estrada (2020)

Karla nació en Perú, en un lugar llamado “Cerro de Pasco” ubicado en la Cordillera. Es un lugar minero, se explota zinc y plata. Su papá trabajaba en ese lugar aunque pertenecían a otra provincia, en asentamientos mineros junto a su abuelo. Ella creció en el valle hasta los 15 años y decidió irse a la capital, Lima. De niña aprendió a tejer y a bordar, es un oficio que le enseñaron sus padres. Siendo la mayor de seis hermanos, era la que ayudaba a sus padres a cocinar.

Daniela también cuenta que nació rodeada de árboles y de las siembras de papa, trigo, quinoa y maíz. Ella recuerda que marchaba junto a su madre y sus hermanos a sembrar maíz, simulando a los aradores de toros, pues su madre le ataba con una soga una bolsa de semillas de maíz y ella las lanzaba sobre la tierra. Con el

arado abría la tierra y lo que cosechaban era para consumo propio. Tenían vacas, así es que obtenían leche y queso. “Con esta experiencia uno aprende a sufrir, uno aprende a valorar lo que tiene, te valoras a ti mismo, si con tanto sacrificio lo tienes”, afirma Daniela.

Las mujeres migrantes a través de la cocina y la comensalidad realizan prácticas de autoatención de salud y forjan espacios de reconocimiento desde la pluralidad (Solans y Piaggio, 2018). Sofía, por ejemplo, quiso incrementar su “calidad de vida” a través de la alimentación para lidiar con la enfermedad que atraviesa desde hace más de diez años. Ella afirma que es “su medicina” y cita a Hipócrates: “que la comida sea tu alimento y el alimento, tu medicina”. Formar parte de la Vivera parecía ser un “indicio” de que “estaba haciendo las cosas bien” (Sofía, 52 años).

Se trata de mujeres con una infancia en el campo, trayectoria que fue interrumpida por la experiencia de migración y la necesidad de volverse el sostén principal. Recuperando estas reflexiones, recuerdos y considerando las trayectorias de las mujeres organizadas de la Vivera en RB, se observa, por un lado, el contacto con la tierra y las plantas que no es una novedad: ellas traen consigo saberes vinculados al trabajo rural. Por otro lado, el conocimiento que se genera en una huerta urbana con finalidades de venta es adquirido en las capacitaciones y forma parte de un “saber experto” del que ellas no sólo dan cuenta sino que expresan orgullo.

¿Cuánto de lo que hoy se conoce como la Vivera es “adquirido” y cuánto es lo que las mujeres han recuperado de sus propias trayectorias de vida? quizás no se pueda cuantificar el conocimiento, pero sí es posible conocer percepciones. Lo cierto es que la obligación y necesidad de cuidar estuvo desde siempre, desde sus entornos primarios, incluso antes de decidir migrar. En tanto, narrativa ambientalista es aprendida en las capacitaciones, volviéndose significativa, simbólica y estratégica.



## **Saberes nativos y expertos: *mientras aprendo enseño, mientras enseño aprendo***

Pese a las dificultades comentadas, en sus relatos de las mujeres de la Vivera se percibe “aprendizaje”. Esto tiene que ver con el conocimiento adquirido sobre plantas nativas y ser “consciente” de su importancia:

“Si me voy a mi país, promoveré lo mismo, porque hay muchos árboles y plantaciones que no son de mi zona y, ¿por qué no recuperar lo que teníamos antes? porque con el tiempo vamos a ir curando un poco el ambiente y vamos a ir curándonos a nosotros mismos. Curar el ambiente es curar la salud, si recuperamos todos los polinizadores, toda la biodiversidad, haremos que ésta se renueve y que todo lo demás esté mejor” (Sara, 49 años).

La idea de replicar y multiplicar la información que reciben resulta para ellas un motivo de “orgullo”. Son contactadas por sus amigos/as y sus conocidos/as desde Bolivia y Perú para preguntar por lo que están haciendo, de qué manera y por qué. En esas interacciones encontraron una manera de difundir narrativas de resistencia globalizada, como por ejemplo, todo lo relativo a la agricultura industrial y empresas como Bayer Monsanto, corporaciones multinacionales:

“Viste que en Perú, traen pinos de otros países, los plantan allí, se los llevan y dejan la tierra y las comunidades heridas... además, para que los bichos no se lo coman, meten plaguicidas. Eso es lo que nos perjudica. Incluso en las universidades, la educación agronómica está sustentada dentro de esos tratamientos a la tierra pensados para la producción y no para la salud. Nosotras acá aunque tengamos bichitos y se apoderen de nuestras plantaciones no le ponemos pesticidas, nos arruina la cosecha pero si pones eso, ok. Tendrás producción a rodete, la economía va a estar buena porque vas a vender más pero ¿a costa de qué? ¿De la salud?” (Sara, 49 años).

Ellas recordaron que en el campo sus padres no utilizaban pesticidas para combatir las invasiones de plagas. Las localidades desde donde provienen se encuentran rodeadas por cerros, allí las personas bajan a los lugares poblados para vender los productos producidos de manera tradicional. Además, mencionaron que esa

“concientización” comenzó en Argentina. Sara señala que cuando llegó a la Argentina no podía creer como las verduras mantenían su aspecto por semanas; eso no le parecía sinónimo de saludable, ni mucho menos propio un buen alimento: “te ibas a una verdulería y comprabas un montón de manzanas, las tenías en tu casa uno o dos meses y la manzana no se echa a perder, en cambio en el cerro donde yo vivía a los tres días ya no servía, porque si era natural” (Sara, 49 años).

Uno de los aprendizajes principales ha sido la incorporación del concepto “orgánico”, ninguna de ellas conocía esa palabra, ahora es parte de su lenguaje cotidiano: “No sabía qué era lo orgánico [...] en la huerta todo es sano, sin pesticidas ni aditivos, el abono y todo eso es cien por ciento natural. Tampoco conocía del compost, como hacerlo, no sabía y aquí aprendí, eso era una novedad para mí” (Abigail, 48 años). Asimismo, conocer cómo realizar un compost ha sido fundamental, lo definen como como una “vitamina” que da energía a la tierra y permite que el cultivo sea próspero. Otro aprendizaje ha significado la práctica de venta y atención al público. Ellas han demostrado capacidades para organizar y diseñar un mensaje claro. Asimismo, valoraron la posibilidad de “comer sano”: “no me gustaba la ensalada... cuando nos daban los bolsones de comida, me decía a mí misma ¿qué hago con esta verdura?, eso me hizo sentir obligada a preparar ensalada porque no quería que se perdiera” (Paula, 36 años).

La mayoría de estas mujeres migrantes tiene estudios primarios; para ellas resulta un logro hablar en público, aprender nuevas palabras, despojarse de los miedos y la timidez y, sobre todo, saber que pueden guiar a otra persona en el armado de una huerta. El aprendizaje obtenido de las capacitaciones de Un Árbol ha estado basado en las técnicas de comercialización y de generación de ingresos. Esto les ha permitido darse cuenta de los conocimientos que se encontraban en sus recuerdos gracias a la experiencia de venir del campo. Desde la ONG que todavía acompaña a la Vivera señalaron: “no esperaba que el grupo se enganche tanto y avance tanto, que aprendan tan rápido sin tener ningún incentivo, no recibían ningún tipo de remuneración. No tenían ningún ingreso asegurado” (Ángel, Un Árbol). Hoy en día son capaces de

transmitir un mensaje propio sobre lo adquirido desde la creación del proyecto vivero-huerta y aquello que traen consigo desde sus lugares de origen.

Al ser consultadas sobre el futuro, ellas afirman que se proyectan como parte de una red de capacitaciones; esperan que a través del conocimiento adquirido puedan llevar esta información a otros barrios o comunidades. También manifiestan preocupación por las acciones institucionales frente a las dificultades que la Vivera está atravesando en función a la demanda de convertirse en un “emprendimiento”. Por su parte, las Instituciones, ONG y el Estado reproducen en sus redes sociales y medios de comunicación y prensa una narrativa de “progreso” y “superación” sobre las mujeres populares -las mujeres de la villa- aquellas que han desarrollado el proyecto de la Vivera:



Buenos Aires / Jefatura de Gabinete / Quedó inaugurada la Vivera Orgánica del Barrio Rodrigo Bueno

## Quedó inaugurada la Vivera Orgánica del Barrio Rodrigo Bueno

El proyecto se enmarca dentro del proceso de integración del Barrio. Se trata de un proyecto encabezado por 15 vecinas que comenzó como huerta comunitaria y que hoy se inauguró como un espacio de trabajo autogestivo, donde cultivan alimentos y plantas orgánicas que ya comenzaron a comercializar y les permite tener un ingreso sostenible.



Gobierno de la Ciudad: “Quedó inaugurada la Vivera Orgánica del Barrio Rodrigo Bueno”.

Publicado el lunes 2 de marzo de 2020. Fuente:

<https://www.buenosaires.gob.ar/jefaturadegabinete/noticias/quedo-inaugurada-la-vivera-organica-del-barrio-rodrigo-bueno>

## CONCLUSIONES

En mis idas y vueltas de San Martín hasta Puerto Madero en bicicleta, observaba el espacio de la Vivera como lo único “natural” entre tanto concreto, grises y ladrillos naranjas. En contraste con la *villa*, Puerto Madero tiene una fachada rígida frente a ese “desorden” que se visualiza en la entrada de RB y cuyo proyecto de reurbanización busca revertir los procesos que surgieron de la mano de cada habitante que hizo allí su propio lugar en el mundo. La búsqueda de inserción mediante un programa social pensado para capacitar en oficios particulares (paisajismo, cerámica, construcción, entre otros) habla del interés de la población local de incorporar nuevas herramientas para continuar sobreviviendo. Toda esta dinámica ha significado un empuje en la creación de estrategias para la reproducción social en el país al que migraron. Pensar cómo un grupo logra consolidarse en pandemia, sin experiencia colectiva, se volvió uno de los aspectos más importantes a investigar.

Existen coincidencias entre las mujeres de la Vivera: el reconocimiento de un pasado que las ubica en un tiempo, espacio, edad y circunstancias similares. La historia de Perú, Argentina y Bolivia se imbrica en sus migraciones, en la búsqueda de mejores condiciones para ellas y para sus familias. Estas experiencias traen nuevas conexiones: cuando sólo se trataba de un taller y de compartir en la *huerta chica* se construyeron vínculos de amistad. Convertir a la Vivera en un emprendimiento trajo aparejado nuevos retos, responsabilidades y obligaciones que se suman a la complejidad de relaciones interpersonales. Pero para cada una, la Vivera tiene un acento diferente: para algunas resulta un compromiso y una responsabilidad que están dispuestas a asumir, para otras es una conexión con lo “natural”, donde se garantizan verduras y conocimiento. Varias aseguran que a futuro no se proyectan en el espacio-vivero-huerta.

Pasó un tiempo hasta que finalmente pude entender que las prácticas agroecológicas, la huerta, las plantas nativas y los usos de la naturaleza no eran

explícitamente conceptos claves en este trabajo. Estas palabras - muy importantes- remiten a aquello que *hacen* las migrantes para sobrevivir, para socializar o para relacionarse. Fue necesario hablar con las mujeres migrantes de la Vivera sobre sus estrategias, sus formas de organización, sus prácticas de cuidado y sus acciones para poder entender las propuestas que trascienden a las decisiones individuales.

En la Vivera conviven, por un lado, la pretensión de obtener la mayor cantidad de ventas posibles y asegurar un ingreso económico para las familias. Esta propuesta es una bandera de las instituciones involucradas. Tras un año en pandemia, la Vivera recibe actualmente a numerosas personas que buscan conocer el emprendimiento. Resulta llamativo para los visitantes que las "mujeres de la villa" manejen un espacio comercial. Por otro lado está el sentimiento maternal de parte de las mujeres migrantes, que más que obtener ganancias desea una conexión con la "naturaleza" que rememora las raíces y la tierra de la infancia. Pero eso no es todo, también está la voluntad de producir alimentos sanos (verduras y hortalizas) que permita la subsistencia y alimentación de las catorce familias.

La preocupación por el medioambiente ha surgido de las capacitaciones y del intercambio con los talleristas de Un Árbol. Así este tema también se ha vuelto central para ellas, además de ser una exigencia en la administración de la Vivera. En otras palabras, el medioambiente se ha vuelto un eje movilizador de reflexión sobre la naturaleza, los recursos simbólicos y materiales. A partir de sentir y entender la problemática del medioambiente, las mujeres migrantes de la Vivera, mujeres de sectores populares, se acoplan también a las narrativas de resistencias globales de lucha contra el agronegocio. Se trata de una causa en la que se sienten incluidas, al entender que estas cuestiones remiten directamente a las condiciones de producción y el acceso a los alimentos.

Uno de los hallazgos más importantes de este trabajo fue entender que el *cuidado* no se vincula únicamente con el concepto de medioambiente o la ecología, tal como lo proponen los programas sociales afiliados al ecologismo. El cuidado del ambiente, desde la perspectiva de estas mujeres migrantes, está relacionado estrechamente con sus hogares y con el seno familiar. Cuidar de las plantas es para

ellas sencillo, agradable, posible porque ellas siempre han estado cuidando a *otros*: maridos, hijos e hijas, hermanos y hermanas, bebés, madres, padres, animales, etc. Así se construye una relación de maternazgo con las plantas de la Vivera, por eso no les gusta hablar de “trabajo”, de “salario” y en cambio prefieren pensar el vínculo con las plantas a partir del concepto “amor”. Más allá de todos los problemas organizativos y las particularidades de las historias, todas las mujeres de la Vivera coinciden en que la variable que las vincula es el “amor por las plantas”. Eso las sostiene desde el inicio hasta el presente, ya que nunca recibieron incentivo de parte de ninguna institución privada o del Estado para ejecutar el proyecto, más allá de las propias ventas que se obtienen. Será por eso también que a estas mujeres les resulta tan problemático desprenderse de una planta cuando, ya sea por infección de hongos o invasión de plagas, está afectada y no logra recuperarse en la “enfermería”, ubicado en el invernadero de la Vivera. Esta construcción de maternazgo en relación con el cuidado de las plantas, a partir de la experiencia colectiva, implica nuevas alianzas, rupturas e incluso contradicciones.

En las historias de las mujeres migrantes se observa la defensa del territorio a partir de sus prácticas cotidianas. En un futuro me gustaría profundizar la relación entre género y medioambiente para estudiar cómo generación tras generación mujeres campesinas van transfiriendo costumbres de formas de trabajo, siempre en relación con los trabajos de cuidado. El papel que cumplen las mujeres no sólo gira alrededor del cuidado de sus familias, sino también al haberse convertido en educadoras que tienen la responsabilidad de transmitir un saber experto en diálogo con sus propias experiencias tradicionales.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bartolomé, M. (2004): En defensa de la Etnografía. Aspectos contemporáneos de la investigación intercultural. Avá. Revista de Antropología 5 p. 69-89.

Bowie, F. (2013): Building Bridges, Dissolving Boundaries: Toward a Methodology for the Ethnographic Study of the Afterlife, Mediumship, and Spiritual Beings. Journal of the American Academy of Religion, 81(3) p. 698–733.

Brailovsky, A. y Foguelman, D. (1991): Memoria verde. Historia ecológica de la Argentina. Editorial Sudamericana. Argentina.

Canclini, N. (1999): Imaginarios Urbanos. Eudeba, Argentina.

Carman, M. (2011): Las trampas de la naturaleza. Medio ambiente y segregación en Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica. CLACSO. Argentina.

Carman, M. (2017) Las fronteras de lo humano. Cuando la vida humana pierde valor y la vida animal se dignifica. Buenos Aires: Siglo XXI. Segunda Parte: “El caballito de Boedo y el cartonero sin nombre. Un abordaje crítico de los derechos animales”.

Carman, M.; Segura, R. y Soldano, D. (2016): Hacia una gestión cultural de los espacios comunes.

Ceriani, C. (2000-2002): Reflexiones sobre la presentación del etnógrafo en contextos religiosos. Etnia 44-45:34-49.

Cerrutti, M. (2009): Diagnóstico de las poblaciones migrantes en la Argentina. Serie de documentos de la Dirección Nacional de Población. Ministerio del Interior.

Cerrutti, M. y Maguid, A. (2010): Familias divididas y cadenas globales de cuidado: la migración sudamericana a España. División de Desarrollo Social. Santiago de Chile. UNFPA-CEPAL.

Cittadin, R. (2014): Limitaciones y potencialidades de la agroecología: enseñanzas de una experiencia en gran escala basada en los principios de la agroecología, el ProHuerta en Argentina en Hernandez V.; Goulet F.; Magda D.; Girard N. (comp): “*La agroecología en argentina y en Francia. Miradas cruzadas*”. INTA, Argentina.

Clifford, J. (1986): Introduction: Partial Truths. En: Clifford, James y Marcus, George (eds.) 1986. *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California Press, páginas 1-26 [Hay traducción castellana]

Clifford, J. (1994): Diasporas. *Cultural Anthropology* 9 (3) p. 302-338 [Hay traducción castellana].

Clifford, J. (1997): Spatial Practices: Fieldwork, Travel, and the Disciplining of Anthropology. En Akhil Gupta and James Ferguson, op.cit., páginas.185-222 (Hay traducción castellana).

Descola, P.: *La antropología y la cuestión de la naturaleza*. Traducido por Diana Rosas Riaño. Gallardo, N. (2007): *La agroecología desde las huertas escolares urbanas*. Tesis de maestría dirigida por el Dr. Tomás Rodríguez Villasante del Instituto de Sociología y Estudios Campesinos. Maestría en “Agroecología: un enfoque sustentable de la Agricultura Ecológica”.

Gallardo, N. (2012): *La agricultura en la ciudad de Buenos Aires*. VII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.

Gallardo, N. (2014): *Agricultura Urbana y Agroecología: hacia una definición de agroecologías urbanas*. Arqueros, María Ximena; Gallardo Arayo, Nela Lena y Souza Casadinho, Javier (comp.): *Huertas urbanas agroecológicas: espacios de acción y reflexión*. Incluir, Argentina.

Gallardo, N. (2016): *La agricultura urbana en el marco de los múltiples verdes*. Congreso internacional: *Contested Cities*.



Giarracca, N. (2017): Estudios rurales y movimientos sociales: miradas desde el sur. Antología esencial. CLACSO, Argentina. Colección: Antologías del Pensamiento Social Latinoamericano y Caribeño.

Girola, M. F; Thomasz, A. G. (2015): De los medios a las mediaciones. Experiencias de segregación urbana en viviendas sociales de la ciudad de Buenos Aires. Revista especializada en periodismo y comunicación.

Golde, P. (ed.) (1986 [1970]): Introduction. Women in the Field. Anthropological experiences. Berkeley: University of California Press (2nd edition), páginas 1-18 (en Google Books online)

Guber, R. (2004): El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo. Editorial Paidós. Buenos Aires, Argentina.

Hernandez V.; Goulet F.; Magda D.; Girard N. (2014): La agroecología y la cuestión de la convivencia de modelos de desarrollo agrícola. En comp.: "*La agroecología en argentina y en francia. Miradas cruzadas*". INTA, Argentina.

Jackson, M. (1996): Mínima Ethnographica. Intersubjectivity and the Anthropological Project. Chicago: The University of Chicago Press, páginas 5-43 [Hay traducción castellana]

Lapegna, P. (2007): Transgénicos, "desarrollo sustentable" y neoliberalismo en Argentina. Actores sociales y redes transnacionales en la creación de un sentido común. CLACSO, Argentina.

Lapegna, P. (2019): La Argentina Transgénica. De la resistencia a la adaptación. Una etnografía de las poblaciones campesinas. Editorial Siglo XXI. Argentina.

Martínes, J. (2009): El ecologismo de los pobres. Barcelona, España. Editorial Icaria, 395 páginas Reseña de libro escrita por Mejía, María C.; Rengifo, Luisa F. (2015) en Trans-pasando Fronteras. Cali-Colombia.

Melgar Bao, R. (2001): El universo simbólico del ritual en el pensamiento de Víctor Turner. Revista Investigaciones Sociales. México.

Molano, A., Robert, E. y García, M. (2012): Cadenas globales de cuidados: Síntesis de resultados de nueve estudios en América Latina y España. Creative Commons, ONU Mujeres.

Orozco, A. (2006): Amenaza tormenta: La crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico. Revista de economía crítica nº7 pp. 7-37

Orozco, A (2007): Cadenas globales de cuidado. Naciones unidas - Instraw

Piaggio, L. (2016): El derecho a la alimentación en entornos obesogénicos: reflexiones sobre el rol de los profesionales de la salud. Universidad Nacional de Lanús. Salud Colectiva.

Ramírez, D. (2015): Estética y medios de comunicación: estrategias para la acción política de la dirigencia de una organización de colonos yerbateros de Misiones. Cuadernos de Antropología Social. pp. 55-77.

Ramírez, D (2019a): Más allá del despojo. Un análisis de las dinámicas del agronegocio forestal y las percepciones de los despojados en el Alto Paraná misionero (Argentina). Población y Sociedad. Páginas 87-111

Ramírez, D. (2019b): Subsistencia y reproducción social. Un estudio etnográfico en la colonia Piray km 18. (Misiones, Argentina). Quid 16, Espacio Abierto. Buenos Aires.

Rushdie, S. (1985): The location of Brazil. American Film 10:5-53

Sarandón, S. y Marasas, M. (2015): Breve historia de la agroecología en la Argentina: orígenes, evolución y perspectivas futuras. UNLA, Argentina.

Solans, A. (2014): "Alimentación y mujeres migrantes en Buenos Aires, Argentina. Tradiciones, recreaciones y tensiones a la hora de comer". Instituto de Ciencias Antropológicas, Universidad de Buenos Aires. Aprobado 16 de noviembre del 2014.

Solans, A. y Piaggio, L. (2018): Cocina y comensalidad entre mujeres migrantes en Buenos Aires. Condiciones de vida y salud. ConCienciaSocial. Revista digital de Trabajo Social. [Online] URL: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/ConCienciaSocial/>

Stoller, P. (2009): Re-Writing Culture. West Chester University. Volume 21, issue 1, páginas 45-59.

Swistun D. (2013): Desigualdad, pobreza y salud en la política ambiental emergente. Investigación y políticas. Programa CLACSO-CROP de Estudios sobre Pobreza / Serie documentos breves

Swistun, D. (2014): Apropiaciones de la Naturaleza, Reproducción de la Desigualdad Ambiental y Desposesión Material y Simbólica en la Política del Saneamiento para la Villa Inflamable (Cuenca Matanza-Riachuelo)

Swistun, D. (2018): Cuerpos abyectos. Paisajes de contaminación y la corporización de la desigualdad ambiental.

Thomasz, A. (2014): “La estetización, la nivelación y el saneamiento como metáforas del cambio urbano en La Boca”. Antropología Social y Cultural del Uruguay. Montevideo. [ONLINE] URL: [http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1510-38462014000100007](http://www.scielo.edu.uy/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1510-38462014000100007)

Wolanski, S. (2015): La familia telefónica. Sobre las relaciones de parentesco en la política sindical. Cuadernos de antropología social. Buenos Aires.

Wright, P. (1994): Existencia, Intersubjetividad y experiencia. Hacia una teoría-práctica de la etnografía. Runa 21:347-380

Wright, P. (1995): El espacio utópico de la antropología. Una visión desde la Cruz del Sur. Cuadernos. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano 16:191-20

Wright, P. (2008): Ontologías. En: Pablo Wright, Ser-en-el-sueño. Crónicas de historia y vida toba. Buenos Aires: Biblos, páginas.33-46

Wright, P. (2005) Cuerpos y espacios plurales. Sobre la razón espacial de la práctica antropológica. Indiana 22: 55-74

## Trabajos de investigación

Cravero R. (2019): “Agroecología en la Pampa Húmeda cordobesa. Análisis etnográfico de modos instituyentes de producción y reproducción de la vida”. Tesis de maestría en antropología. Directora: Dra. Julieta Quirós. Co-director: Dr. Javier Cristiano. Universidad Nacional de Córdoba.

## Organizaciones

Un Árbol para mi Vereda: [unarbolparamivereda@gmail.com](mailto:unarbolparamivereda@gmail.com),  
<http://unarbolparamivereda.org/somos/>

## Artículos de prensa

LA NACIÓN, 24 de marzo de 2011 “Rodríguez Larreta calificó de disparate el fallo que ordenó urbanizar una villa”. Recuperado de:  
<https://www.lanacion.com.ar/sociedad/rodriguez-larreta-califico-de-disparate-el-fallo-que-ordeno-urbanizar-una-villa-nid1360071/>

Diario Popular, 12 de noviembre de 2012: “Disturbios en Legislatura porteña por polémico proyecto inmobiliario”. Recuperado de:  
<https://www.diariopopular.com.ar/politica/disturbios-legislatura-portena-polemico-proyecto-inmobiliario-n136818>

Diario Popular, 19 de enero de 2013: “Continúa estado de alerta en el barrio Rodrigo Bueno por proyecto inmobiliario” Recuperado de:  
<https://www.diariopopular.com.ar/general/continua-estado-alerta-el-barrio-rodrigo-bueno-proyecto-inmobiliario-n141959>

Defensoría del Pueblo, 11 de diciembre de 2014: “Proyecto de ley para la integración sociourbana del barrio Rodrigo Bueno”. Recuperado de:  
<https://defensoria.org.ar/noticias/proyecto-de-ley-para-la-integracion-sociourbana-del-barrio-rodrigo-bueno/>

LA NACIÓN, 11 de marzo de 2018: “RB: nace un nuevo barrio junto a la Reserva Ecológica”. Recuperado de:

<https://www.lanacion.com.ar/sociedad/nace-otro-barrio-en-la-reserva-ecologica-nid2116094>

Francisco Lucotti, en Sputnik Mundo: 14 de septiembre de 2019.  
<https://mundo.sputniknews.com/america-latina/201909141088685463-urbanizacion-cont-raste-villa-zona-mas-exclusiva-buenos-aires/>

Eduardo Videla: El miedo a los pobres en puerto madero  
<https://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-164850-2011-03-25.html>

María Carman: “Personas no humanas” en Revista Anfibia. Recuperado de:  
<https://www.revistaanfibia.com/personas-no-humanas/>

LA NACIÓN, 15 de marzo de 2021: “Vivera Orgánica, la huerta y vivero de 14 mujeres del barrio Rodrigo Bueno que se unieron por un sueño”. Recuperado de:  
<https://www.lanacion.com.ar/revista-jardin/vivera-organica-la-huerta-y-vivero-de-14-mujeres-del-barrio-rodrigo-bueno-que-se-unieron-por-un-nid15032021/>

## **Vídeos**

Película: Director: Terry Gilliam. Guion: Terry Gilliam. Título original: Brazil. Año 1985. Duración 131 min. Origen: Reino Unido.

Conferencia española: Amaia Pérez Orozco. Título: “Los cuidados son la Cara B del Sistema”. Economía del cuidado. Disponible en:  
<https://www.youtube.com/watch?v=RkOG2JCboTY>

## **Páginas web**

Agricultura: Agroecológica vs orgánica:  
<https://inta.gov.ar/noticias/agricultura-agroecologica-vs-organica>

Ley n! 23.928 del 27/03/91: Plan de Convertibilidad del Austral:  
<http://servicios.infoleg.gov.ar/infolegInternet/anexos/0-4999/328/texact.htm>

Billetes y monedas: emisiones anteriores:  
[http://www.bcra.gob.ar/MediosPago/Emisiones\\_anteriores.asp](http://www.bcra.gob.ar/MediosPago/Emisiones_anteriores.asp)

### **Normativas**

PROYECTO DE LEY 1710-F-2016. Integración sociourbana del Barrio Rodrigo Bueno. Presentada en Junio de 2016. Recuperado de:  
<https://www.defensoria.org.ar/wp-content/uploads/2017/06/anuariolegislativo2016.pdf>

Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Sanción de ley 5798 del 23 de marzo de 2017. Recuperado de:  
<http://www2.cedom.gob.ar/es/legislacion/normas/leyes/ley5798.html>

## **ANEXOS**

### **Glosario de siglas**

CABA: Ciudad Autónoma de Buenos Aires

IVC: Instituto de Vivienda de la Ciudad

INTA: Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria

RB: Rodrigo Bueno

Un Árbol: Organización sin fines de lucro llamada “Un árbol para mi vereda”.

## Cuadro de entrevistas

Cuadro n°2: listado de informantes que participaron en las entrevistas realizadas desde el 20 de enero hasta el 10 de abril.

Organización	Nombres ficticios	Edad	Fecha de la entrevista	Cantidad de entrevistas	Cargo en la Vivera
Vivera orgánica	Sofía	52	20 y 22 de enero de 2021	2	Huerta y riego
	Julia	60	23/01/2021 y 20 de febrero de 2021	2	Nativas y riego
	Daniela	50	23/01/2021 y 23 de febrero de 2021	2	Nativas y riego
	Alba	51	25 de enero de 2021	1	Nativas y riego
	Isabel	52	06 de febrero de 2021	1	Huerta y riego
	Valentina	56	10 de febrero de 2021	1	Presidenta, invernadero y riego
	Sara	49	16 de febrero de 2021	1	Referente, huerta y riego
	Paula	35	25 de febrero de 2021	1	Invernadero y riego
	Lucía	60	04 de marzo de 2021	1	Huerta y riego
	Alicia	45	05 de marzo de 2021	1	Secretaria, nativas y riego
	Karla	55	Entrevista por WhatsApp	1	Tesorerera, nativas y riego
	Olivia	56	12 de marzo de 2021	1	Huerta y riego
	Abigail	48	13 de marzo de 2021	1	Nativas y riego
Un árbol para mi vereda	Ángel	-	19 de marzo de 2021	1	Talleristas
	Rocío	-	05 de abril de 2021	1	Talleristas
	Miguel	-	10 de abril de 2021	1	Talleristas
Ministerio de Desarrollo Humano y Hábitat	Cata	-	03 y 23 de febrero	1	Funcionaria pública

Fuente: Elaboración propia.



**Mapa satelital: Rodrigo Bueno 2021**



Barrio Rodrigo Bueno. Fuente: Mapa Satelital

## Recortes periodísticos

LA NACION > Sociedad

### **Rodríguez Larreta calificó de disparate el fallo que ordenó urbanizar una villa**

Se trata del asentamiento conocido como Rodrigo Bueno, ubicada en la Reserva Ecológica; el jefe de Gabinete porteño adelantó que se va a apelar la medida

24 de marzo de 2011 • 11:00



El gobierno porteño aseguró hoy que apelará un fallo de la justicia que le ordena urbanizar una villa montada en la Reserva Ecológica de la Costanera Sur, conocida como "Rodrigo Bueno", por considerar que la medida es "un disparate" con un contenido "ininteligible".

LA NACIÓN: "Rodríguez Larreta calificó de disparate el fallo que ordenó urbanizar una villa".

Publicado el 24 de marzo de 2011. Disponible en:

<https://www.lanacion.com.ar/sociedad/rodriguez-larreta-califico-de-disparate-el-fallo-que-ordeno-urbanizar-una-villa-nid1360071/>



### **Vivera Orgánica, la huerta y vivero de 14 mujeres del barrio Rodrigo Bueno que se unieron por un sueño**

LA NACIÓN: "Vivera Orgánica, la huerta y vivero de 14 mujeres del barrio Rodrigo Bueno que se unieron por un sueño". Publicado el 15 de marzo de 2021. Fuente:

<https://www.lanacion.com.ar/revista-jardin/vivera-organica-la-huerta-y-vivero-de-14-mujeres-del-barrio-rodrigo-bueno-que-se-unieron-por-un-nid15032021/>

## Fotografías



Las mujeres migrantes de la Vivera Orgánica en el primer aniversario y recibimiento de diplomas tras culminar su primer año de estudios desde su consolidación.



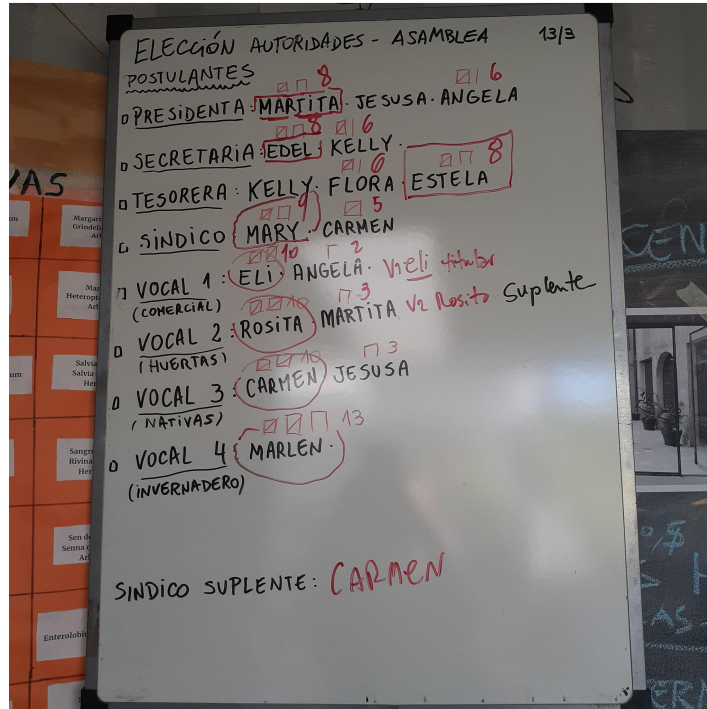
Árboles nativos Timbó nacientes de 2020.



Puerto Madero visto desde la Vivera Orgánica



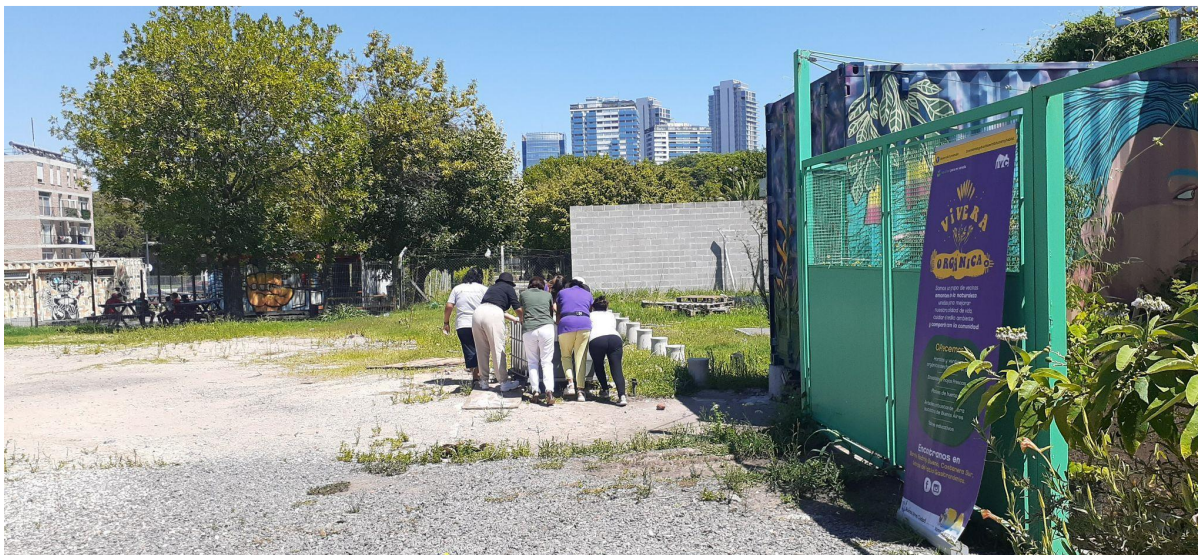
Libro de visitas de la Vivera Orgánica.



Nueva administración de la Vivera Orgánica desde marzo 2021 hasta marzo 2022.



Alimentos preparados de la huerta en la Vivera Orgánica.



Las mujeres de la Vivera Orgánica empujando un cantero lejos de la entrada para recibir visitas.



Las mujeres de la Vivera Orgánica junto a Marley y Lizy del programa “Por el Mundo” de TELEFE en febrero de 2021.